

La multitud en la historia, disturbios populares en Bogotá 9 de abril 1948.

George Rudé y una mirada al Bogotazo

Autor:

Marlon Santiago Herrera Farías

Trabajo de grado para optar al título de: Licenciado en Ciencias Sociales

Director:

Renán Vega Cantor

Universidad Pedagógica Nacional

Facultad de Humanidades

Departamento de Ciencias Sociales

Bogotá D.C., septiembre 2020

AGRADECIMIENTOS

A mi familia por su incondicional apoyo y cariño. A mi hermano y mi hermana por haber cultivado en mí el pensamiento humanista desde muy pequeño.

A María del Pilar Alameda y a María Teresa Velásquez, directoras de la Academia Colombiana de Ciencias Económicas, por haberme permitido el acceso irrestricto al Archivo Raúl Alameda Ospina de la Biblioteca Andrés Alameda Rubiano. A ellas y a todos los miembros de la Academia por su cariño y aprecio. A la obra del gran maestro Raúl Alameda Ospina con quien la historiografía nacional y el movimiento social colombiano tienen una gran deuda que deberá ser saldada en años futuros.

A la señora Teresa por su empeño y cariño con todas las personas que trabajamos en la Academia y por haberme permitido pasar horas enteras en la hermosa Biblioteca fuera del horario “permitido”.

A Alejandro Vasco, a quien me encontré por casualidad en el camino, y que considero es un auténtico heredero del pensamiento y la praxis del maestro Estanislao Zuleta pues ha sabido comprender que el cultivo del pensamiento es la auténtica libertad y que trasciende las frías paredes de la academia convencional. A él por haberme permitido el acceso irrestricto a su maravillosa biblioteca y a buena parte de la bibliografía que se encuentra presente en este trabajo.

Al profesor Renán Vega Cantor por haber aceptado, en el año 2017, dirigir esta accidentada investigación. A él por sus ricos comentarios y sugerencias y por haberme ensañado a mí, y a muchas generaciones, que el oficio del maestro es ante todo un compromiso ético y político.

A los, ya hoy, maestros que se formaron conmigo hace seis años. A ellos: ¡en las calles y en las aulas nos veremos de nuevo!

Dedicado a la memoria de

Julieth Ramírez, Cristian Hernández, Jaider Fonseca,
German Smith Puentes, Andrés Felipe Rodríguez, Fredy
Alexander Mahecha, Julián Mauricio Gonzales, Angie Paola
Baquero, Crithian Andrés Hurtado Meneses y Lorwan
Estiben Mendoza. A esos jóvenes que brutal e injustamente
se fundieron con la muerte un 9 de septiembre de 2020
durante las protestas contra el abuso policial en Bogotá y
Soacha. A ellos, porque compartieron el trágico y absurdo
destino de los rebeldes que un 9 de abril de 1948
sucumbieron ante las balas asesinas de la Violencia que hace
siglos se desploma, como la piedra de Sísifo, en las
ensangrentadas espaldas del pueblo colombiano.

Que la tierra les sea leve y que sus *rostros* renazcan una y
mil veces en el indómito vientre de la Historia.

Contenido

1. INTRODUCCIÓN	1
1.1. Presentación	1
1.2. Justificación	6
1.3. Problema, objetivos e hipótesis de investigación	11
1.4. Algunas reflexiones teóricas y metodológicas	12
1.4.1. Aproximación a una biografía intelectual de George Rudé	12
1.4.2. Elementos conceptuales	21
1.4.3. Aspectos metodológicos	33
2. ANTES DEL BOGOTAZO	41
2.1. Bogotá: sociedad preindustrial, muchedumbre, turba y transiciones	41
2.2. Bogotá, las mutaciones urbanas y El Bogotazo	51
2.3. Ideología derivada: Gaitanismo, La Violencia y El Bogotazo	70
2.3.1. Gaitanismo	70
2.3.2 La Violencia de 1945 a 1948	92
2.4. Ideología Inherente: el pobre urbano, la ciudad tradicional y El Bogotazo	98
2.4.1. Los Obreros	100
2.4.2. Empleados públicos, profesionales y estudiantes: La clase media.	109
2.4.3. Artesanos, voceadores, emboladores y desempleados.	117
3. LA MULTITUD EN ACCIÓN	138
3.1. El levantamiento.	143
3.1.1. A partir de la 1:05 p.m.	143
3.1.2. A partir de las 2: 00 p.m.	150
3.1.3. A partir de las 3: 00 p.m.	165
3.1.4. A partir de las 4:00 p.m.	178
3.1.5. A partir de las 5:00 p.m.	182
3.2 ¿Cuál ha sido la significación histórica del Bogotazo?	190
3.3. Los rostros de la multitud	209
3.3.1. Raúl Alameda Ospina. Un rostro para la eternidad	210
CONCLUSIONES	245
REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS	247

Índice de tablas

Tabla 1	39
Tabla 2	78
Tabla 3	102
Tabla 4	104
Tabla 5	104
Tabla 6	105
Tabla 7	115
Tabla 8	121
Tabla 9	130
Tabla 10	203
Tabla 11	204
Tabla 12	206
Tabla 13	207
Tabla 14	217
Anexo 1. El levantamiento en Cali y Valle del Cauca	233
Anexo 2. El levantamiento en Ibagué y Tolima	237
Anexo 3. El levantamiento en Barrancabermeja.	242

1. INTRODUCCIÓN

¿Historia ‘antigua’ de quién? ¿‘media’ entre qué y qué?, ¿‘moderna’ respecto de cuál antigüedad?, ¿‘contemporánea’ de qué cosa? Y otro tanto podría decirse, ya lo hemos insinuado, al interior de cada una de las sociedades, incluidas las occidentales: los ‘vencidos’ de Benjamin tienen su propio tiempo histórico, que ha sido ‘invisibilizado’ por el progreso histórico de los vencedores (para los vencidos, piensa Benjamin, no hay progreso: ellos tienen que volver a empezar siempre, por eso su experiencia histórica se parece más a la alegoría mítico-ritual, apocalíptica, de las sociedades ‘arcaicas’; al menos, hasta que se produzca la gran interrupción final, mesiánico-revolucionaria, de la rectilínea historia de los vencedores).

Eduardo Gruner, Marx, historiador de la praxis. En: Estudio Introductorio a la edición de Las luchas de clases en Francia de 1848 a 1850 de Karl Marx, Ediciones Luxemburg

Buenos Aires, 2005. Pág. 10-11.

1.1. Presentación

La idea de escribir un nuevo trabajo sobre el Bogotazo me surgió de las discusiones sobre la historia del siglo XX en Colombia adelantadas en el Seminario Problemas Actuales de Colombia. Específicamente, fue la discusión en torno a la lectura del libro “*Bandoleros, Gamonales y Campesinos...*” -de los investigadores Gonzalo Sánchez y Donny Meertens- que la idea de escribir sobre el Bogotazo se transformó en el proyecto de investigación aquí presente.

Uno de los aspectos que en su momento más me llamó la atención fue la relación entre el prólogo del libro, hecho por el famoso historiador Eric Hobsbawm, y el tema de estudio propiamente dicho. Según palabras del propio Eric Hobsbawm la relevancia de la investigación propuesta por Sánchez y Meertens radica en que hace posible “una investigación capaz de colocar en perspectiva histórica los sucesos ocurridos entre 1945

y 1965” y, puntualmente, permite ver el fenómeno de la Violencia “en el marco de un fenómeno más general que se ha presentado en muchas partes del mundo: el bandolerismo, no visto desde su naturaleza ‘criminal’ sino en relación con la política y la sociedad de una época determinada.” (Hobsbawm, 1992, pp. 7-8)

En concreto, lo más relevante, a mi modo de ver, está relacionado con la forma en que estos autores vinculan su tema de investigación con un fenómeno más general que se ha presentado en muchas partes del mundo, a saber: el bandolerismo. Para estos autores, existía una sensación de “ausencia de centros de reflexión que permitieran ubicar el debate sobre la violencia en un contexto más amplio que el de los episodios locales y nacionales” y por eso mismo buscaban “un elemento articulador que sin desconocer la especificidad del fenómeno histórico concreto [les] permitiera detectar algunos puntos de inserción en una problemática común con otras experiencias históricamente definidas.” (Sánchez & Meertens, 1992, pág. 14)

Además de la utilidad de vincular un tema de investigación a una unidad temática más global, el trabajo de Sánchez y Meertens me resultaba inquietante por una segunda razón. El periodo histórico en el cual se inscribía el fenómeno estudiado por los autores era también el periodo histórico al cual se vinculaba el acontecimiento histórico que me proponía estudiar. La Violencia y sus episodios entre 1945 y 1965 podía ser leída más allá de las fronteras de lo local y nacional y esos episodios podían ser articulados a problemáticas comunes. En el caso del estudio hecho por los mencionados autores el elemento articulador era la teoría del *bandolerismo* entendido como un fenómeno propio de la política y la sociedad preindustrial.

El Bogotazo, que es comúnmente reconocido por su relación con el recrudecimiento de la Violencia, había ocurrido el 9 de abril de 1948. Lo anterior me permitió concluir que, de algún modo, los sucesos del 9 de abril podían ser leídos en el marco de esas

problemáticas comunes y elementos articuladores. Y que, de algún modo, tanto la investigación de Meertens y Sánchez como el prólogo de Eric Hobsbawm le daban cierto halito de autoridad a mis conclusiones provisionales y daban pie para consolidar un proyecto de investigación mucho más profundo. Como lo recordaba el mismo Hobsbawm en su prólogo a la obra de Sánchez y Meertens “todos los estudiosos del bandolerismo y la política de la sociedad pre-industrial les estarán profundamente reconocidos.” (Hobsbawm, 1992, pág. 10)

Recordando mi experiencia en diferentes espacios académicos cursados en la universidad pude constatar que el tema de investigación era viable por cuanto había otros indicios acerca de la existencia de elementos articuladores, fuera de la teoría del *bandolerismo*, para el estudio de esa temática común que era la política y la sociedad preindustrial a la cual se vinculaban los episodios ocurridos en el periodo de la Violencia. La pertenencia de Eric Hobsbawm a una escuela historiográfica mucho más amplia (*marxismo británico*) me llevó a revisar cuáles de todos esos autores con los cuales Hobsbawm había compartido debates y problemáticas de investigación podían ser vinculados de manera efectiva al tema de la política y la sociedad preindustrial. Es así que en la lectura del libro *Rebeldes primitivos* el tema se me hizo más esclarecedor, pues allí Hobsbawm daba pistas definitivas sobre la profundidad y amplitud del tema. En dicho trabajo Hobsbawm sugirió que “el estudio de la turba (capítulo IV) se centra en lo que quizá sea el equivalente urbano del bandolerismo social, el más primitivo y prepolítico de los movimientos del pobre de la ciudad, especialmente en cierta clase de grandes urbes preindustriales.” (Hobsbawm, 2010, pág. 18)

Con esta afirmación las conclusiones provisionales a las que había llegado mediante la lectura y discusión del libro de Sánchez y Meertens tomaron la forma de un problema de investigación cada vez más delimitado. Como el bandolerismo de Meertens y Sánchez

se vinculaba a un periodo mucho más maduro de la Violencia y, además, se concentraba en la dimensión rural de Colombia, la idea de un equivalente urbano del *bandolerismo* llamo mi atención pues hasta donde sabía el Bogotazo había sido un hecho predominantemente urbano.

En particular, los agradecimientos que Hobsbawm consigna en *Rebeldes primitivos* al también historiador George Rudé, por sus aportes al estudio de lo que él llama *turba*, me llevaron a delimitar el problema de manera definitiva. De este modo empezaron a surgir una serie de preguntas que poco a poco fui uniendo y sintetizando en la investigación que presento a continuación. Entre aquellas primeras preguntas se encontraban: A) ¿Era justificable plantear un trabajo similar al hecho por Sánchez y Meertens pero para el caso del Bogotazo y desde la perspectiva de George Rudé?; B) ¿Existían precedentes sobre la vinculación del Bogotazo a los temas globales de la turba, la política y la sociedad preindustrial?; C) ¿En qué consistían específicamente los aportes y planteamientos de George Rudé sobre el equivalente urbano del bandolerismo y hasta qué punto podían ser tomados con la misma autoridad que los planteamientos de Hobsbawm sobre el bandolerismo?

A diferencia de Sánchez y Meertens que afirmaron en su estudio que la teoría del bandolerismo “no fue tanto un punto de partida sino más bien un punto de llegada”, en mi proceso de definición de una problemática común al Bogotazo, la turba, lo preindustrial y George Rudé fueron, más bien, el punto de partida de este proceso de investigación que si bien puede ser leído como una monografía fue de mucho provecho para su autor en sus opiniones renovadas sobre la historia del siglo XX en Colombia.

Desde mi punto de vista creí necesario hacer estas aclaraciones a modo de introducción. En primera medida porque considero que este no es un tema de investigación común en la forma en que se plantea, pues desde el inicio más que un

problema el tema era una sospecha sobre la posibilidad de entender un episodio histórico a la luz de una unidad temática más amplia.

En segunda medida, esta aclaración era necesaria porque de algún modo el presente trabajo pretendía parafrasear la estructura de una investigación pionera como la de Sánchez y Meertens pues su lectura y discusión me habían causado profunda impresión y admiración en la forma en que vinculaban un episodio del complejo fenómeno de la Violencia a una temática global como el *bandolerismo*; en últimas, de alguna manera podía contribuir a ver el problema de la “transición hacia la moderna sociedad capitalista e industrial” en el caso de la realidad colombiana.

1.2. Justificación

La primera pregunta a responder consiste en si ¿es justificable plantear un trabajo similar al hecho por Sánchez y Meertens pero para el caso del Bogotazo y desde la perspectiva de George Rudé? Desde otro punto de vista, esta pregunta podía complementarse con un segundo interrogante: ¿existen antecedentes en el uso de las perspectivas teóricas de George Rudé para el análisis del Bogotazo?

Después de una breve aproximación a la literatura disponible sobre el Bogotazo la respuesta al último interrogante resultó ser afirmativa. Sin embargo, esta respuesta procedía de dos resultados positivos de todo el conjunto de literatura disponible que se logró revisar.

En primer lugar se halló¹ el trabajo del profesor Médofilo Medina, del año 1984, titulado *“La protesta urbana en Colombia en el siglo XX”*. Es la primera investigación historiográfica publicada en el país, hasta donde se tiene conocimiento, en la que los planteamientos fundacionales de George Rudé aparecen aplicados a la realidad colombiana. Sin embargo, debido a que el objeto de estudio es muy amplio, tanto en el

¹ Otros trabajos que fueron consultados por su experiencia pionera en el uso del modelo analítico de George Rudé son:

1) *“Gente muy rebelde”* escrito en cuatro volúmenes y en el cual se hace una alusión explícita al modelo teórico de George Rudé para el análisis de las revueltas populares en Colombia en el periodo de las dos primeras décadas del siglo XX y en el cual no se hace mención al “Bogotazo”. Para una mirada más detalla véase: VEGA CANTOR, Renán, (2002), *Gente muy rebelde, 4 tomos, Ediciones Pensamiento Crítico. En especial: VEGA CANTOR, Renán, (2002), Gente muy rebelde, Tomo I, Enclaves, transportes y protestas obreras, Ediciones Pensamiento Crítico. Págs. 23 a 51.*

2) BETANCOURT ECHEVERRY, Darío, (1987), *Historia de Colombia I: Descubrimiento, Conquista y Colonia*. Universidad Santo Tomas – USTA editores. Págs. 467. Allí se hace uso explícito de los conceptos y del modelo analítico propuesto por George Rudé pero limitado a las revueltas comuneras del siglo XVIII en Santander.

3) AGUILERA PEÑA, Mario, (1997), *Insurgencia urbana en Bogotá. Motín, conspiración y guerra civil 1893-1895, Colcultura, Págs.468*. Allí se hace una alusión explícita al modelo analítico de George Rudé pero limitado a los sucesos del “Bogotacito” que tuvieron lugar entre 1893 y 1895.

4) GÓMEZ SÁNCHEZ, Gonzalo, (1984), *Los días de la revolución. Gaitanismo y 9 de abril en provincia, Centro Cultural Jorge Eliecer Gaitán, 162 págs.* Allí, pese a que no se hace alusión explícita al modelo analítico de George Rudé, es posible captar una fuerte influencia del mismo sobre la obra. En ese sentido, el magnífico acopio de fuentes judiciales para captar los rostros de la multitud, los blancos del ataque de la multitud, las motivaciones y la ideología subyacente a las protestas constituyen un antecedente clave en la pretensión de nuestro trabajo.

tiempo como en el espacio, a mi modo de ver muchos aspectos claves del modelo analítico de George Rudé quedan por fuera.

En la introducción de la investigación, Médofilo Medina rescata los elementos conceptuales de una sola obra de George Rudé (*La multitud en la historia...*) y deja a un lado el resto de la producción académica de Rudé que es mucho más amplia y rica en aspectos conceptuales y metodológicos. En este sentido, en la investigación de Medina los planteamientos teóricos de Rudé no constituyen el eje central de su mirada conceptual e historiográfica sino que hacen parte de un conjunto de obras y autores con los cuales pretende investigar los movimientos de masas o movimientos civiles en Colombia, sobre todo en su faceta urbana.

Desde mi punto de vista, esa situación limita en la obra de Medina la profundidad en el uso de las categorías planteadas por Rudé. En primer lugar, se hace una muy breve alusión de un concepto central para George Rudé como es el de lo preindustrial, definiéndoselo simplemente “como unos años de transición que condujeron a la nueva sociedad industrial”. En segundo lugar, de las preguntas metodológicas planteadas por el mismo Rudé solo se rescatan unas pocas –de las muchas que hay- dentro de las que se encuentran: ¿Qué fue lo que realmente ocurrió?; ¿Cuáles eran los objetivos, motivos e ideas subyacentes?; y, finalmente, algunas referencias esporádicas a temas como la efectividad de las fuerzas de represión, los rostros de la multitud o la dirección y composición de la multitud.

Este restringido tratamiento a los planteamientos teóricos de George Rudé hace que en el trabajo de Medina los resultados con respecto al estudio del Bogotazo sean igualmente restringidos. Aunque logra responder magistralmente al “¿qué fue lo que ocurrió?” y al “¿cuáles eran los objetivos, motivos e ideas subyacentes de la multitud?” no logra lo mismo con temas como la dirección y la composición de las masas, así como al “¿quiénes

eran los rostros de la multitud?”, esta última pregunta central en la primera etapa de la teoría de George Rudé.

Dedicando solo ocho páginas (de un total de ciento noventa y nueve) al caso del Bogotazo, el tema de la composición y los rostros de la multitud queda casi por completo inexplorado. Hay una ausencia absoluta de información sobre las edades de los amotinados, sus oficios y sus nombres. Es sobre todo en fenómenos de protesta posteriores al del 9 de abril en donde Medina aporta información al respecto. En general, la preocupación del trabajo de Medina gira alrededor de lograr desvirtuar la hipótesis, predominante durante la época en que escribió su investigación, según la cual “el 9 de abril, las masas desbordadas solo buscaban saldar un sentimiento de venganza por el asesinato del caudillo y apoderarse del botín proveniente del pillaje y el saqueo.” (Medina, 1984, pág. 68)

En segundo lugar, se encontró el trabajo del profesor Darío Betancourt Echeverry, del año 1987, titulado “*El 9 Abril en Cali y en el Valle, acciones de la muchedumbre*” y que es un importante antecedente sobre el uso de la conceptualización propuesta por George Rudé aplicado al caso del Bogotazo.

Debido a que dicho trabajo fue publicado como artículo en la revista *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura* la extensión y los alcances de la investigación resultan ser más bien limitados. Con una muy breve alusión al trabajo de George Rudé los planteamientos conceptuales y metodológicos del mismo quedan implícitos en la investigación lo cual los torna profundamente oscuros.

De lo que se interpreta del trabajo de Echeverry hay una preocupación permanente por rescatar los siguientes aspectos del modelo analítico de George Rudé: A) *Cuáles eran los objetivos, motivos e ideas subyacentes de la multitud*; B) *Cuál fue la efectividad de las*

fuerzas de represión; y C) Cuáles eran los rostros de la multitud. No obstante, el trabajo de Betancourt Echeverry logra responder con datos como los establecimientos comerciales destruidos por la multitud, los edificios atacados o los nombres de algunos amotinados y sobre todo de los que hicieron parte de la Junta Revolucionaria de Gobierno. Su preocupación central es, al igual que Medina, lograr desvirtuar la hipótesis del 9 de abril como un levantamiento irracional y criminal cuyos únicos fines fueron el pillaje, el robo y el crimen.

Por otro lado, hay un limitante adicional en el trabajo de Betancourt Echeverry. Aquel, a diferencia del de Medina, se limita a analizar lo ocurrido el 9 de abril de 1948 en el departamento del Valle del Cauca y, concretamente, en la ciudad de Cali. En este sentido, aunque la investigación constituye un precedente fundamental para el presente trabajo debe ser tomado en cuenta únicamente en su aspecto formal debido a que nuestra mirada se concentra exclusivamente en los hechos ocurridos en Bogotá.

Finalmente, frente a la pregunta ¿es justificable plantear un trabajo similar al hecho por Sánchez y Meertens pero para el caso del Bogotazo y desde la perspectiva de George Rudé? Hay que responder afirmativamente. Del resto de literatura que fue posible rastrear un aspecto muy llamativo en su composición es la del uso repetitivo de palabras como *turba*, *multitud* y *muchedumbre*. En efecto, en los trabajos de Alape (1983; 1989); Braun (2013); Cuellar de la Vega (2018); Sáenz Rovner (2007); Green (2013); Robinson (1976); Sánchez Gómez (1984); Carreira (2019); o Fundación Misión Colombia (1988). En todos ellos es posible rastrear el uso de una de esas tres palabras o a veces de las tres en simultáneo. Como ninguna de estas investigaciones hace uso de la teoría de George Rudé esas palabras pasan de agache y pierden el significado conceptual que adquieren en la obra de Rudé. En este sentido, uno de los argumentos que permiten justificar un nuevo trabajo sobre el Bogotazo es que palabras como *muchedumbre*, *turba* y *multitud* adquieran

un sentido conceptual nuevo de acuerdo con la los planteamientos teóricos de George Rudé.

1.3. Problema, objetivos e hipótesis de investigación

Pregunta problema

¿Cómo pueden ser empleados los planteamientos conceptuales y metodológicos hechos por el historiador George Rudé para el análisis de las revueltas y disturbios populares del periodo preindustrial en el caso de las revueltas del 9 de abril 1948 en Bogotá?

Objetivo general

- Analizar las revueltas del 9 de abril 1948 en Bogotá a partir de los conceptos y preguntas metodológicas formuladas por el historiador George Rudé para el análisis de las revueltas y disturbios populares de la era preindustrial.

Objetivos específicos

- Delimitar el conjunto de conceptos teóricos planteados por George Rudé con los cuales se pretende analizar las revueltas del 9 de abril 1948 en Bogotá.
- Delimitar el conjunto de preguntas metodológicas planteadas por George Rudé con las cuales se pretende analizar las revueltas del 9 de abril 1948 en Bogotá.
- Delimitar el conjunto de fuentes primarias y fuentes secundarias que contengan información relevante sobre las revueltas del 9 de abril 1948 en Bogotá.
- Extraer la información relevante de las fuentes primarias y fuentes secundarias sobre las revueltas del 9 de abril 1948 en Bogotá.
- Relacionar la información relevante extraída de las fuentes primarias y fuentes secundarias con los conceptos y preguntas metodologías planteadas por George Rudé.

Hipótesis

El Bogotazo fue una revuelta típicamente preindustrial y una de las últimas manifestaciones de los fenómenos de la muchedumbre y la turba en Bogotá.

1.4. Algunas reflexiones teóricas y metodológicas

1.4.1. Aproximación a una biografía intelectual de George Rudé

George Frederick Elliot Rudé nació el 8 de febrero de 1910 en Oslo (Noruega). Con tan solo 9 años de edad se mudó a Inglaterra junto a su familia en donde permanecería buena parte de su vida. En Inglaterra, y transcurridos los años, cursó sus estudios primarios y también universitarios. Allí, según ha anotado Harvey Kaye, se graduó en lenguas modernas de la Trinity College de Cambridge y en 1931 se asoció como profesor de idiomas en Stow.

El interés por el estudio de la historia provino, de acuerdo con Kaye, después que Rudé –ya licenciado como lingüista moderno- pasara unas vacaciones en la Unión Soviética, junto a un amigo, en el año de 1932. Una vez ahí “quedó tan impresionado con lo que allí se encontró” tanto así que regreso a Inglaterra como un “‘comunista’ y antifascista comprometido.” (Kaye, 2000, pág. 19) Después de esos sugestivos años, Rudé se interesa por los estudios del marxismo y en 1935 se vincula al Partido Comunista Británico.

A partir de ese momento y marcado por un ambiente cada vez más agitado y politizado, Rudé comenta que

“su interés por la Historia fue espoleado por sus lecturas de Marx y Lenin. Su dedicación a los estudios históricos fue en aumento, de modo que, tras licenciarse en esta disciplina, continuó hasta completar el doctorado en 1950 con una Tesis titulada *The Parisian wage-earning population and the insurrectionary movements of 1789-1791.*” (Kaye, 2000, pág. 19)

Desde entonces y con la edad de cuarenta años dedicó el resto de su vida a la investigación histórica especialmente a la asociada con la ya famosa Historia Social. Entre la década de 1946 a 1956, y vinculado desde hacía algunos años al Grupo de Historiadores del Partido Comunista, Rudé tuvo un especial contacto con la movida historiográfica que surgía por esos años.

Entre el grupo de los Historiadores Marxistas Británicos, los estudiosos de la Revolución Francesa y el Grupo de Historiadores del Partido Comunista, Rudé consolidó lo que desde entonces y hasta su muerte en 1993 sería su tema de interés, a saber: la *historia desde abajo*:

Una perspectiva cuyo propósito era rescatar para el estudio a unos grupos sociales no tomados en consideración por la historia tradicional (y, en gran medida, tampoco por la historia social), reconstruir sus motivos y experiencias y restituir su papel en la conformación de los procesos sociales. (Cabrera, 2009, pág. xii)

Durante esa agitada década intelectual y en cual se fue dando forma a esa empresa llamada *historia desde abajo*, el Grupo de Historiadores se

organizaba en secciones dedicadas a diferentes periodos históricos, siendo las principales aquellas que se encontraban en los siglos XVI-XVII y XIX; se producía, pues, un serio vacío en la cobertura del Grupo entre el periodo de la Revolución inglesa y el de la Revolución industrial. Tal y como Eric Hobsbawm lo recuerda, '[el siglo XVIII] era una tierra de nadie entre las dos secciones más florecientes del grupo; simplemente no teníamos a nadie que supiera demasiado acerca de él, hasta que George Rudé, un

explorador solitario, se aventuró en el periodo de John Wilkes'. (Kaye, 2000, pág. 21)

El periodo histórico de investigación al cual se vinculó George Rudé durante los debates e investigaciones del Grupo de Historiadores lo llevó a establecer una fuerte relación con los historiadores sociales de la Revolución Francesa, acaso uno de los episodios más estremecedores de ese poco estudiado siglo XVIII. Albert Soboul, Richard Cobb y Georges Lefebvre (historiadores sociales de la Revolución Francesa) determinaron en gran medida la fijación de Rudé por las insurrecciones populares de Francia e Inglaterra entre 1700 a 1848.

Desde entonces fueron muchos los artículos e investigaciones hechas por Rudé que pulularon en revistas y congresos, tanto en idioma francés como en inglés, acerca de esa tierra de nadie como lo era el siglo XVIII y además desde una perspectiva social y desde abajo. Según Kaye:

a partir de las investigaciones llevadas a cabo en la década de 1950, Rudé publica una serie de importantes artículos sobre las protestas en París y Londres durante el siglo XVIII. Uno de ellos, 'Los disturbios Gordon: estudio sobre sus participantes y sus víctimas' (1956), es galardonado con el prestigioso premio Alexander. (Kaye, 2000, pág. 23)

Entre otros artículos se podrían mencionar también: *The London 'Mob' of the Eighteenth Century* (1959); *Georges Lefebvre et l'étude des Journées populaires de la Révolution française* (1960); *The Middlesex Electors of 1768-1769* (1960); *Wilkes et la Liberté* (1964); *English Rural and Urban Disturbances on the Eve of the First Reform Bill, 1830-1831* (1967); *Paris et Londres au XVIII^e siècle: société et conflits de classes* (1973); Y otro tanto más que por límite de espacio no se mencionan acá.

Pero solo fue hasta el año de 1964, con ocasión de la publicación del libro *La multitud en la historia. Los disturbios populares en Francia e Inglaterra 1730-1848*, que la perspectiva de Rudé se haría públicamente famosa y, además, presentaría la primera sistematización amplia sobre sus investigaciones y opiniones acerca de esa tierra olvidada que era el siglo XVIII. Para Miguel Ángel Cabrera, *La multitud en la historia...* “fue una de las primeras obras de historia consagrada plenamente al estudio de las clases populares y de sus movimientos de protesta.” (Cabrera, 2009, pág. xi)

En ese libro Rudé expuso sus “hallazgos empíricos” que le permitieron “extraer algunas conclusiones sobre la protesta popular preindustrial que tienen un alcance teórico.” (Cabrera, 2009) Uno de los elementos teóricos de mayor relevancia contenidos en dicha obra fue el asociado al concepto de *sociedad preindustrial*. Con ese concepto Rudé logró sintetizar lo que en un principio había sido simplemente una unidad temporal caracterizada en la etapa del Grupo de Historiadores como una *tierra de nadie, el siglo XVIII*. Aunque como ha advertido el propio Kaye, en esa primera etapa

La visión de Rudé del siglo XVIII –tanto para Inglaterra como para Francia- se encuentra inserta en la transición del feudalismo al capitalismo, y aunque él mismo ha abordado esa cuestión, su propia obra sugiere algunas reservas acerca de las formulaciones existentes sobre este proceso, más frecuentemente tratado en términos del consiguiente proceso de industrialización. (Kaye, 2000, pág. 21)

A pesar de esas reservas, el tema de lo *preindustrial* continuó siendo a lo largo de la obra de Rudé un lugar al cual siempre se recurriría. Por otro lado, en el libro de 1964 Rudé puso los cimientos de otros aspectos teóricos igualmente importantes. En primera medida, desvirtuó de manera definitiva las opiniones que psicólogos y sociólogos habían hecho sobre las clases populares y sus movimientos de protesta. Los prejuicios y

estereotipos como el de la irracionalidad, la marginalidad, la criminalidad o la supuesta pureza del pueblo quedaron sepultados ante una demoledora cantidad de pruebas, fuentes y documentos que demostraron lo contrario y dieron un carácter eminentemente histórico a los disturbios y la multitud del siglo XVIII.

En segunda medida, Rudé logra hacer un compendio magistral sobre algunas de las preguntas e interrogantes que habían sido ignoradas por historiadores anteriores a él. En concreto, de las tradicionales inquietudes por el por qué, el qué y el cómo Rudé supo dar el lugar al **quiénes**. Además de esta reflexión sobre el quiénes Rudé supo construir algunos interrogantes de un carácter más bien metodológico para el abordaje de las fuentes.

En tercer lugar, la ampliación en la gama de fuentes usadas para la investigación desde abajo también le mereció un especial reconocimiento. Aunque en su estudio de 1964 Rudé sugiere no se puede negar el uso de fuentes tradicionales (periódicos, informes, memorias, correspondencia, expedientes parlamentarios o las investigaciones de otros historiadores etc.) sí es necesario incluir unas nuevas como por ejemplo: archivos judiciales, archivos hospitalarios, archivos policiales, expedientes criminales, etc.

Finalmente, respecto de la *Multitud en la historia...* habría que señalar que Rudé fundamentó una perspectiva de la historia desde abajo inédita hasta entonces. En palabras de Cabrera, Rudé logró sintetizar, después de varios años de investigación, una perspectiva que “no se limita a hacer la historia de los de abajo, sino que pretende fundamentalmente elaborar una explicación histórica desde abajo” con lo cual se toma “a las experiencias y motivaciones de los actores históricos como punto de partida de la indagación histórica.” (Cabrera, 2009, pág. xviii)

Debido a la limitada disponibilidad de obras de Rudé traducidas al castellano, el recorrido por la biografía intelectual del autor se limitara, a partir de este momento, a una referencia de las obras que por su alto contenido teórico son de interés para el presente trabajo. Las obras de un carácter más empírico y en donde no se encuentran reflexiones conceptuales o metodológicas no se detallan en profundidad aunque se mencionan las que se encuentran traducidas al castellano

Para Julián Casanova haciendo el recorrido por la biografía intelectual de George Rudé,

en esa huida de los modos de producción y de lo que él consideraba generalizaciones y abstracciones históricas, Rudé encontró a la multitud revolucionaria. Una multitud que nadie había identificado y de la que se ignoraban sus motivos y sus aspiraciones sociales. Junto a las preguntas clásicas del historiador –‘qué, ‘cómo’- y al interés en el ‘por qué’ de otros marxistas como Hobsbawm, Rudé añadió un nuevo interrogante que se convirtió en verdadera obsesión: ‘quiénes’. [...] Su honradez intelectual, no obstante, resulta admirable si se comprueba la forma en que encajó y discutió esas críticas desde diferentes frentes, a la vez que corregía sus puntos de vista e incorporaba todo aquello que podía mejorar sus conclusiones. Cuando en 1970 repasaba en ‘The Changing Face of the Crowd’ los comentarios críticos a su obra más influyente, *The Crowd in History* (1964), reconocía haber hecho frente a algunas de esas objeciones con la ayuda inestimable de Hobsbawm. Esa ‘empresa conjunta’ que fue *Capitán Swing* (1969) le había colocado –mérito de Hobsbawm, según él- en el camino del ‘¿por qué?’ de las rebeliones, de las causas que llevaban a unos pueblos a rebelarse [...] **De la pregunta ‘¿quiénes?’ – surgida**

frente a la nula atención que otros le habían prestado- pasaba al ‘¿por qué?’, cuestión capital dejada de lado en sus estudios anteriores.

(Casanova, 1994, pp. 142-143. El subrayado es propio)

En esa transición del “¿quién?” al “¿por qué?” hubo, no obstante, algunas obras que continuaron desarrollando varios elementos de las primeras reflexiones del autor. Entre esas, además de la ya mencionada empresa conjunta *Captan Swing* (1969), cabe destacar *Protesta popular y Revolución en el siglo XVIII* del año 1970. Allí, pese a las reservas del mismo Rudé, la reflexión en torno a la categoría *preindustrial* se amplió. Como el producto de dos décadas de investigación en las bibliotecas y archivos, Rudé sistematiza una serie de artículos sobre los movimientos de protesta y revueltas populares en Francia e Inglaterra durante el siglo XVIII.

De manera abreviada, la relevancia de esta obra radica en el hecho de que a nivel conceptual logra un mayor grado de profundidad en relación con la definición de lo *preindustrial*. Mientras en 1964 dicha categoría había sido definida simplemente como un periodo limitado de la historia inglesa y francesa (entre 1730 y 1850) en los que se forjó la transición a la nueva sociedad industrial caracterizada por el auge de las fábricas, los ferrocarriles, el movimiento obrero y los sindicatos. En 1970 Rudé logra delimitar esa noción con una definición más precisa según la cual lo *preindustrial* hace referencia a un **periodo** “-que puede abarcar unos cien años, a veces más y a veces menos- durante el cual la sociedad se va adaptando a los cambios producidos por una industrialización rápida, a cuyo término la sociedad queda transformada radicalmente.” (Rudé, 1978, pág. 17)

Además, a diferencia de su investigación de 1964, en *Protesta popular y Revolución en el siglo XVIII* el concepto de lo *preindustrial* se expande fuera de las fronteras de Inglaterra y Francia y se sugiere que ese

periodo ‘preindustrial’ o de transición se inicia en los distintos países y continentes en momentos distintos (y no en todos se ha iniciado) [...] En Europa Central, Australia y Norteamérica se inició un poco mas tarde que en esos países; en algunas zonas de África y Asia y en la América Latina se ha iniciado durante el presente siglo, y hay todavía países en Asia, África y el Pacífico (por no mencionar las zonas aborígenes de ‘Australia’), cuyo proceso todavía no ha comenzado. (Rudé, 1978, pp. 17-18)

Por otro lado, esa obra adquiere una mayor relevancia por el hecho de sintetizar, alrededor de unos ejes generales, las principales características de lo preindustrial, es decir, de ese periodo de profundas trasformaciones. En síntesis, Rudé establece allí que existen seis rasgos distintivos de los movimientos populares y de protesta en el periodo preindustrial. Estos son, a saber: A) los **tipos de disturbio** que allí se presentan; B) Las **formas de acción** de los movimientos de protesta preindustriales; C) La **espontaneidad y falta de organización** de los movimientos de protesta preindustriales; D) La **dirección y los tipos de dirigente** predominantes en los movimientos de protesta preindustriales; E) La **composición de las masas** en los movimientos de protesta preindustriales; F) Las **motivaciones y la ideología** de la agitación en los movimientos de protesta preindustriales.

Aunque cada uno de estos rasgos distintivos se desarrollará con más detalle en apartados siguientes, y durante el desarrollo del mismo trabajo, cabe resaltar que con *Protesta popular y Revolución en el siglo XVIII* Rudé logra darle un carácter más teórico a sus investigaciones y conclusiones iniciales, sobre todo a las contenidas en *La multitud en la historia...* y el *Capitán Swing*.

Entre tanto, en el periodo transcurrido desde la publicación de *Protesta popular y Revolución en el siglo XVIII* hasta la publicación de *Revuelta popular y conciencia de*

clase, Rudé pondría a la luz trabajos de carácter más empírico. Entre esos habría que destacar *Europa en el siglo XVIII. La aristocracia y el desafío burgués* del año 1972 y su última obra de carácter más empírico, traducida también al castellano, *La Revolución Francesa* publicada en el año 1988.

Una de las últimas obras que incluían nuevas reflexiones teóricas de George Rudé fue publicada en 1980 y traducida al castellano en 1981. Se trata de *Revuelta popular y conciencia de clase*. En palabras de Kaye, ese libro

“describía la evolución de la ideología de la protesta popular durante el proceso de transición del feudalismo al capitalismo. Al escribir sobre los campesinos de la Europa medieval, bajo el dominio del absolutismo europeo, y de América Latina; sobre las revoluciones inglesa, americana y francesa (1789, 1830 y 1848); y sobre Inglaterra en la Revolución industrial de los siglos XVIII y XIX, además de incluir un «Epílogo» sobre la Gran Bretaña industrial, prácticamente presentó la historia de la lucha por la libertad moderna.” (Kaye, 2018, pág. 22)

Desde mi punto de vista esta es la última obra de Rudé con importantes alcances teóricos. Es, por así decirlo, un trabajo en el que Rudé no solo describía la evolución de la ideología de la protesta popular durante el proceso de transición del feudalismo al capitalismo, es decir, de la época preindustrial, sino que constituía la más elaborada de sus reflexiones respecto a la pregunta por el “¿por qué?” iniciada en 1969 con el *Capitán Swing*.

A continuación, se desarrollan con más detalle algunos elementos que han sido mencionados en la presente contextualización teórica.

1.4.2. Elementos conceptuales

1.4.2.1 Periodo y sociedad preindustrial

En algún punto de su monumental obra, el historiador George Rudé sugirió que las “rupturas con el pasado –entre el paso de lo preindustrial a lo industrial- debían por fuerza dejar su marca en la forma y el contenido de las actividades de la muchedumbre” (Rudé, 2009, pág.8) Así, “podemos distinguir tan agudamente (o tan ampliamente) el disturbio popular típico de la nueva sociedad industrial [...] De la misma manera, la era pre-industrial tiene su propio tipo de disturbios.” (Rudé, 2009, pág. 8)

Para Ciro y Brignoli, por ejemplo,

La distinción muy general, propuesta por George Rudé hace casi diez años, entre una multitud industrial y una preindustrial parece conservar todavía su validez. Este autor considera que en la sociedad industrial, los disturbios, las sublevaciones populares, tienen una naturaleza distinta a la que presentan en las sociedades preindustriales. La multitud industrial tiende a componerse de obreros industriales y asalariados urbanos, y sus formas de lucha pasan por la huelga y la organización sindical y política. Sus objetivos están por lo general claramente definidos. En la visión de Rudé, apoyada por sus estudios sobre Europa occidental en los siglos XVIII y XIX, la multitud industrial reemplaza, con el avance del capitalismo industrial, las antiguas formas de lucha, y el corte decisivo se produce alrededor de los años 1840. Frente a los movimientos sociales del industrialismo, centrados en el movimiento obrero, ¿qué se entiende por multitud preindustrial? **El término es por cierto bastante vago, y recubre una serie de fenómenos de naturaleza distinta.** No podría ser de otra manera, ya que dichas multitudes preindustriales caracterizan tanto

a los jacqueries de la Edad Media como a la rebelión de Tupac Amaru, o a las revueltas campesinas que ponen fin, en 1644, a la dinastía de los Ming. Lo que permite hablar de movimientos sociales preindustriales es la presencia, en todos ellos, de una serie de características comunes, la más importante de las cuales es la de ser movimientos prepolíticos, es decir, insurrecciones que, aun cuando alcanzan grados inusitados de violencia, son incapaces de articular un proyecto político como alternativa a las formas vigentes de dominación social.” (Ciro y Brignoli, 1978, pág. 325)

Como se sugirió en el apartado anterior, el concepto “preindustrial” surgió en la obra de Rudé con mayor fuerza a partir de 1964. En principio, apareció como una noción que pretendía delimitar el periodo histórico al cual se había abocado estudiar desde muy temprano. Sin embargo, con el posterior desarrollo de sus investigaciones, Rudé fue acotando el sentido de dicho concepto. En 1970 afirmaba que lo preindustrial se refería a un periodo de transición en la historia de las sociedades “que puede abarcar unos cien años, a veces más y a veces menos- durante el cual la sociedad se va adaptando a los cambios producidos por una industrialización rápida, a cuyo término la sociedad queda transformada radicalmente.” (Rudé, 1970)

Para efectos de la presente investigación se ha preferido utilizar una de las últimas definiciones proporcionadas por Rudé en su libro *Revuelta popular y conciencia de clase*. Allí Rudé sugirió que lo preindustrial, además de ser una época de transiciones y radicales transformaciones que en el caso de Francia e Inglaterra abarcaba el periodo 1730 a 1848, se refería también a una *sociedad preindustrial*, es decir, “una época en que la sociedad industrial de nuestros días, **con su importante división en patronos y obreros, capitalistas y proletarios, se encontraba aun en formación.**” (Rudé, 1981, pág. 7. El subrayado es propio)

Sin embargo, como es sobre todo a nivel de las actividades de la protesta de la muchedumbre en donde la noción de lo preindustrial deja la mayor de sus huellas y pueden reconocerse sus características específicas, a continuación se presentan los rasgos más distintivos de esos movimientos de protesta que surgieron en sociedades preindustriales de acuerdo con las consideraciones del propio Rudé. Según este último, esos atributos, que pueden ayudar a definir los rasgos distintivos de los movimientos de protesta en la época preindustrial, se clasifican en seis criterios, a saber:

1) **Tipos de disturbio:** En las primeras fases predominan los motines de subsistencia y éstas tienen lugar con mayor frecuencia en pueblos y ciudades de mercado que en las otras ciudades. Junto a los motines de subsistencia se encuentran también las revueltas urbanas y los conflictos laborales. Ello es fácilmente comprensible en un momento en que no hay asociaciones sindicales nacionales ni estables, mientras el pan absorbe aproximadamente la mitad, o más, del presupuesto del trabajador.

2) **Las formas de acción:** Estas son predominantemente del tipo de acción directa contra la propiedad [...] Violencia, en suma, contra la propiedad, pero no contra la vida ni la integridad de las personas. Al mismo tiempo, no faltan tipos de acción más ‘modernos’ o ‘industriales’, como peticiones al Parlamento, marchas de protesta y conflictos industriales de tipo de moderno, con un carácter más o menos pacífico.

3) **La espontaneidad y falta de organización:** De acuerdo con este carácter, es frecuente la transformación de una agitación relativamente de poco alcance en una revuelta masiva de ataques contra la propiedad.

4) **La dirección:** El dirigente típico del movimiento popular preindustrial en sus manifestaciones más elaboradas (disturbios, revoluciones y revueltas urbanas) proviene a menudo ‘de fuera’ que ‘de dentro’ de las masas, mientras el rebelde o insurgente típico es el artesano, el obrero o el campesino, ese dirigente puede pertenecer a la pequeña nobleza, ser abogado, periodista o funcionario del gobierno [...] Puede haber tres tipos de dirigentes: el dirigente máximo, en cuyo nombre las masas se rebelan o se agitan, el dirigente intermedio –una especie de suboficial-, que pasa las consignas y dice qué casa, la de quién, hay que asaltar, y aquel tipo constituido por los más enardecidos militantes de entre los mismos que participan en los movimientos, cuyo papel dirigente es puramente local y temporal.

5) **La composición de las masas:** En la sociedad preindustrial, en cambio, la composición es manifiestamente –y sin duda significativamente- *heterogénea*. Esa composición solo es heterogénea en relación con las capas inferiores de la sociedad, es decir: en el campo, con los agricultores, pequeños propietarios, artesanos rurales, tejedores, trabajadores de las explotaciones campesinas y mineros, y, en las ciudades, con los pequeños tenderos y propietarios de puestos de venta, artesanos propietarios de sus talleres y asalariados (con trabajo calificado no)

6) **Las motivaciones o ideología de la agitación:** Lo que constituye la característica más distintiva de las masas activas del periodo ‘preindustrial’ es su apego al modo de funcionamiento *tradicional* (o que sea creía tradicional) de la antigua comunidad del pueblo y del antiguo gremio urbano [...] Así, pues, constantemente nos hallamos ante presentaciones

de demandas de ‘restablecimiento’ de derechos ‘perdidos’, como el del ‘salario justo’ o del ‘precio justo’, y hasta el derecho al voto (hacia el final del periodo). (Rudé, 1978, pp. 18-19-20-21-22)

En consecuencia, en el presente trabajo entenderemos por sociedad o periodo preindustrial, aquella época en que las sociedades se encuentran todavía transitando a la lógica capitalista industrial consistente en un tipo de sociedad dividida en dos polos opuestos y antagónicos, a saber: propietarios y desposeídos. Con lo cual la sociedad preindustrial se caracteriza por ser aun multclasista, con abundante presencia –aunque no exclusiva- de artesanos, pequeños propietarios dueños de sus medios de subsistencia y grupos sociales tradicionales heredados de la época y la formación social anteriores a la irrupción del capitalismo industrial.

1.4.2.2. *Muchedumbre, Turba y Multitud*

Para George Rudé “quizás ningún fenómeno haya sido ignorado tan concienzudamente por los historiadores como la muchedumbre.” (Rudé, 2009, pág. 5) En general, Rudé siguiendo algunos trabajos sociológicos, considera que la muchedumbre es

un grupo de ‘contacto directo’ o ‘cara a cara’ y no un tipo de fenómeno colectivo, tal como la nación, un clan, una casta, un partido político, una comunidad rural, una clase social, el público en general o cualquier otra ‘colectividad’ demasiado grande para ser reunida. (Rudé, 2009, pág. 5)

Sin embargo, advierte Rudé, la muchedumbre en tanto grupo social que surge de un *contacto directo* o *cara a cara* puede ser un tema muy amplio y por lo tanto confuso. Pueden existir muchedumbres de turistas, ceremoniales, religiosas o aquellas “muchedumbres ‘audiencia’ que se reúnen en teatros o salas de conferencia, en partidos de béisbol o corridas de toros.” (Rudé, 2009, pág. 6) Por lo tanto, la muchedumbre a la

que se refiere Rudé es un grupo social que surge en el contacto directo que se da en el marco de “las manifestaciones políticas y a lo que los sociólogos han denominado ‘Turba agresiva’ o ‘estallido hostil’, es decir, a actividades tales como huelgas, revueltas, rebeliones, insurrecciones y revoluciones.” (Rudé, 2009, pág. 7)

Pero como en general, la teoría de George Rudé “representó un esfuerzo consciente por responder a sus críticos y por desarrollar un modelo histórico de la ‘multitud preindustrial’.” (Kayé, 2000, pág. 32.) Para efectos del presente trabajo entenderemos la muchedumbre como un grupo social emanado del contacto directo que ocurría en las manifestaciones políticas de la sociedad preindustrial en donde predominaban los motines de subsistencia, las asonadas y los estallidos violentos y espontáneos más que las huelgas o los mítines políticos de algún partido o sindicato.

Otra categoría con la cual se ha pretendido entender a esos grupos de ‘contacto directo’ o ‘cara a cara’ surgidos en el marco de las asonadas y motines de la época preindustrial es la de la *turba*. Sin embargo, aunque Rudé ha considerado esta categoría en sus estudios de las revueltas preindustriales para aquel esta no es de su entera confianza. Según explicó en la *Multitud en la historia...* la categoría de la *turba* es un estereotipo generalizado entre los escritores conservadores para denotar que esos grupos de contacto directo “no tienen ideas o impulsos propios y que son, más bien, instrumentos pasivos de agentes exteriores -demagogos o extranjeros-.” (Rudé, 2009)

Sin embargo, una mirada más atenta a la categoría permite encontrar claves conceptuales que, contrarias a la opinión de Rudé, revelan aspectos muy importantes sobre esos grupos sociales de contacto directo en la era preindustrial. Para un historiador como Eric Hobsbawm, y quien fuera un colaborador muy cercano de George Rudé, la categoría de *turba* contiene aspectos muy interesantes. Según su opinión

El estudio de la turba (capítulo IV) se centra en lo que quizá sea el equivalente urbano del bandolerismo social, el más primitivo y prepolítico de los movimientos del pobre de la ciudad, especialmente en cierta clase de grandes urbes preindustriales. (Hobsbawm, 2010, pág.18)

Por otro lado, el mismo Hobsbawm emprende la laboriosa tarea de definir la categoría de la turba en los siguientes términos que resultan muy provechosos para la presente investigación. Según Hobsbawm:

La turba puede definirse como un movimiento de todas las clases urbanas pobres encaminadas al logro de cambios políticos o económicos mediante la acción directa –es decir, por el motín o la rebelión-, pero un movimiento que todavía no estaba inspirado por ninguna ideología específica. (Hobsbawm, 2010, pág. 149)

Finalmente, se encuentra la categoría de *multitud* que es quizás una de las más problemáticas e inacabadas en la teoría de Rudé. Al igual que la *muchedumbre*, la *multitud* es un grupo o conglomerado social que puede emanar de distintas situaciones que impliquen un contacto directo o cara a cara. De este modo basta con distinguir si la situación que agrupa a la multitud es política o no y si se da en el marco de una sociedad industrial o preindustrial. De este modo vale la pena señalar que,

se ha criticado incluso a Rudé que pese haberla convertido en objeto relevante de estudio, nunca llegó a definir de manera lo suficientemente precisa y sistemática del concepto de multitud. (Cabrera, 2009, pág.xx)

En general, para efectos del presente trabajo se asumen las categorías de *muchedumbre*, *multitud* y *turba* como sinónimos. Los tres conceptos se entenderán aquí como los significantes más adecuados para hacer alusión al grupo o grupos sociales de

contacto directo que tomaron parte activa en las revueltas del 9 de abril de 1948 indicándose con ello que tanto las revueltas como los grupos involucrados pertenecían a la lógica de la época preindustrial.

1.4.2.3 Ideología Inherente e Ideología Derivada

En su libro de 1980 titulado “*Revuelta popular y conciencia de clase*” George Rudé revelo que en sus obras anteriores

Al principio me ocupé con preferencia de responder a la pregunta ‘¿quién?’, ya que, a mi modo de ver, los anteriores autores de la historia o de las ciencias sociales no lo habían tenido suficientemente en cuenta y partiendo de esta preocupación inicial era inevitable que se me plantease la pregunta de por qué la gente obró de tal o cual manera, qué la empujó a amotinarse o rebelarse, qué motivos tenía para hacerlo. (Rudé, 1981, pág. 7)

Este interés en el por qué, confesó después Rudé, había nacido incluso antes de la investigación de 1980. En su trabajo junto a Eric Hobsbawm, y que en 1969 vio la luz con la publicación del libro titulado “*Revolcón industrial y revuelta agraria. El capitán Swing*”, Rudé observó que la pregunta por el por qué no podía ser puesta por debajo de las preguntas por el “quiénes” o por el “cómo”. *Revuelta popular y conciencia de clase* vino constituir la forma en que Rudé saldó su deuda con ese viejo interroagnte.

De modo general, en aquella obra Rudé se vuelca a indagar las causas que disponen a que en ciertos periodos de la historia las personas se decidan a rebelarse o amotinarse. Sin embargo, como la pregunta podía resultar demasiado amplia, Rudé se aboca por mantener la línea fundamental que desde la publicación de la “*Multitud en la historia...*” definió su periodo de estudio e investigaciones, a saber: el de la sociedad preindustrial.

En este sentido, el centro de reflexión sobre el cual vierte sus consideraciones en su investigación de 1980 es, en concreto, los motivos que llevaron a las revueltas y los espectaculares motines en ese periodo de profundas trasformaciones. De este modo, según su propia opinión, este renovado interés por el por qué y los motivos de la protesta popular lo llevó a “distinguir entre las que eran a largo plazo y las que buscaban objetivos a corto plazo, así como a trazar una línea divisoria entre los factores ‘socioeconómicos’ y los ‘políticos’ y tratar de explicar de qué manera los dos se relacionaron y mezclaron”. (Rudé, 1981, pp. 7-8)

Pero también en el estudio de las *motivaciones*, Rudé resultó insatisfecho por cuanto aquella categoría presentaba el problema sobre los móviles de la protesta de manera fragmentada y dejando por fuera una gama de ideas y creencias subyacentes a toda acción política y social. Esta insatisfacción llevó a Rudé a explorar ese “conjunto de ideas subyacentes” bajo la forma del concepto que él denominó como “la ideología de la protesta (popular o de otra índole)”. (Rudé, 1981, pág. 8)

Es entonces en el terreno de la ideología que Rudé encontró la respuesta más adecuada a la pregunta del por qué se rebelaban las gentes de la sociedad preindustrial. Sin embargo, para Rudé el campo de la ideología no podía ser tratado en abstracto. Según observo Rudé la teoría de la ideología que empezaba con Marx y Engels y pasaba después por Gramsci y Lukács era una teoría de la ideología para un cierto tipo de sociedad muy distinta de la que estaba en su interés estudiar. Desde Marx hasta Lukács se había analizado el papel que la ideología había tenido en la lucha de clases pero de una sociedad abiertamente industrial., dividida en dos clases antagónicas. En consecuencia,

Es obvio que una teoría de la ideología creada para otro fin —el de definir la lucha entre las dos principales clases opuestas en la moderna sociedad industrial- no es aplicable aquí; y como en los capítulos siguientes nos

ocuparemos principalmente de esta sociedad en transición y de los citados grupos tradicionales –que todavía no habían evolucionado hasta convertirse en clases sociales identificables-, tendremos que buscar una nueva teoría o modelo para la ideología de la protesta procurando que se ajuste a los movimientos populares de las diversas épocas. (Rudé, 1981, pág. 32)

De manera sucinta, señala Rudé, “al escribir sobre la ideología popular de protesta, es esencial que yo sepa de qué se compone esa ideología y de qué modo se juntaron históricamente los elementos que la integran.” (Rudé, 1981, pág. 11) En general, en la sociedad preindustrial la ideología popular de las protestas o los móviles que llevan a las revueltas y motines no es todavía un asunto exclusivo o atribuible a una sola clase social. No obstante, los elementos que la integran resultan ser una miscelánea en la que los aportes de las clases populares y tradicionales se amalgaman con los aportes de otro tipo de sectores medios y altos.

De manera tal que a la pregunta por el “¿por qué la gente de la sociedad preindustrial se vio motivada a la rebelión y al levantamiento?” la respuesta en términos ideológicos lleva a que en la teoría de George Rudé

Lo más frecuente es que sea una mezcla, una fusión de dos elementos de los cuales solamente uno es privativo de las clases populares, mientras que el otro se sobreimpone mediante un proceso de transmisión y adopción desde afuera. De estos el primero es lo que yo llamo el elemento inherente, una especie de ‘leche materna’ ideológica, basada en la experiencia directa, la tradición oral o la memoria colectiva en lugar de ser algo que se aprende escuchando sermones o discursos o leyendo libros. En esta fusión el segundo elemento es el cumulo de ideas y creencias que ‘deriva’ o se

toman prestadas de los demás, y que a menudo se presentan en forma de un sistema de ideas políticas o religiosas tales como los Derechos del Hombre, la Soberanía Popular, el *Laisses-Faire* y el sagrado Derecho de la Propiedad, el Nacionalismo, el Socialismo o las diversas versiones de la justificación. (Rudé, 1981, pp. 33-34)

Debido a que la presente investigación busca analizar las revueltas del 9 de abril 1948 en Bogotá a partir de los conceptos y preguntas metodológicas formuladas en la teoría de George Rudé la pregunta por el por qué y las causas de la revuelta en Bogotá necesariamente hacen uso de las consideraciones anteriormente expuestas.

En el presente trabajo estas consideraciones aparecen bajo la idea de un *Antes del Bogotazo* indicándose con ello que a lo que se hace alusión allí se refiere a los antecedentes, motivos o causas que desencadenaron en el hecho de la revuelta y los disturbios propiamente dichos. De modo que a la pregunta por el por qué hubo revueltas el nueve de abril de 1948 en Bogotá se responde con la alusión a la ideología popular de la revuelta describiendo sus dos componentes esenciales que se entienden así:

A) Ideología Inherente: Es la ‘leche materna’ ideológica, basada en la experiencia directa, la tradición oral o la memoria colectiva y de la cual bebieron los sectores populares y tradicionales de la ciudad de Bogotá durante los disturbios el 9 de abril 1948.

B) Ideología Inherente: Es el cumulo de ideas y creencias que ‘derivaron’ o se tomaron prestadas de los demás segmentos sociales (y que a menudo se presentaron en forma de un sistema de ideas políticas o religiosas) durante los disturbios el 9 de abril 1948.

Además de estas consideraciones meramente conceptuales también se tienen en cuenta los aspectos metodológicos respecto a su uso y que Rudé definió en los siguientes términos:

A) Para llegar a estos rasgos peculiares de las revoluciones –especialmente en lo que hace a su relación con la ideología popular – primero hemos de tener en cuenta factores tales como la sociedad en cuyo seno tuvo lugar la revolución; la ideología imperante tanto entre la clase dirigente como entre sus principales contrincantes en vísperas de la revolución; y las ideas inherentes de las clases populares -es decir, de los obreros, pequeños propietarios y campesinos- antes de que estallara la revolución;

B) Una vez ésta ha empezado [la revuelta o revolución] o cuando está a punto de hacerlo, debemos estudiar los medios utilizados para transmitir las ideas nuevas y ‘derivadas’ a las clases bajas, las etapas de esta transmisión y la naturaleza exacta de la nueva ideología popular surgida de la mezcla de la vieja y la nueva;

C) Finalmente, tenemos que estudiar el papel que la ideología popular jugó en la revolución y, sino es posible la suerte que corrió después del fin de la revolución o, al menos, de la fase popular de la misma. (Rudé, 1981, pp.107-108)

Para comodidad del lector, y del desarrollo mismo del presente trabajo, estas consideraciones metodológicas y conceptuales relacionadas con la ideología popular de la revuelta se irán desarrollando con más detalle a lo largo del trabajo, recurriendo en muchos casos a comentarios textuales del propio Rudé y que contribuirán al propósito de analizar las revueltas del 9 de abril a la luz de la teoría del mismo.

1.4.3. Aspectos metodológicos

Resulta prolífico advertir que algo de esta pretensión de dilucidar lo acontecido el 9 de abril 1948 a partir de la mirada y la teoría propuesta por George Rdué contiene en sí misma elementos de comparación sobre los cuales hay que tener sumo cuidado. Como advirtiera ya el profesor Renán Vega Cantor en su obra *Gente muy rebelde*: “Rudé, con toda la precaución que debe caracterizar el trabajo del historiador, se cuida de indicar que ese modelo es válido solamente para el caso específico que él estaba estudiando” (Vega Cantor, 2002, pág. 29) Así,

en cada una de estas sociedades -tanto en la antigua como en la medieval, la ‘preindustrial’ o la industrial- los movimientos populares tienen características distintivas que les son propias; la tarea del historiador consiste en definir las en cada caso y no debe contentarse con soluciones generales prefabricadas. (Rudé, 1978, pág. 18)

Estas advertencias resultan muy fecundas por cuanto para un observador incauto bastaría con trasladar los criterios que caracterizan “esos rasgos distintivos en los movimientos” al caso específico aquí estudiado. La particularidad que sugiere la noción de “caso” comporta en su interior un ejercicio de comparación. Las advertencias de Rudé apuntan, fundamentalmente, a aleccionar que su caso es particular y que si bien podría tener similitudes con otros, la tarea del historiador consiste en definir estas particularidades.

De este modo, la comparación y el uso de modelos y conceptos elaborados para el estudio de realidades específicas comportan un cierto tipo de trampas y peligros sobre los cuales hay que poner especial énfasis. Así,

El primer peligro que acecha al investigador armado del método comparativo es el de cometer anacronismos, al confundir analogías superficiales con semejanzas profundas, sobre todo si se trata de sociedades estructuralmente muy distintas, o muy alejadas en el tiempo [...] Una preocupación de base es la de conocer bien aquello que se pretende comparar: antes de buscar qué es lo que tiene determinada formación social de común o distinto de otras, hay que estar atento a su individualidad, a sus características específicas. (Ciro y Brignoli, 1978, pág. 348)

En consecuencia,

El problema metodológico consiste en explicar el nivel, la estructuración del objeto que permita agrupar exclusivamente hechos de suficiente parentesco como para iluminarse recíprocamente, y, al mismo tiempo, de la suficiente diversidad como para dar de sí una ley estructural que no sea simple descripción de un hecho individual. Se trata de hallar el nivel estratégico único y preciso, que no es un nivel intermedio cualquiera entre la extrema diversidad y lo individual, sino el nivel que evita a la vez la abstracción del tipo de la ley de los tres estadios de Auguste Comte y la descripción monográfica del caso individual. (Goldman, citado en Ciro y Brignoli, 1978, pp. 105-106)

La “analogía” que “superficial” y llanamente pudiera establecerse entre los disturbios populares de la muchedumbre de 1730 o 1789 en Inglaterra o en Francia y las de un 9 de abril de 1948 en Bogotá solo procederían de una generalización vanidosa. Pero más allá de esto, merece la pena apuntalar algunos elementos que nos permiten justificar la manera en que procedemos o entendemos el problema. Así,

una gran utilidad adicional del método comparativo es que conduce a la ruptura de una pesada herencia de la historiografía decimonónica: el marco de las fronteras políticas como unidades ‘naturales’ de análisis; la actitud comparativa abre camino a la construcción de universos de análisis definidos según criterios conceptuales mucho más consistentes. (Ciro y Brignoli, 1978, pág. 347)

De tal suerte, podríamos afirmar que lo que de aquí en adelante se expone se asienta, fundamentalmente, en la pretensión de construir este universo de análisis definido por unos criterios conceptuales, a saber: el de la multitud y la turba; el de la sociedad preindustrial y sus características; y el de la ideología popular de la revuelta.

De este modo, como advirtiera Hobsbawm,

Sin embargo, el simple ingenio no nos lleva lo bastante lejos. Lo que necesitamos –tanto para comprender lo que pensaban los que tenían dificultades para expresarse como para demostrar la veracidad o la falsedad de nuestras hipótesis sobre ello – es un panorama coherente o, si lo prefieren, un modelo [...] Esta es otra manera de repetir lo que ya se ha recalcado, a saber: que el historiador de los de abajo no puede ser un positivista de la vieja escuela. Debe saber, en cierto modo, qué es lo que busca y, solo si lo sabe, puede reconocer si lo que encuentra encaja con su hipótesis o no; y si no encaja, tiene que pensar en otro modelo. (Hobsbawm, 2014, pág. 213)

En consecuencia, cabría la posibilidad de formular una última pregunta ¿cómo construimos nuestros modelos? A ésta pregunta Hobsbawm responde que en estos modelos “Desde luego, intervienen en ello -con bastante fuerza- el saber, la experiencia,

sencillamente el conocimiento amplio y concreto del tema propiamente dicho.” (Hobsbawm, 2014, pág. 213) Y, podríamos agregar, que este modelo implica además,

Tres pasos analíticos: en primer lugar, tenemos que identificar lo que los médicos llamarían ‘el síndrome’, es decir, todos los ‘síntomas’ o pedacitos del rompecabezas que deben juntarse o, como mínimo, un número suficiente de ellos para poder continuar. En segundo lugar, tenemos que construir un modelo que explique todas estas formas de comportamiento, esto es, descubrir una serie de supuestos que hagan que las diferentes clases de comportamiento que forman esta combinación armonicen unas con otras de acuerdo con algún esquema de racionalidad. En tercer lugar, tenemos que descubrir si hay pruebas independientes que confirmen estas conjeturas. (Hobsbawm, 2014, pág. 2016. El subrayado es propio)

Estos supuestos o esquema de racionalidad, consideramos, pueden dividirse para el caso del modelo analítico de George Rudé en dos partes, a saber: 1) una “unidad temática” o “universo de criterios conceptuales” y 2) una “serie de preguntas”. Respecto al primer punto, ese universo de criterios conceptuales está compuesto por los conceptos que vimos en el anterior apartado, a saber: época preindustrial, multitud, muchedumbre, turba, ideología inherente e ideología derivada. Respecto al segundo punto, existen algunas particularidades. Según comento Rudé, en torno a la pregunta “¿Cómo, en particular, proponemos el estudio de la multitud en la era preindustrial?” responde: “formulando una serie de preguntas” (Rudé, 2009, pág. 15) Estas preguntas son:

A) ¿Qué paso realmente, tanto con respecto al hecho mismo como con respecto a sus orígenes y consecuencias?;

B) ¿Qué dimensiones tenía la muchedumbre en cuestión, cómo actuaba, quiénes (si es que los había) eran sus promotores, quiénes la componían y quién la conducía?;

C) ¿Quiénes fueron el blanco o las víctimas de las actividades de la muchedumbre?;

D) ¿Cuáles eran los objetivos, motivos e ideas subyacentes de estas actividades?;

E) ¿Qué eficacia tuvieron las fuerzas de represión o las de la ley y el orden?;

F) ¿Cuáles fueron las secuencias de los hechos y cuál ha sido su significación histórica?;

G) ¿Cómo se desarrolló la mentalidad colectiva de la multitud, es decir, sus formas de violencia, audacia o heroísmo?:

H) ¿En qué medida fueron sus acciones organizadas o espontaneas?;

I) ¿Cuáles eran las relaciones de la multitud con sus dirigentes y cómo se transmitían los lemas o las ordenes de marcha? (Rudé, 2009, pp. 16-284)

Como ya se anotó, para comodidad del lector, y del desarrollo mismo del presente trabajo, estas consideraciones metodológicas y conceptuales irán desarrollando con más detalle a lo largo del trabajo.

Tabla 1

Modelo Teórico de George Rudé para el Análisis del Bogotazo			
	Conceptos transversales en todos los capítulos	Preguntas metodológicas planteadas por George Rudé	Libros que tienen influencia en cada capítulo
Capítulo 2		¿Por qué ocurrió la revuelta?	George Rudé “Revolución industrial y
“Antes del		¿Cuáles eran los motivos e ideas subyacentes de las actividades de la	revuelta agraria. El capitán Swing.”
Bogotazo”		multitud?	George Rudé “Revuelta Popular y Conciencia de Clase.”
	Sociedad Preindustrial		Eric Hobsbawm “Rebeldes Primitivos”
	Turba	A) ¿Qué dimensiones tenía la muchedumbre en cuestión, cómo actuaba, quiénes (si es que los había) eran sus promotores, quiénes la componían y quién la conducía?	
	Muchedumbre	B) ¿Quiénes fueron el blanco o las víctimas de las actividades de la muchedumbre?	

Modelo Teórico de George Rudé para el Análisis del Bogotazo			
Capítulo 3 “La multitud en acción”	Multitud	C) ¿Qué eficacia tuvieron las fuerzas de represión o las de la ley y el orden?	George Rudé “La multitud en la historia.
	Ideología Inherente	D) ¿Cuáles fueron las secuencias de los hechos y cuál su significación histórica?	Los disturbios populares en Francia e Inglaterra 1730-1848”
	Ideología Derivada	E) ¿Cómo se desarrolló la mentalidad colectiva de la multitud? F) ¿En qué medida fueron sus acciones organizadas o espontaneas? G) ¿Cuáles eran las relaciones de la multitud con sus dirigentes y cómo se transmitían los lemas o las ordenes de marcha?	

(Fuente: Elaboración propia)

2. ANTES DEL BOGOTAZO

“Antes todo era sencillez, rusticidad, paz. Y de pronto el valle se vio invadido por maquinas; el mediodía fue roto por el grito estridente de las sirenas; los caminos se perdieron bajo toneladas de polvo y anchas vías cruzaron el verdor de los sembrados; los árboles, cercados por el humo, envejecieron y terminaron por perder sus hojas y sus nidos; y el silencio, ese bendito silencio que era como un manto protector tendido sobre el campo, huyó para siempre hacia las montañas.”

Fernando Soto Aparicio, La rebelión de las ratas.

2.1. Bogotá: sociedad preindustrial, muchedumbre, turba y transiciones

Pese a que puede parecer un lugar común hablar de industria y, más específicamente, de la sociedad industrial, dichas palabras guardan cierta especificidad en nuestro caso. En general, dichos conceptos no establecen una relación directa con lo que pudiera entenderse como una definición literal de los términos, sino que más bien se elevan por sobre imágenes. De este modo, es un lugar común, y esto lo comprobará el lector, asociar las palabras industria y sociedad industrial a las imágenes de grandes maquinarias de metal, engranajes, fabricas, los primeros automóviles o, de modo más lejano, con los paisajes de la Inglaterra del siglo XIX o de la Rusia de los años 30 o 50.

Aunque en parte esto contiene cierto grado de verdad, nuestro caso es bien distinto. En primer lugar, porque el concepto al que hacemos alusión le antecede el prefijo “pre”, con lo cual se trata de indicar que la sociedad preindustrial no entra en el conjunto de imágenes a las que hemos hecho referencia y, más bien, por el contrario, requiere de una definición literal del término para poder ser comprendido. En este sentido, el historiador George Rudé sugirió que “una sociedad preindustrial, es decir, en una época en que la sociedad

industrial de nuestros días, con su importante división en patronos y obreros, capitalistas y proletarios, se encontraba aun en formación.” (Rudé, 1981, pág. 7)

En consecuencia, una sociedad preindustrial se refiere a una época, pero no a cualquiera. Es, fundamentalmente, una época de transiciones, de transformaciones sociales, a saber: un periodo de años e incluso de siglos en el que los aspectos relacionados con la sociedad van cambiando, se van formando progresivamente. La transición a la que hace referencia lo preindustrial tiene que ver con el conjunto de la sociedad, desde sus ámbitos más superficiales hasta los más profundos; pero como una totalidad, las transiciones en el mundo preindustrial hacen referencia especialmente a las relaciones que constituyen cualquier sociedad, es decir, las relaciones contradictorias y de poder entre grupos humanos o clases.

En general, el periodo preindustrial es aquella época “cuando la lucha por el poder o la supervivencia -ya fuese por el control del Estado o por unos motivos más limitados- no se hallaba limitada a dos grandes contrincantes.” (Rudé, 1981, pág. 107)

De este modo, la sociedad preindustrial no se refiere tanto a un mundo “precapitalista” como sí a uno que está en proceso de “formación”, en especial, su fase industrial. Por ello, cuando hablamos de Bogotá y, en general, de Colombia como una ciudad y un país típicamente preindustrial durante la primera mitad del siglo XX lo hacemos en términos de estas relaciones sociales. En general, no es que Colombia y Bogotá, cada una en su escala específica, carecieran de industria, de fábricas o de maquinaria; al contrario, como un hecho objetivo la industria, las fábricas y la maquinaria existían, como bien ha sabido demostrar la historia económica, pero la división entre patronos y obreros, como una característica más profunda de esa sociedad industrial, no era aún una división general, ni mucho menos la predominante en la realidad nacional.

En consecuencia, cuando ese “pueblo llano” se soliviantó el 9 de abril de 1948 tras el asesinato de Jorge Eliecer Gaitán, Bogotá y, en general, la “República sudamericana de Colombia” aún no presentaba -por lo menos de manera dominante- “los principales rasgos de aquella sociedad [industrial]” “donde la aparición de una clase integrada por fabricantes que empleaban a mano de obra y de una clase de trabajadores industriales, o proletarios, así como **la tendencia polarizarse poco a poco en dos clases**” (Rudé, 1981, pág. 159. El subrayado es propio)

Como veremos más adelante, aun en la primera mitad del siglo XX Bogotá poseía núcleos de artesanos propietarios de sus medios de subsistencia, voceadores, emboladores, pequeños propietarios, pequeños comerciantes y, en general, todo un conjunto de grupos sociales urbanos “de fines del periodo colonial”. Así, lejos de encontrarse en la situación de una sociedad industrial, Bogotá, y Colombia, se encontraban apenas transitando hacia este tipo de “sociedad polarizada en dos clases”, con múltiples polos en pugna -unos heredados de la colonia y otros apenas emergiendo-; las clases sociales en la Bogotá de la primera mitad del siglo XX se asemejaban más aun conjunto variopinto de oficios que a dos polos opuestos de clases sociales.

Un hecho fundamental explicaría esta situación. Como se ha sugerido de manera convincente, “no debemos olvidar que la mayoría de los obreros industriales en todos los países comenzaron como inmigrantes de primera generación, procedentes de sociedades preindustriales.” (Hobsbawm, 2010, pág. 147) En consecuencia, aun en la década de 1940 los inmigrantes de primera generación constituían el grupo dominante de trabajadores presentes en la ciudad de Bogotá, y, como es lógico, la realidad preindustrial que traían consigo era la realidad para buena parte de la ciudad, o por lo menos en las parroquias donde se había asentado esa primera generación de inmigrantes.

Si se tiene en cuenta que, como se demostrará, solo fue a partir de la década de los 20 que esta primera generación de inmigrantes empezó su tortuoso recorrido hacia las ciudades, es apenas lógico entender que la tendencia de la sociedad colombiana a polarizarse en dos clases era apenas un hecho prematuro en la primera mitad del siglo XX.

Pero debido a que la sociedad preindustrial es en sentido estricto una época de transiciones, de creación y formación de nuevas relaciones y posibilidades, lleva consigo la marca del conflicto entre “lo nuevo y lo viejo”. Las gentes anónimas que por azar o por desdicha vivieron estos tiempos de transición intuían que su “tragedia radicaba en que un mundo nuevo que no comprendían bien, les llevaba en torbellino a un futuro que ellos trataban de dominar con sueños y violencia.” (Hobsbawm, 2010, pág. 147) Así, como ya se ha señalado

Tales rupturas con el pasado debían por fuerza dejar su marca en la forma y el contenido de las actividades de la muchedumbre, y podemos distinguir tan agudamente (o tan ampliamente) el disturbio popular típico de la nueva sociedad industrial” del disturbio popular típico de la vieja sociedad preindustrial. (Rudé, 1979, pág. 13)

En efecto, durante la primera mitad del siglo XX y en especial durante la década de los años 40 este torbellino sopla con fuerza en la ciudad de Bogotá y por sobre toda la geografía nacional. Las rupturas que con el pasado empieza a generar ese ciclón industrializador generan no pocas resistencias, así como disputas y anhelos de dominio “con sueños y violencia”. Pero son los pobres de la ciudad preindustrial quienes en mayor medida oponen esas resistencias e intentan dominar los tentáculos de la transición hacia un futuro incierto. Y lo hacen porque son ellos quienes sufren las subidas de precios consecuencia de un mercado cada vez más abstracto, así como el desempleo generalizado

y, en definitiva, la decadencia de las condiciones de vida a las que, mal o bien, estaban acostumbrados.

La turba se convierte así en “el más primitivo y prepolítico de los movimientos del pobre de la ciudad, especialmente en cierta clase de grandes urbes preindustriales.” (Hobsbawm, 2010, pág. 18) Ante la imposición de nuevas reglas de juego en la ciudad que hasta hace poco comprendían como suya, a pesar todas sus injusticias y oprobios, el pobre bogotano se ve, poco a poco, convocado en la turba, esa misma que en Colombia va constituyéndose,

“Como el movimiento de todas las clases urbanas pobres encaminadas al logro de cambios políticos o económicos mediante la acción directa -es decir, por el motín o la rebelión-, pero que todavía no estaba inspirado por ninguna ideología específica; o, si es que encontraba la expresión de sus aspiraciones en algún modo, lo hacía en términos tradicionales y conservadores (la [muchedumbre de la Iglesia y el Rey]). Era un movimiento [prepolitico] y, como tal, fenómeno primitivo en nuestro sentido.” (Hobsbawm, 2010, pág. 149)

Pero el hecho de que la turba y la muchedumbre constituyeran un fenómeno prepolitico, primitivo o ausente de inspiración ideológica no significa que no hubiese en ellas ideas implícitas o explícitas sobre la política. Si bien Bogotá era aún a mediados del siglo XX una urbe preindustrial, es evidente que los motines, asonadas y rebeliones del 9 de abril de 1948 hundieron sus raíces en el asesinato del político liberal Jorge Eliécer Gaitán, es decir, su inspiración es meramente ideológica y política. A diferencia de sus copartidarios como la *menú peuple* de la Francia del siglo XVIII o de los *lazzaristas* italianos del siglo XX, la *guacherna* bogotana no se sublevó contra el “desempleo” o para

“rebajar el sostén de las subsistencias” como era lo más frecuente en las motivaciones de la turba europea.

En este sentido, la turba bogotana de abril de 1948 o, más específicamente, la “turba política” o “turba gaitanista” fue por así decirlo una turba *sui generis*, única en su género, pues en sus manifestaciones no se hallaban las ideas clásicas de la misma, a saber:

A) PEDIA QUE SE LE ATENDIESE. La Turba clásica no se soliviantaba solamente en son de protesta, sino que lo hacía porque esperaba sacar algún beneficio de sus disturbios. Suponía que las autoridades se sentirían afectadas por sus movimientos, y también que harían algún tipo de concesión inmediata...

B) SU IDEOLOGÍA O SU FALTA DE TEORÍA OSTENSIBLES, IBAN SIEMPRE CONTRA EL RICO Y EL PODEROSO (aunque no necesariamente contra la cabeza oficial del Estado o de la ciudad)...

C) HOSTILIDAD HACIA LOS FORASTEROS; es decir, hacia los que no pertenecen a la ciudad. Parece que cierto tipo de instintivo patriotismo municipal fue una característica constante de la turba clásica. (Hobsbawm, 2010, pág. 153)

Si la turba gaitanista no era ya una turba al modo clásico -prepolítica o primitiva- ¿por qué puede seguir llamándosela turba o entendiendo las jornadas de protesta del 9 de abril de 1948 a la luz de este concepto? En general, la respuesta a esta pregunta solo puede hacerse mirando atentamente a la lógica subyacente a este movimiento de las “clases urbanas pobres” preindustriales. El hecho de que lo habitual en este tipo de movimientos de protesta fuera un pedido urgente de atención y solución a las necesidades más básicas (empleo y precio de los alimentos), o su hostilidad hacia el rico y poderoso nos muestran

las características más superficiales y limitadas del mismo. Por el contrario, la lógica interna no queda expuesta, es decir, no queda tan claro aquello que hacía que tales características fueran propias de los movimientos de protesta de la ciudad preindustrial.

En general, esta lógica interna puede ser resumida así: la turba, la muchedumbre y, en general, los movimientos de protesta de las gentes prepolíticas o pertenecientes a las sociedades preindustriales carecen de programas revolucionarios y son, más bien, reaccionarios; su mirada va hacia atrás, hacia el pasado: es una defensa de lo establecido más que un anhelo de transformación de aquel; y el futuro se lo ve repulsivamente y con desconfianza. No se anhelan los cambios, sino que por el contrario son ellos los probables culpables de las reacciones más violentas para resistirles. De este modo, como lo resumiera magistralmente el historiador Edward Palmer Thompson, el pobre de la ciudad preindustrial “es rebelde, pero se rebela en defensa de la costumbre”. (Citado en Rudé, 1981, pág. 196)

En este sentido señala Hobsbawm que los rasgos centrales de aquella lógica tienen que ver con una suerte de “legitimismo populista” en donde existe una rara “simbiosis entre la Turba y las gentes contra las cuales se alzaba”. De modo que,

1) El gobernante (o una institución como la Iglesia) simboliza y representa de algún modo al pueblo y su forma de vida en la idea que de ella se hace la opinión pública ineducada [...] el pueblo se unirá a su alrededor, ya que encarna de modo simbólico y mágico el [nosotros], o es por lo menos la personificación del orden social [...] pero si el desafío al orden establecido adopta la forma de fuerzas sociales nuevas y disgregadoras, el [legitimismo] puede llegar a ocultar una rebelión de las masas contra las injusticias del nuevo orden, una especie de ludismo político...

2) El gobernante (afortunadamente para él, institución remota) representa la justicia [...] en general, se proponen preservar la norma tradicional de las relaciones sociales, lo que implica una aceptación de la jerarquía tradicional; a pesar de ello el sueño secular de una sociedad genuina y totalmente libre en la que no haya sombreros ni gorras provoca una erupción de matanzas salvajes. (Hobsbawm, 2010, pp. 160-161-162)

Teniendo en cuenta esto ya no resulta tan extraño el hecho de que la *guacherna* bogotana haya reaccionado con motines, asonadas y disturbios ante la noticia del asesinato de Gaitán. De algún modo, el político liberal Jorge Eliecer Gaitán había logrado desde la década de 1930 “simbolizar y representar al pueblo y su forma de vida”, es decir, era la “personificación del orden social establecido”. Sin embargo, la relación entre el pobre de la ciudad y Gaitán estaba condicionada por el hecho de encontrarse en una urbe preindustrial, es decir, esta relación se había configurado bajo la lógica de un “legitimismo populista” donde había una extraña “simbiosis entre la Turba y las gentes contra las cuales se alzaba”. Esto explica el hecho de que, por ejemplo, en 1936,

Empeñado en convertir en todos los aspectos a Bogotá en una ciudad limpia y moderna, el alcalde Gaitán dictó normas sobre limpieza, algunas de las cuales fueron criticadas por su extrema severidad. Se estableció, por ejemplo, que sería causal de destitución para los empleados al servicio del municipio no presentarse al trabajo en estado plenamente satisfactorio de aseo. También se propuso erradicar el uso de las alpargatas y su paulatina sustitución por zapatos. (AA.VV, 1988, pp. 42-43)

Y ante esto, en especial con la firma del decreto 425 de 1936 que prohibía el uso de ruana a los choferes, vinieron largas jornadas de protestas del pobre urbano contra Gaitán, el gobernante, que terminaron con la salida de este último de la alcaldía. Se configuraba

así una extraña “simbiosis” ambivalente que solo encuentra explicación si se considera la situación de la ciudad y sus habitantes como las de una sociedad típicamente preindustrial, máxime si se tiene en cuenta que diez años después serían estos mismos choferes quienes ofrecieran apoyo a la candidatura presidencial de Gaitán y, posteriormente, se levantarán junto con otros sectores urbanos en las jornadas del 9 de abril.

Así, la “turba gaitanista” reflejaba muy bien su situación de muchedumbre típicamente preindustrial, pues

Mientras el príncipe [o el alcalde] cumpliera con su deber, el populacho estaba dispuesto a defenderle con entusiasmo. Pero si no lo hacía, se alzaba hasta que se enmendase. Este mecanismo, lo comprendían perfectamente ambas partes, y no planteaba ningún problema político fuera de alguna pequeña destrucción ocasional de la propiedad, mientras el bajo pueblo no sustituyó su normal apego a su ciudad y sus dirigentes por algún otro ideal político. (Hobsbawm, 2010, pág. 157)

Existe una última importante razón para que la configuración de la turba de mediados de siglo en Bogotá fuera un fenómeno *sui generis*, es decir, fuera una turba política o con fuertes matices ideológicos -principalmente los del gaitanismo- y no tanto una turba “prepolítica” o “primitiva”. Naturalmente, al ser la sociedad preindustrial una época de transición “paulatinamente la muchedumbre cambio de lado, si es que esta expresión no peca de demasiado precisa o de demasiado discutible.” (Hobsbawm, 2010, pág. 165). Desde la *menú peuple* de la Francia revolucionaria hasta la *guacherna* bogotana de mediados de siglo, se experimentaron nuevos modos de manifestarse “desordenadamente” “bajo el auspicio de la izquierda”.

Y esto fue así debido “a que, con los movimientos revolucionarios de la nueva era, surgió un modelo flamante de héroe, de defensor, que luchaba por el pueblo y acaso salía de él, y quizá porque se empezaba a vislumbrar una sociedad libre, y no tan regulada.” (Hobsbawm, 2010, pág. 166). De este modo, afirmamos que El Bogotazo constituye la última de las grandes huellas que la turba dejó en los movimientos de protesta del pobre de la ciudad bogotana; es el último vestigio del “movimiento de todas las clases urbanas pobres encaminadas al logro de cambios políticos o económicos mediante la acción directa”. Con él se marca el fin de una época y sus gentes, ya extinta en muchas sociedades, a saber: el de la muchedumbre prepolítica y la urbe preindustrial.

De algún modo la Bogotá de fines de los años cuarenta se encontraba en un punto límite de agitadas transformaciones. Era, por así decirlo, una sociedad preindustrial en decadencia, al borde de su propia extinción. Por ello, era un hecho que “paulatinamente la muchedumbre cambio de lado” pues en el seno de la misma sociedad ya era posible rastrear esos emergentes “movimientos revolucionarios” y sobre todo esos “flamantes héroes que luchaban por el pueblo y acaso salían de él”, representados de manera estupenda en la figura del político liberal Jorge Eliecer Gaitán.

Por ello, hablamos de *turba política* o, más estrictamente, pues a nuestro modo de ver el cambio paulatino de la muchedumbre hacia los nuevos movimientos revolucionarios era un hecho en 1948. Sobre todo, con la irrupción del “flamante héroe” Jorge Eliecer Gaitán a partir de la segunda mitad de la década de los cuarenta. Pero el adjetivo *turba* se mantiene pues a pesar de estas transformaciones en curso “esto no quiere decir que dejase de existir la muchedumbre puramente [prepolítica] o de derechas, por más que para entonces lo más frecuente era que actuase menos como una fuerza conscientemente tradicionalista que como un ímpetu provocado por una demagogia abiertamente izquierdista.” (Hobsbawm, 2010, pág. 165)

Si se quieren comprender las causas o el origen de El Bogotazo más allá de las simples crónicas o anécdotas solo es posible hacerlo limitándolo a su justo contexto, develando su lógica interna: la de la sociedad preindustrial, la del mundo de la muchedumbre prepolítica, en suma, la de los anhelos de esos anónimos forjadores del mundo urbano que trataron de hacer suyo ese mundo en decadencia a través de sueños y violencia. A esta tarea se dedicarán las siguientes páginas.

2.2. Bogotá, las mutaciones urbanas y El Bogotazo

La Bogotá urbana de la primera mitad del siglo XX ofrecía al visitante curioso un espectáculo singular pues tenía la apariencia de un mundo aldeano colonial en decadencia: contrastaban las amplias diferencias entre las clases dominantes con la situación de pobreza de los sectores populares (obreros, artesanos, “zorreros”, estudiantes, emboladores, prostitutas, pequeños comerciantes, “voceadores” etc.) De este modo, en 1948 Bogotá reflejaba la situación de un país que aún preservaba muchos rasgos de una sociedad típicamente *preindustrial*; según se relata

Así como el paisaje urbano no vario sustancialmente en el transcurso de la época republicana hasta comienzos del siglo XX, tampoco cambiaron mayor cosa los grupos sociales. A causa de la débil integración de Bogotá al mercado mundial, las transformaciones económicas fueron pasajeras y superficiales y no causaron cambios profundos en el panorama social. Los principales grupos urbanos de fines del periodo colonial continuaban presentes a principios del siglo XX. Nos referimos a los artesanos, religiosos, rentistas, comerciantes y empleados de los llamados oficios menores. (AA.VV, 1988, pág. 1)

Sin embargo, esta no era una característica ni una tendencia exclusiva de Bogotá. Más bien, confirmaba el hecho según el cual Colombia se conservaba aún muy anclada a las

relaciones señoriales y hacendarias del siglo XIX. De este modo, a principios de la década de 1940 la sociedad colombiana se encuentra transitando en un “largo proceso de erosión del orden tradicional, inducida por las transformaciones derivadas del proceso de modernización económica, que contrastan con el conservadurismo del sistema político y de la organización estatal.” (Martínez, 2001, pág. 20)

Para el caso de Bogotá “las causas de la persistencia de estos rasgos, en los que predomina la herencia colonial, las podemos resumir en una: Bogotá llega tarde a la modernidad.” (AA.VV, 1988, pág. 2) Y habría que agregar, que buena parte de la vida urbana y rural en Colombia llega muy tarde la modernidad política capitalista, y también a la modernización².

De este modo, algunos historiadores han observado que en Colombia

el hecho decisivo de las primeras décadas del siglo XX fue la expansión de la economía cafetera, sustentada no en el sistema de haciendas, sobre el cual se había desarrollado la producción del grano en los Santanderes, Cundinamarca y en algunas zonas de Antioquia en las últimas décadas del siglo XIX, sino en la pequeña producción parcelaria [...] Lo que la producción parcelaria del occidente introdujo de nuevo en el cuadro de la economía exportadora nacional fue un mayor impacto del café sobre el mercado interno de bienes agrícolas e industriales y, además, una separación entre los procesos de producción y comercialización del grano. Imprimiendo por lo tanto una mayor estabilidad, no solo al sector cafetero

² Para Consuelo Corredor Martínez “En otros términos, el advenimiento de la sociedad moderna recoge un doble ideario: por un lado, la aspiración de transformar el entorno material y por otro, colocar al hombre como centro del mismo. El primer ideario alude a la Modernización y el segundo a la Modernidad”. En: MISAS ARANGO, Gabriel (Ed.), (2001), Desarrollo económico y social en Colombia. Siglo XX, Universidad Nacional de Colombia, Colombia, Pág. 19.

sino al conjunto de la economía nacional. (Bejarano, 1997, pp. 177-178 – 179)

En otras palabras, una de las razones por las que Colombia en general y Bogotá en particular ofrecían al visitante curioso un paisaje típicamente preindustrial, radicaba en su modernización económica tardía. Mientras en el mundo rural la modernización capitalista solo se abrió paso hasta las primeras décadas del siglo XX. En el mundo urbano la modernización económica (representada en el desarrollo de establecimientos fabriles y la expansión de grandes ciudades) no ofrecía un panorama muy distinto. De este modo,

En cuanto al desarrollo industrial y pese a sus avances, el país se había caracterizado hasta los años veinte por un retraso relativo con respecto a los países grandes de América Latina. Todavía en 1925 la industria solo representaba el 10% del producto nacional. Tal rezago estaba asociado en parte a la escasez de recursos en moneda extranjera que impedía la dotación de maquinaria y equipo; pero sobre todo a la escasa división del trabajo y a las precarias dimensiones del mercado interno [...] y, por último, a la presencia de relaciones de trabajo no salariales en el campo que obstaculizaban la demanda de productos manufacturados. (Ibíd., pág. 201)

En Bogotá, fue hasta bien entrado el siglo XX cuando los efectos de esa modernización económica empezaron a realizarse; así, se ha registrado que entre 1916 y 1918 “numerosos colegios y universidades empezaron a abandonar sus recintos coloniales para trasladarse a cómodas y modernas edificaciones.” (AA.VV, 1988, pág.18) Fue quizás en la vida doméstica de los bogotanos donde se proyectó con mayor fuerza los efectos de la modernización económica por la que venía atravesando el país en su conjunto. Como lo reflejaba un periódico de la época:

De modo que la antigua vida de hogar, sigilosa, cariñosa y dulcemente discreta hoy está convertida en una vida Departamental, en el sigilo y la discreción, y sobre todo la independencia señorial del Santo viejo hogar, son totalmente desconocidos. (El Espectador citado en AA.VV, 1988, pág. 14)

Pero, aunque la modernización económica en Bogotá había empezado a tener efectos importantes sobre la vida cotidiana de sus habitantes, fue a nivel del paisaje urbano y de las transformaciones materiales de la ciudad donde la modernización económica había tenido mayor visibilidad. Así,

entre 1918 y 1938 las principales ciudades empezaron a concentrar la mayor parte de la población de las zonas geográficas de las que aquellas eran epicentro [...] Dicha evolución fue de este tipo: Barranquilla del 47,5 al 56,7 por ciento; **Bogotá del 17,8 al 28,1**; Cali del 16,8 al 16,6; y Medellín del 9,6 al 14,2. (Vega Cantor, 2002, pp. 61-62. El subrayado es propio)

La agitada modernización económica que vivía Bogotá no era para nada despreciable si se tiene en cuenta que su crecimiento poblacional había pasado, entre 1918 y 1938, del 17,8% al 28,1% con tan solo una capacidad instalada de cuatro establecimientos fabriles registrada en 1910 (Mejía, 1983). En las décadas posteriores, esta modernización económica parece no haber cedido espacio, ni en el país en general, ni en Bogotá. Tan solo,

Entre 1920 y 1929 se crearon 811 nuevos establecimientos industriales. Aunque la mayoría de ellos (533) se orientó a las industrias livianas tradicionales (alimentos, bebidas, tabaco, textiles y confecciones, etc.), la

creación de nuevos establecimientos en los sectores de bienes intermedios y metalmecánica era una señal de una incipiente diversificación de la estructura industrial. (Bejarano, 1997, pág. 201)

Por otra parte, en Colombia

la población urbana creció en un 24% entre 1925 y 1930, es decir que en solo cinco años se incrementó cerca de 400.000 personas. En las cuatro principales ciudades, la población creció en un 31,7% entre estos años, es decir, unas 127.000 personas, magnitud nada desdeñable para un país esencialmente rural. (Bejarano, 1997, pág. 201)

Pero ha sido una postura común en la historiografía sobre este periodo asimilar modernización económica con modernidad política, afirmando que, en su conjunto, a partir de la tercera década del siglo XX la sociedad colombiana experimentó su primer proceso serio de industrialización. Es indudable que lo descrito hasta aquí indica una abrumadora evidencia sobre dicho proceso. Sin embargo, como acertadamente han señalado algunos historiadores,

La mayor parte de la literatura sobre el desarrollo económico de Colombia durante las décadas de los años 30 y 40 del siglo XX, argumenta que el Estado nacional promovió el desarrollo industrial en esa época [...] Personalmente, no estoy de acuerdo con la idea de que el ‘crecimiento’ y el ‘desarrollo’ eran metas compartidas por los miembros de la elite colombiana a mediados de este siglo [...] Además, y quiero ser enfático en esto, las políticas económicas de las administraciones liberales que precedieron al régimen de Mariano Ospina Pérez estaban muy lejos de

proteger al sector manufacturero a expensas de otros sectores de la economía.” (Sáenz Rovner, 2007, pág. 18-20)

Sin embargo, es cierto que a partir de 1930 el proceso de modernización económica y modernidad política había sufrido modificaciones excepcionales respecto de los intentos anteriores. Así, después de cerca de tres décadas de dominio del Partido Conservador sobre la vida nacional, en 1930 el Partido Liberal vuelve a sumir la hegemonía del Estado y las riendas del gobierno en la figura del político liberal Enrique Olaya Herrera. A partir de entonces y entre

1931 y hasta 1951 se inaugura una segunda fase en el proceso de industrialización colombiana. La crisis del año 29 y las reacciones de los distintos gobiernos, entre ellos el gobierno de Olaya Herrera en Colombia, con una devaluación control de importaciones, sin proponérselo explícitamente hacer una política de desarrollo industrial, sí creo las bases para impulsar el crecimiento de la industria manufacturera en el país. Industria manufacturera que ya había hecho sus primeros pinitos al inicio de la década de los diez con el crecimiento de la demanda interna ligada a la expansión cafetera y a la articulación de Colombia al mercado internacional con el café, que empezó a ser una articulación permanente y cada vez con un mayor volumen de exportación. (Arango, 2001, pág. II.2)

Pero a pesar de estas transformaciones a nivel político y económico, la vida nacional colombiana seguía en proceso de transición hacia las condiciones de una sociedad propiamente industrial, es decir, polarizada en dos clases antagónicas: obreros y patronos. Esta transición estaba, aún en las décadas de los años treinta y cuarenta, en germinación por cuanto en lo más elemental (la modernización económica y el modelo de desarrollo

industrial) aún no había claridades y, por el contrario, era un proyecto con metas dispersas. De este modo, para el caso de Colombia:

el proceso de industrialización se hizo conservando la estructura agraria de los años 40 y 50. Entonces la introducción paulatina de capital al campo, significó un proceso migración campo-ciudad, pero no un proceso similar al que aconteció en Europa, o Estados Unidos o en el sudeste asiático donde ese proceso fue de la agricultura hacia la industria. Aquí el caso fue diferente, fue del campo a la ciudad, esto es, buena parte de los migrantes del campo a la ciudad no fueron acogidos por el sector manufacturero para formar una masa de proletarios, de obreros. (Arango, 2001, pág. II.8)

Así, en 1934, durante la recién emprendida hegemonía liberal, “Alfonso López Pumarejo estaba muy lejos de ser el hombre que representara los intereses de los industriales” (Sáenz Rovner, 2007: 21). Pese a eso, la modernización económica perfilaba ya sus líneas fundamentales y, en particular, el modelo de industrialización marcaba la pauta de un proceso *sui generis* en el cual,

el empresariado industrial en Colombia surgió de una elite agroexportadora. En consecuencia, el modelo de industrialización colombiano siempre estuvo ligado a esa misma elite, de forma tal que el Estado no tuvo un peso importante como si lo tuvo en algunos países de América Latina y fundamentalmente del sudeste asiático. **Este empresariado por eso permitió esa alianza entre el sector exportador agrario y sector industrial dio lugar a un proceso de industrialización, a unas políticas industrializantes que eran simultáneamente**

industrializantes y antiindustrializantes. (Arango, 2001, pág. II.20. El subrayado es propio)

Bajo la égida de una elite al mismo tiempo agroexportadora e industrial se perfiló la transición al mundo industrial de una sociedad todavía anclada a las relaciones señoriales y hacendatarias bajo un modelo “simultáneamente industrializante y antiindustrializante”, con no muy buenos resultados como era de esperarse. Sin duda alguna, esta transición *sui generis* al mundo industrial impactó los modos y las maneras en que, en ciudades como Bogotá, se experimentaban y se llevaban a cabo las transformaciones urbanas “modernizantes”.

Pero pese al hecho de que el modelo industrializador en Colombia se había constituido tardíamente y de un modo *sui generis*, es decir, “simultáneamente industrializante y antiindustrializante”, a su vez que la elite política colombiana estaba aún, en la década de los cuarenta, “lejos de representar a los intereses de los industriales”, los vientos de transición eran un hecho. En consecuencia, algo de aquello había empezado a calar en las mentalidades y la ideología de las clases dominantes de los núcleos urbanos que al son de los vientos industrializadores habían virado su mirada hacia una nueva forma de concebir la ciudad de acuerdo con sus intereses de clase.

Esta ideología de la clase dominante en transición tuvo su máxima expresión en el “urbanismo” y los “planes reguladores” de las décadas de 1930 y 1940. Así, hubo una “irrupción en el escenario capitalino y nacional de una nueva clase dirigente que en todo momento mostró una mentalidad innovadora y moderna, así como una capacitación técnica y profesional sin precedentes en nuestra historia.” (AA.VV, 1988, pág. 37-38) A partir de 1930, fue el urbanismo en tanto que marco ideológico de las “nuevas clases dirigentes” el que permitió “ver los problemas de la ciudad, las soluciones propuestas y las discusiones dominantes en el ámbito del urbanismo [...], discursos y prácticas que

dan cuenta del cambio en el pensamiento sobre la vivienda, el espacio público y la ciudad.” (Carreira, 2019, pág. 45)

De este modo, “las obras urbanas llevadas a cabo en las décadas de 1930 y 1940 tendieron a rellenar y a legitimar los vacíos que dejaban las urbanizaciones dispersas.” (Ibíd., pág. 64). Estas “obras urbanas” fueron rompiendo de modo progresivo con la “forma compacta y densa” que ponía un fuerte acento en la distribución concéntrica de la vida urbana alrededor de la Plaza de Bolívar³; herencia de la colonia que permaneció casi intacta durante todo el siglo XIX y las dos primeras décadas del XX.

A principios de 1930, “Bogotá contaba con una población aproximada de 270.000 habitantes, lo que indica que en poco más de una década su población se había duplicado. Era una ciudad que comenzaba a convertirse en metrópoli y rompía los límites del sector histórico, al extenderse con énfasis a lo largo de los cerros orientales en dirección sur-norte” (Ibíd., pág. 70) Sin duda, este crecimiento acelerado había empezado a generar problemas y dificultades sobre todo a los sectores populares debido a que buena parte de aquellos “no fueron acogidos por el sector manufacturero para formar una masa de proletarios.” (Arango, 2001, pág. II8) Lo anterior era una consecuencia de la violencia política que se empezaba a vivir en el país y que producía una anormal migración de campesinos a la ciudad. De este modo,

Iniciándose la tercera década del siglo, el déficit de vivienda, especialmente en los sectores populares, llegó a adquirir proporciones

³ Ana María Carreira afirma que “En el sector central (alrededor de la plaza de Bolívar y a lo largo de su eje histórico, la carrera 7) se localizaban las actividades administrativas y comerciales, alrededor de las cuales residían las clases altas. Por su parte, las clases populares rodeaban la ciudad junto con las primeras industrias ubicadas en la periferia (nororiental, sur y occidental). Sin embargo, ya se insinuaba la paulatina desintegración de la unidad urbana, el crecimiento hacia el norte y la fragmentación social. Además de estos cambios, la aparición de la unidad del barrio dejaba atrás la colonial división por parroquias.” (Carreira, 2019: 68)

realmente preocupantes debido en esencia a que las soluciones de vivienda continuaban rezagadas de manera progresiva ante el incremento de la población que se reflejaba de manera mucho más abultada en los sectores más pobres de la población capitalina. (AA.VV, 1988, pág. 21)

Ante este panorama las clases dominantes decidieron emprender una serie de reformas urbanas que se caracterizaron sobre todo por tener un sesgo disciplinante, higienizador y modernizante. “La ciudad se concibió como un medio para regular el movimiento de los habitantes.” (Carreira, 2019, pág. 77) Además, y con ocasión del IV Centenario de la fundación de Bogotá, se contrató la asesoría e intervención del arquitecto austriaco Karl Brunner. Aunque el crecimiento acelerado de la población urbana había generado problemas “sanitarios, en el transporte y la miseria”⁴ generalizada, la llegada de Brunner obedeció más al anhelo de la emergente elite industrial por dar a Bogotá la imagen de una ciudad moderna que a dar solución radical a los nuevos problemas de la sociedad en transición. De este modo, en consonancia con los postulados y diagnósticos del flamante arquitecto,

como solución a estos problemas se propuso dividir la ciudad en las siguientes zonas: en el costado occidental de la estación del tren, la zona industrial; al sur y suroccidente, el eje central, la zona de viviendas (en el sur surgieron numerosas urbanizaciones obreras como solución al problema del paseo Bolívar); al oriente una zona de saneamiento que concernía al mencionado paseo Bolívar. (Ibíd., pág. 77)

De este modo, la visión que empezaban a proyectar los sectores dominantes se asemejaba a la de una ciudad atomizada en pequeños segmentos: 1) un sur y suroriente

⁴ Fundación Misión Colombia, (1988), Historia de Bogotá, Tomo III, Siglo XX, Villegas Editores.

de los pobres, “obreros” y sectores populares; 2) una zona central en decadencia habitada sobre todo por sectores populares asociados al comercio y la “industria”; 3) finalmente, un norte privilegiado y aislado, habitado por los sectores que componían la nueva burguesía ascendente. En general, “la polarización era hasta tal punto irreversible que ya desde los treintas se hizo evidente la tendencia de las gentes acomodadas a abandonar el centro e irse desplazando hacia el norte.” (AA.VV, 1988, pág.25)

Los cambios urbanos llevados a cabo por la clase dirigente, en especial los relacionados con la intervención urbanística de Brunner en la década de 1930, se dirigieron fundamentalmente con el embellecimiento arquitectónico con ocasión del IV centenario⁵, el diseño del primer plano urbanístico de Bogotá -que reflejaba en buena medida la ideología de la nueva clase dirigente- y, fundamentalmente, la modernización de la ciudad a partir de cuatro ejes: 1) “generación de espacios abiertos verdes” (construcción de los Parques de la Independencia y Centenario); 2) ampliación del trazado urbano -calles y aceras-; 3) diseño de los primeros barrios para el segmento del norte de la ciudad; y, 4) la intervención de las “parroquias” o barrios populares sobre todo las del deprimido sector conocido como “Paseo Bolívar”. Pero a pesar de esta supuesta visión modernizante, ni Brunner ni las clases dominantes pudieron controlar la progresiva polarización que empezaba a vivir Bogotá por cuenta de estas mismas transformaciones urbanas. Desde entonces,

Los sectores más acomodados se desplazaron hacia la avenida Chile (construida en 1920) en búsqueda de mejores y más modernos ambientes.

Por el contrario, el sur y el centro se convirtieron en áreas abandonadas,

⁵ Ana María Carreira afirma que: “Las obras para el IV centenario de Bogotá significaron la demolición de algunos de los más importantes edificios coloniales que aún quedaban en pie. Entre 1914 y 1938 fueron demolidos el claustro San Agustín y el templo y claustro de Santo Domingo, que se reemplazaba por edificios gubernamentales. (Carreira, 2019: 74)

que progresivamente eran ocupadas por aquellos sectores que no pudieron acceder a las nuevas concepciones urbanísticas. (Carreira, 2019, pág. 80)

Pero si en la década de 1930 fueron Brunner y las obras urbanas del IV centenario las representantes de las agitadas transformaciones que llevaba a cabo la “burguesía en formación”, en la década de 1940 fueron Le Corbusier y las obras urbanas llevadas a cabo con motivo de la IX Conferencia Panamericana las canalizadoras de estos cambios acelerados que vivía la sociedad en su conjunto. De este modo,

sí en la década de 1930 el programa de obras más importante fue el del IV centenario de la ciudad, en la siguiente la IX Conferencia Panamericana fue el motivo para encarar ambiciosas obras y mejoras [...] La ciudad, que se percibía sucia, fea y montañera, se esforzó por mostrarse limpia, linda y con formas y modales urbanos, para de esta forma recibir a los más de mil delegados extranjeros. (Ibíd., pág. 94)

La masificación del automóvil, los tranvías y autobuses convirtieron a las calles y las “ampliaciones viales” en el eje fundamental de las transformaciones urbanas. De algún modo, los planes y proyectos urbanísticos de la época “buscaron transformar la ciudad a la medida del automóvil [...] Durante la década de 1940 comenzaron los grandes cambios en la red vial de la ciudad de Bogotá [...] la obra determinante que abrió la década fue la avenida Jiménez.” (Ibíd., pág. 94-95)

Pese a que el arquitecto francés Le Corbusier solo hizo su primera visita oficial en el año de 1947, buena parte de las concepciones y obras heredadas de su antecesor, Karl Brunner, fueron, por la misma elite que antaño las vanaglorio, destruidas y rechazadas poco a poco; en una espectacular muestra del caótico y aun prematuro mundo ideológico de la nueva clase burguesa en formación, las plazas y parques públicos fueron fatalmente

intervenidos en busca del nuevo signo de modernidad, a saber: el automóvil y las grandes avenidas. En consecuencia, “se asignaba a los espacios públicos la función de interconectar vías, en particular plazas y parques, los cuales podían ser atravesados por arriba o por abajo, y/o fragmentados. La calle de uso peatonal y los espacios verdes no figuraban en ellos.” (Ibíd., pág. 104)

Sin duda, la máxima representación de estos cambios caóticos los expuso, en su conjunto, El Plan Piloto y el Plan Regulador formulados por el arquitecto Le Corbusier y que le habían sido encargados por la nueva clase burguesa en emergencia. En general, el Plan Piloto planteaba la visión y los postulados teóricos de Le Corbusier sobre la ciudad, mientras que el Plan Regulador trazaba la forma específica de llevarlos a cabo. Pero en conjunto, tanto el uno como el otro, proponían una rígida visión para Bogotá que “contravino la dinámica propia de los espacios públicos al separar la vida en cuatro funciones: vivienda, comercio, cultura del cuerpo y el espíritu y circulación. Por lo tanto, no facilitó la relación entre ellos y reprimió la vida social que consiste en encuentros, intercambios y confrontaciones.” (Ibíd., pág. 152)

Pero sin duda, eran los preparativos para la celebración de la IX Conferencia Panamericana del año 1948 los que marcaron la pauta de las obras urbanísticas de esta década. Ya desde 1945 empezaron dichos preparativos que tenían por objetivo presentar a Bogotá “dignamente ante la conferencia”. Esto intensificó de manera acelerada las intervenciones urbanísticas y los conflictos sociales que lógicamente traían consigo. Sobre todo, fueron los sectores populares, emplazados al sur, centro oriente y suroriente de la ciudad, quienes asumieron amargamente las consecuencias de estos progresivos cambios debido a que en el marco de los preparativos para la IX Conferencia se plantearon medidas como

La de prohibir terminantemente la mendicidad y la vagancia y reglamentar los vendedores ambulantes de loterías, los limpiabotas etc., medidas que se añadían a la demolición de ranchos que falte por adquirir en el paseo Bolívar. Estas disposiciones no fueron acompañadas de ningún tipo de solución para las personas afectadas y además recrudecieron las campañas contra los vendedores ambulantes, que eran “recogidos” de los espacios públicos.” (Carreira, 2019, pág. 117)

La situación del Paseo Bolívar no era para nada nueva. Ya desde las primeras décadas del siglo se veía a este sector, ubicado de manera dispersa sobre los cerros Orientales, como una “zona reconocida por ser foco de pobreza motivo por el cual, en el imaginario bogotano, los habitantes del sector eran referidos como obreros que vivían en las peores condiciones higiénicas y a su vez un sitio asociado a los crímenes y la actividad delincuencial.” (Pavony & Moreno, 2016, pág. 61-62)

Nada habría generado más dramatismo y degradación en la situación del pobre de la ciudad que la “demolición de [sus] ranchos”, máxime si era lo único que tenían, era su universo moral y social. Ya desde los programas planificadores de Karl Brunner se venía interviniendo de a poco dicho sector bajo el argumento de un supuesto “saneamiento”. De este modo, una de las primeras intervenciones fue la construcción del teatro al aire libre conocido como “La Media Torta” para el cual “la primera tarea emprendida fue desalojar a los pobladores de los predios San Martín, La Media Torta, El Huido y la Buena Vista (caseríos ubicados en las laderas de los cerros de Monserrate y Guadalupe) y trasladarlos al nuevo barrio obrero al sur, denominado Centenario.” (Carreira, 2019, pág. 85)

Pero lo que había de común tanto a las transformaciones urbanas de la década de 1930 como a las de la década de 1940 era la síntesis de una lógica urbana de nuevo tipo que

empezaba a calar de a poco. Esta lógica subyacente a las transformaciones urbanas no era más que la lógica del capitalismo rampante que empezaba a hacer sus primeros pinos con el tránsito de la sociedad al mundo industrial. De a poco empezó a dominar una concepción novedosa de la ciudad donde “primaba la obtención de rentabilidad del suelo”. La realización de obras se destinó sobre todo a valorizar ciertos sectores de la ciudad y a especular sobre ellos. Sin duda, esta era una lógica que al pobre urbano le parecía totalmente desconocida y a la que no podía responder más que con sentimientos de frustración, impotencia y violencia. Así, “las inversiones que valorizaban cada vez más el suelo urbano se dirigían solo hacia algunos sectores de la ciudad. Por tanto, la falta de vías de comunicación para servir a los sectores pobres acentuaba la fragmentación social existente.” (Carreira, 2019, pág. 129)

Los cambios que en las dinámicas de la ciudad había empezado a generar la transición de la sociedad preindustrial al mundo industrial con sus consecuentes proyectos urbanísticos dejaron por fuera a una gran parte de los sectores populares urbanos de la antiquísima ciudad de Bogotá. Parafraseando a Rudé y Hobsbawm, podríamos decir que “es difícil encontrar palabras adecuadas para describir la degradación que el advenimiento de la sociedad industrial trajo al trabajador urbano bogotano y, en general, al trabajador urbano colombiano”.

En primer lugar, esta nueva lógica había empezado con la “degradación”⁶ del espacio más íntimo del trabajador urbano: su hogar. En consecuencia, “las viviendas se fueron

⁶ Una descripción un tanto más detallada sobre el dramático proceso de constitución del moderno y “abyecto” inquilinato nos la ofrece Miguel Torres en su novela *El Crimen del Siglo*. Juan Roa Sierra, el asesino de Jorge Eliecer Gaitán, veía con melancólica resignación que “ahí está su cuarto, un lugar que siguió frecuentando a puerta cerrada de tarde en tarde durante todo el tiempo que vivió con María, su refugio, como él lo llamaba. Allí esta su cama, su armario y el baúl de sus recuerdos, un viejo arcón donde esconde sus tesoros secretos desde que iba a la escuela. Si ampliamos el registro, porque entre tusas y calabazas tal vez haya llegado la hora de echarle una mirada a la casa, a parte del cuarto de Juan, el primero a la izquierda del corredor que, dicho sea de paso, desemboca en el solar, pared de por medio encontramos el cuarto de doña Encarnación, y frente a estos otros dos, arrendados, con algo tiene que

subdividiendo de tal modo que en el mismo espacio empezó a alojarse un número excesivo de personas, lo cual fue dando origen al insalubre y abyecto inquilinato.” (AA.VV, 1988, pág. 13)

En segundo lugar, esta nueva lógica condujo a la “degradación” y desintegración de la “unidad urbana” tradicional, caracterizándose por la demolición de los más emblemáticos edificios coloniales que aún quedaban en pie, sumado a la “separación de la vida urbana en cuatro funciones” y la “represión de la vida social”.

En tercer lugar, la migración de la nueva clase burguesa ascendente hacia el norte de la ciudad en busca de “mejores ambientes” -sobre todo de fuentes de agua limpia- no solo profundizó la desintegración de la “unidad urbana tradicional” sino que, además, trajo consigo la destrucción de los antiguos espacios que antaño las clases dominantes habían habitado e, incluso, compartido con las clases subalternas. Acaso, nada podría generar más indignación y degradación en la vida del pobre urbano que la destrucción de sus espacios cotidianos: los vitales.

En cuarto lugar, los cambios en la relación de los ricos con los pobres de la ciudad se hacían cada vez más ostensibles en la necesidad de los primeros de expulsar, controlar y aislar a los segundos. Esta dinámica se agudizó con la coyuntura de la IX Conferencia Panamericana del año 1948 y por la cual se decidió, descarada y explícitamente, “prohibir terminantemente la mendicidad” y la circulación de todo aquello que olier a pobre,

ayudarse a vivir la señora, uno a un señor Gonzales, de profesión relojero, que sale de mañana y vuelve en la noche y es tan callado que no da ni la hora, otro a un señor de apellido Diaz, un viejito que se la pasa todo el día encerrado oyendo radio, muy decente, muy servicial. Hay otros dos cuartos, los laterales del patio, el más grande es la sala, un lugar que permanece cerrado y solo se abre en las contadas ocasiones en que se recibe una visita. El otro sirve de arrumadero de trastos jubilados. Baños solo hay uno, atrás, en un rincón del solar, para todos los usos, en otro rincón se encuentra el lavadero, y en el medio matas florecidas, un brevo y un cerezo. Así la casa, que no es tan grande, parece serlo”. (Torres, 2019: 40)

populacho, guacherna o habitante del Paseo Bolívar y los barrios más “sórdidos” de la ciudad.

En quinto lugar, como no oponer una violenta resistencia a los cambios modernizantes de la ciudad si aquellos habían hecho volar por los aires las fuentes más elementales de subsistencia de los sectores pobres y tradicionales de la ciudad preindustrial. Pues por esa misma época y ante la inminencia de las transformaciones,

se produjo una medida emanada de la secretaria de Obras Publicas de Bogotá que causó conmoción en ciertos sectores del gremio de la construcción. Dicha medida establecía que el municipio solo aprobaría licencias para construir planos y proyectos firmados por ingenieros o arquitectos graduados. En consecuencia, quedaron por fuera, o al menos relegados a un segundo plano, todos los maestros artesanos o “empíricos”, como empezó a llamárseles desde ese momento. (AA.VV, 1988, pág. 41)

No resulta para nada despreciable ubicar las causas del levantamiento popular del 9 de abril de 1948 en este curdo conjunto mutaciones urbanas que vivía la ciudad. Eran ellas el signo incontrovertible del carácter preindustrial de aquella sociedad, es decir, el de la “época de transiciones” por la que atravesaba Bogotá. Aunque aún en esta época el paso de la sociedad colombiana al mundo industrial era un hecho tortuoso -con su modelo al mismo tiempo industrializante y antiindustrializante, a la vez que con una elite política lejana a los intereses de una prematura burguesía industrial- las estructuras y dinámicas urbanas de las principales ciudades empezaban a verse afectadas, unas más que otras. Para el caso de Bogotá, epicentro de los levantamientos populares de 1948, el deseo de “convertir a Bogotá en una ciudad moderna fue una ambición de la elite intelectual y empresarial que aspiraba a dejar atrás a la ciudad provinciana y colonial, pero sin modificar la estructura política de dominación. Por tanto, se sostuvo la base ideológica

tradicional y los cambios producidos solo afectaron las formas.” (Carreira, 2019, pág. 172)

Como acertadamente se ha señalado,

En ese 9 de abril, concurrió el profundo deseo de demolición de la ciudad vieja que promovían los adalides de la urbe moderna con la explosiva situación sociopolítica a que daba lugar la persecución política partidistas, la segregación social y la pobreza extrema en la que estaban sumidos muchos de los habitantes de Bogotá. **La mezcla de estas dos realidades no fue casual, pues lo que las reunió fue el desenvolvimiento del capitalismo en el país y su impacto sobre la urbe y sus gentes.** (Pavony, 2016, pág. 169. El subrayado es propio)

Pero a pesar de que estos cambios solo afectaron, presumiblemente, las formas y no la base ideológica, sin duda, algo de aquello caló en la mentalidad del pobre urbano: en sus anhelos, sus sueños y la violencia típica de su resistencia al cambio y a los abusos del rico. Y esto no resulta inverosímil si se tiene en cuenta que “la modernización de Bogotá se dio mediante procedimientos violentos y no hubo cuidadosas ni reflexivas transformaciones que respetaran e incorporaran a la sociedad y el pasado social y urbano construido.” (Carreira, 2019, pág. 158)

De este modo, El Bogotazo puede ser considerado como una respuesta violenta -quizá la última de su tipo- del pobre urbano a la destrucción de su mundo moral representado en la ciudad y su unidad urbana tradicional. La degradación de su mundo moral se hizo patente con los cambios que sufrió la ciudad a partir de la década de 1930, acometidos por una nueva clase dominante de la cual, poco a poco, se sentían cada vez más desligados. Así, los disturbios del 9 de abril pueden ser leídos como un espontaneo

movimiento de “las clases subalternas urbanas [que] tomaron las calles en un intento de hacer uso de la ciudad, de apropiarse de ella, moviéndose en pos de lo que consideraban sus propios intereses”. (Ibíd., pág. 299)

Pero el hecho de que el estallido social hubiese hundido sus raíces en el asesinato del político liberal Jorge Eliecer Gaitán, ese fatídico 9 de abril, no desvirtúa la relación de estos disturbios como expresión de resistencia de la muchedumbre a las transformaciones sociales y urbanas del momento.

Como veremos más adelante, Jorge Eliecer Gaitán y el gaitanismo habían cobrado protagonismo en la ciudad desde mediados de la década de 1930; desde su cargo como alcalde de la ciudad de 1936 a 1937 hasta las campañas presidenciales del año 1946, Gaitán no había hecho más que “aglutinar” y “darles un lugar en la vida política de la ciudad a los sectores populares”. Para ello, se había valido del espacio público (discursos abiertos en plazas, viernes culturales en teatros, movilizaciones callejeras, apoyo a expresiones culturales en parroquias populares etc.) y había arrastrado importantes sectores urbanos pobres hacia su uso y ocupación. En consecuencia, el gaitanismo tuvo una íntima relación con la forma en que el pobre de la ciudad asumía y resistía a los cambios urbanos en curso, pues “puso al descubierto la existencia de muchedumbres ávidas por incorporarse a la sociedad, que imponían otras identidades, otras culturas, y al hacerse visibles el espacio público estalló.” (Ibíd., pág. 293)

El asesinato de Jorge Eliecer Gaitán no solo significaba la muerte de aquel, hasta ese momento inédito, “flamante héroe” o “defensor del pueblo”. La muerte de Gaitán significaba, sobre todo, la muerte de la mejor expresión de la resistencia del pobre de la ciudad a las nuevas condiciones impuestas por la naciente burguesía y expresadas en las caóticas intervenciones urbanas de las décadas de 1930 y 1940. En Gaitán, el pobre de la ciudad había encontrado las palabras que expresaban su impotencia, desconcierto y

reacción frente a las nuevas lógicas urbanas y frente a las contracciones originadas por la naciente sociedad industrial. El Bogotazo, “fue un hecho coyuntural en el proceso de modernización de la ciudad, en relación con la intervención física [...] Fue una especie de revolución destinada a poner las cosas en su lugar, a corregir los vicios **y a regresar a un orden espacial preestablecido.**” (Ibíd., pág. 310. El subrayado es propio)

2.3. Ideología derivada: Gaitanismo, La Violencia y El Bogotazo

2.3.1. *Gaitanismo*

Según Gloria Gaitán suele ser un lugar común confundir “el gaitanismo con el 9 de abril” y hacer “de estos dos fenómenos uno solo, lo cual impide que se logre una justa óptica de ellos.” (Citada en Sánchez, 1984, pág. 1) Esta distinción resulta profundamente importante pues pese a que, indiscutiblemente, el Bogotazo está íntimamente ligado al gaitanismo no pueden equipararse del todo. A pesar de ello un vistazo a los fenómenos del gaitanismo y La Violencia sugieren pistas que permiten entender porque el Bogotazo, a nuestro modo de ver, constituyó el último de los levantamientos de la muchedumbre preindustrial urbana; el último de los vestigios de ese singular fenómeno llamado turba y de la sociedad a la cual pertenecía.

Uno de los problemas fundamentales que nos surge de definir al Bogotazo como un típico fenómeno de protesta prepolítica o exclusivo de la sociedad preindustrial es que, al ser examinado en detalle, en sus causas ya no hay nada de prepolítico y, acaso, algunos elementos que caracterizan a la turba o a los movimientos de protesta de la sociedad preindustrial en sentido estricto. Mientras en las turbas clásicas “todavía no se había llegado a considerar que la papeleta electoral fuese un arma seria para el pueblo” (Hobsbawm, 2010, pág. 158); en la Colombia del 9 de abril de 1948 no había duda alguna que el asesinato del político liberal -excandidato presidencial y recién elegido senador-

Jorge Eliecer Gaitán era la causa principal de las protestas, los motines, asonadas, incendios y juntas revolucionarias que sacudían buena parte de la geografía nacional.

Como se mencionó párrafos arriba, pese a que la turba es en esencia un fenómeno prepolítico aquello “no significa que no hubiese en ellas ideas implícitas o explícitas sobre la política” (Ibíd., pág. 88) De este modo, en la turba clásica ya era posible ver la influencia de los “movimientos revolucionarios de la nueva era” o de los flamantes héroes defensores del pueblo que, a veces, constituían una “demagogia abiertamente izquierdista”. (Ibíd., pág. 165) Sin embargo, como se demostrará a continuación, tanto la relación de las protestas con el gaitanismo y con la muerte de Gaitán, así como con el fenómeno de La Violencia, no estaban muy alejadas de esa lógica que define el mundo preindustrial. Por ello, y pese a que el Bogotazo tenía unas causas que podríamos llamar *sui generis* o únicas dentro del género de la turba, aquellas hundían sus raíces en los más puros elementos de la lógica de la rebelión de la muchedumbre y la turba, con lo cual, legítimamente, puede seguir hablándose del Bogotazo como el último de los conflictos preindustriales de los sectores populares urbanos en Colombia.

Para el historiador Cordell Robinson “Gaitán y su movimiento encarnaron todas las fuerzas en acción durante el periodo 1930-1948. Fueron los símbolos de la modernización de Colombia y reflejaron las consecuencias de la industrialización” (Cordell Robinson, 1976, pág. 12) En efecto, el político liberal Jorge Eliecer Gaitán había empezado a constituirse, ya desde 1928, en “flamante héroe⁷, que luchaba por el pueblo y acaso salía de él”. No obstante, fueron Gaitán y el gaitanismo los “símbolos de la modernización de

⁷ Debe recordarse que Jorge Eliecer Gaitán (1903-1948) entró en la escena política colombiana muy tempranamente. A la edad de 14 años había sido uno de los voceros más activos de la campaña presidencial de Guillermo León Valencia. En 1919, con tan solo 16 años, lideró una fuerte protesta de los sastres bogotanos contra la decisión del presidente Marco Fidel Suárez de importar los nuevos uniformes de la Policía. Y, finalmente, este “flamante héroe” “defensor del pueblo” lideró, ante el Congreso en 1928, la defensa de los trabajadores asesinados en la masacre de las bananeras.

Colombia” precisamente por la resistencia que ofrecieron ellos a ese fenómeno de nuevo tipo llamado sociedad industrial.

Por otro lado, pese a que algunos historiadores han intentado caracterizar al gaitanismo como un “movimiento social” que habría transitado -por lo menos desde 1933- entre varias etapas, unas más radicales que otras, ha resultado mucho más acertado vincular dicho fenómeno político con la idea de un *populismo latinoamericano*, es decir, con “un fenómeno producido por la transición de una sociedad tradicional a una industrializada.” (Laclau citado en Green, 2013, pág. 22)

La relación entre El Bogotazo y el Gaitanismo venia dada no solo por el hecho de una simple “demagogia izquierdista” de ese emergente “defensor del pueblo” llamado Jorge Eliecer Gaitán. Ambos fenómenos resultaron íntimamente ligados debido a que compartieron el dramatismo de ser un producto, cada uno a su modo, de “la transición de una sociedad tradicional a una industrializada.”

A su vez, había un elemento adicional en la relación del Gaitanismo y El Bogotazo. El conocimiento profundo -y atípico- que la *muchedumbre* tenía sobre la política en general y sobre la política gaitanista en particular no fue el resultado, en este caso, de la emergencia de los “movimientos revolucionarios de nueva era”-como ha sugerido Eric Hobsbawm (2010)- sino que, en general, la política partidista y electoral era desde hacía mucho tiempo un elemento constitutivo de la tradición y el universo mental del pobre de la urbe preindustrial colombiana y, particularmente, bogotana.

Lo anterior se explica por el hecho de que a partir de la segunda mitad del siglo XIX amplios sectores populares y subalternos habían sido movilizados por caudillos -la mayoría de ellos antiguos militares vinculados a las tropas independentistas, pertenecientes unos y otros a los recién fundados Partido Conservador (1849) y Partido

Liberal (1848)-, a participar en por lo menos nueve guerras civiles de carácter “nacional” y muchas más de carácter regional⁸.

Como consecuencia de esa introducción y movilización temprana de las clases subalternas alrededor de las causas político-belicistas de los partidos Liberal y Conservador se fue creando un universo cultural, muy anclado al sentimiento partidista, en el seno de esas mismas clases subalternas; y para las cuales la afiliación partidista se fue convirtiendo en un elemento tradicional, es decir, uno de los núcleos fundamentales de la *ideología inherente del pobre urbano*⁹ y, acaso, también del pobre rural. Así, algunos observadores atentos han afirmado que,

Con **la invasión del partido a la familia**, es decir con el asalto de lo público sobre lo privado, las colectividades han ingresado al código de funcionamiento de lo íntimo invadiendo las matrices del universo emocional. De allí la fuerza del odio ancestral que rige el código religioso [...] Su carácter se torna patrimonial, en el sentido de construir una “herencia” que habrán de recibir las nuevas generaciones. (Perea, 1997, pág. 179. El subrayado es nuestro)

La “íntima” y prematura relación del pobre urbano con la política no era tanto un signo de modernidad como sí de tradicionalismo. La política era entendida por las grandes masas urbanas -y también rurales- como una herencia (un “odio ancestral”), y funcionaba

⁸ Según la perspectiva de Gonzalo Sánchez y Donny Meertens, “Para los campesinos, incluso la movilización armada en apoyo de uno de los partidos, ha representado una forma característica de incorporación masiva a la vida política nacional.” (Sánchez Gómez & Meertens, 1992: 29)

⁹ Para George Rudé en la sociedad industrial o el periodo de transiciones que aquella representa “la ideología popular no es puramente asunto interno ni propiedad exclusiva de una sola clase o grupo: eso por si solo basta para distinguirla de la ideología como ‘conciencia de clase’ o su antítesis [...] Lo más frecuente es que sea una mezcla, una fusión de dos elementos, de los cuales solamente uno es privativo de las clases populares, mientras que el otro se sobre impone mediante un proceso de transmisión y adopción desde afuera. **De éstos el primero es lo que yo llamo el elemento tradicional, “inherente”, una especie de leche materna ideológica basada en la experiencia directa, la tradición oral o la memoria colectiva**” (Rudé, 1981: 33-34. El subrayado es propio)

bajo una lógica primitiva y prepolítica. Como acertadamente han señalado algunos historiadores, lo político en la sociedad colombiana de la primera mitad del siglo XX

Queda así regido bajo el registro de la herencia incuestionada y el afecto arrasador, dos códigos opuestos a la lógica que rige la modernidad en sus relaciones con el poder. La herencia, signada por la fuerza de la que se cargan en la familia las imágenes de los buenos ejemplos, hace que la patrimonialidad del partido suprima la elección del sujeto entre diversas opciones de poder: los adherentes a la respectiva bandera ya vienen garantizados, desde el nacimiento, en la estructura normativa que porta consigo el poder familiar. (Ibíd., pág. 180)

En síntesis, se “trata, en efecto, de partidos que responden ante todo a la dinámica de las solidaridades comunitarias, es decir, **que pertenecen propiamente hablando al orden de lo arcaico y prepolítico** y que llegaron a las gentes y a las localidades antes que el Estado o el sentido de Nación.” (Sánchez, 1990, pág. 14. El subrayado es nuestro)

Sin duda, esta característica fue de vital importancia para las elites y clases dominantes afiliadas a dichos partidos, pues, como una constante desde el siglo XIX, “hubo un ambiente ideológico común que allanó las difíciles jerarquías sociales para dar paso a una trama política de intereses encontrados y contradictorios.” (Aguilera Peña & Vega Cantor, 1998, pág. 108). Por ello no es extraño que a mediados de la década de 1940 fuese un hecho aceptado el que “los trabajadores se reparten indistintamente entre las banderas de los dos partidos” y que “las colectividades políticas tradicionales configuran un complejo cruce de clases sociales en sus filas.” (Perea, 1997, pág. 62) Luego, se pertenecía a tal o cual partido no por la relación que el partido tenía con los intereses de la clase sino por la herencia y la tradición que aquellos representaban en la familia, en la más íntima historia personal.

Pero el hecho de que la hegemonía o “ambiente ideológico común” hubiese tenido efectividad hasta bien entrado el siglo XX no fue impedimento para que las muchedumbres expresaran sus intereses y anhelos en el interior de esta tradicional afiliación partidista. De este modo, el gaitanismo, en tanto movimiento populista y heredero de una larga tradición de movilización popular en el seno del Partido Liberal, vino a catalizar esa suerte de “autonomía” de los sectores populares. Dicha tradición de movilización popular se remontaba a la división del Partido Liberal en dos facciones o líneas. Existía una “línea burguesa y una línea popular. La primera hacía énfasis en un largo catálogo de libertades individuales y políticas, y la segunda iba más lejos, teniendo en mente una sociedad igualitaria.” (Green, 2013, pág. 77)

En consecuencia, la relación de Gaitán con los sectores populares estuvo animada -y en parte facilitada- por el hecho de ser la afiliación partidista, desde hace mucho, un elemento tradicional e inherente a la mentalidad e ideología de la *muchedumbre*. Pero, por otro lado, también es cierto que este “flameante héroe defensor del pueblo” logró un especial apego con la *muchedumbre* a raíz de las similitudes que su liberalismo popular o socialista tenía con la opinión de la *muchedumbre* acerca de las agitadas transformaciones producto del desarrollo del capitalismo “industrial”. Tanto la ideología de Gaitán como la ideología inherente del pobre urbano coincidían en su casi exclusiva mirada hacia el pasado como única salida ante los múltiples problemas que aquejaban a las viejas clases populares y tradicionales del país.

Uno de los aspectos más interesantes de la relación entre Gaitán y la *muchedumbre* era la forma en que las gentes corrientes miraban a Gaitán y al gaitanismo. Según se dice,

Gaitán era percibido entre sus adeptos como el descendiente intelectual y moral de Uribe Uribe. Él era el ‘heredero de los grandes hombres’ en la tradición liberal izquierdista. Los ‘espíritus’ de Herrera y Uribe Uribe lo

acompañaban. Un viejo guerrero liberal, para quien Uribe Uribe y Herrera eran los primeros en el panteón de ‘héroes’ liberales, esperaba que Gaitán le devolviera el orden al indisciplinado régimen del momento [...] En Bolívar había millares de adeptos que a nombre del general Uribe Uribe y de los otros caudillos de la última guerra seguirían a Gaitán hasta el ‘sepulcro’. (Green, 2013, pág. 335)

De acuerdo con Herbert Braun, Jorge Eliecer Gaitán “se ubica, históricamente, en el umbral de la modernidad.” (Braun, 1997, pág. 12) En Colombia, ese umbral de la modernidad hacía que la política y, concretamente, los políticos de los años 40 conservaran “una concepción hidalga, tradicional y jerárquica, con fuertes matices de una cultura precapitalista y católica [...] Según Abel Naranjo Villegas, los políticos estaban imbuidos de una tradición hidalguista de la vida ‘desde sí’, y no del ideal burgués de la vida ‘para sí’.” (Braun, 1997, pág. 13)

De este modo se hace evidente, en la muchedumbre, “la actitud” o el “deseo de restaurar o mantener el pasado en vez de pedir algo nuevo.” (Rudé, 1981, pág. 99) Pese a que Gaitán y el gaitanismo planteaban algunos elementos progresistas dentro de su programa político, para el pobre urbano -y acaso, también para el pobre rural- él no podía ser más que la herencia de un pasado que se resistía a desaparecer: él era el heredero de los caudillos de la última guerra, reencarnación de los viejos “héroes liberales”.

Pero de ningún modo, ni Gaitán ni el gaitanismo habían hecho algo por remediar o cambiar esa situación. Y esto era así porque en el fondo el gaitanismo y Gaitán compartían dicha mirada; tanto la multitud como el gaitanismo se alimentaban de la misma tradición preindustrial. En definitiva, como señaló un atento observador, la palabra de Jorge Eliecer Gaitán

llegó a los sectores urbanos bajos, a los trabajadores e inmigrantes rurales desplazados por la modernización y por el avance tortuoso, cavernario, recortado, dependiente e implacable del capitalismo colombiano, que es un injerto de capitalismo modernizante con relaciones y formas serviles de trabajo, de poder terrateniente y teocrático, de sistemas artesanales y sobrevivencias esclavistas, con acentuadas prácticas autoritarias. (Díaz Callejas, 1987, pág. 27)

Una mirada atenta a la evolución del programa político del gaitanismo, desde su fundación en 1933 hasta las elecciones presidenciales de 1946, da cuenta de una fuerte tensión y mezcla entre elementos de carácter revolucionario, acaso izquierdistas y socialistas, con elementos de carácter tradicional y, a veces, polémicos.

Tabla 2

Evolución de la Ideología Derivada ¹⁰ Gaitanista (1933-1948)						
Año	Etapa	Programa, Consignas	Ideología y	Composición/ Hitos destacados	Medios de transmisión ideológica	
1933-1935	Unión de Izquierda Revolucionaria UNIR	1. Movimiento rural. 2. Base para una campaña de agitación social que hiciera crecer la conciencia de clase entre los colombianos.	esencialmente rural.	1. A las filas de la UNIR ingresaron estudiantes, campesinos y miembros de la clase media. 2. La organización nacional dirigía la mayor parte de sus recursos a la movilización rural y muy pocos a las ciudades -lo que causaba no poca irritación-.	1. Fundación del periódico UNIRISMO . 2. Discursos abiertos en plazas. 3. “ Casa Unirista ” donde se suministraba a sus miembros el cuidado diurno gratuito de sus hijos;	

¹⁰ Según George Rudé como complemento a la **Ideología Inherente** esta la **Ideología Derivada** que se define como “el cumulo de ideas y creencias que ‘derivan’ o se toman prestadas de los demás, y que a menudo se presentan en forma de un sistema más estructurado de ideas políticas o religiosas, tales como los Derechos del Hombre, la Soberanía Popular, el Laisses Faire y el Sagrado Derecho de la Propiedad, el Nacionalismo, el Socialismo o las diversas versiones de la justificación por la Fe.” (Rudé, 1981: 34) En general, la **Ideología Popular es la fusión entre la Ideología Inherente y la Ideología Derivada que se da en situaciones de profunda agitación social como las revoluciones, las revueltas, los motines etc.**

Evolución de la Ideología Derivada¹⁰ Gaitanista (1933-1948)

- | | |
|---|---|
| <p>3. Lucha por el socialismo, ya que el país no puede desarrollarse en base a criterios individuales.</p> <p>4. El unirismo no es un partido político. El unirismo es una autónoma e independiente fuerza de preparación y lucha que define los firmes principios de la izquierda como la reforma agraria, la justicia social y la democracia.</p> | <p>3. Las luchas de la UNIR por la tenencia de tierras en las áreas rurales, especialmente en Cundinamarca y Tolima, regiones cafeteras donde la propiedad tendía a concentrarse en pocas manos. En esas áreas la UNIR tuvo considerable éxito al organizar huelgas, uniones de trabajadores rurales e invasiones de tierras.</p> <p>4. La UNIR se organizó con un sistema de células, cierta especie de disciplina militar y una ideología populista de izquierda. El partido estaba dividido en “legiones”, cada una contenía “equipos” compuestos de cinco</p> |
|---|---|
-

Evolución de la Ideología Derivada¹⁰ Gaitanista (1933-1948)

		miembros. Cada equipo y cada legión tenían un capitán elegido por los miembros.	
1944-1946	Campaña presidencial por el Partido Liberal 2. Se proponía restaurar la legitimidad y moral del Partido Liberal. 3. La consigna esencial de la campaña era “Por la restauración moral y democrática de la república” 4. Se proponía un dualismo entre un <i>país político</i> y un <i>país nacional</i>.	1. Aunque el “<i>pueblo</i>” estaba conformado en esencia por las <i>clases populares</i>, generalmente identificables como subalternas, su composición no se determinaba en virtud de una relación compartida con los medios de producción. En todo caso el gaitanismo de esta etapa encontró su fuerza interna en algo que se acercaba bastante a los conflictos de raza, género y clase. 2. A partir de la década de los 40 la principal fuente del gaitanismo era un	1. Fundación del periódico JORNADA. 2. Uno de los medios más innovadores empleados por los gaitanistas fue la radio, que resultó ser altamente efectiva a la hora de difundir el mensaje de la movilización y también permitió que los líderes ejercieran considerable control desde Bogotá sobre el contenido de las comunicaciones.

Evolución de la Ideología Derivada¹⁰ Gaitanista (1933-1948)

5. Se proponía un segundo núcleo de profesionales no políticos, dualismo entre *oligarquía* y estudiantes universitarios y *pueblo*. trabajadores. 3. Se establecieron charlas semanales por la radio **-los viernes culturales-**.
6. Se invitaba a la muchedumbre y a los sectores populares al combate bajo la consigna: **“Pueblo: ¡a la carga!”** 3. Entre los artesanos y otros trabajadores la calidad de *pobre* formaba parte de la imagen del pueblo discursos públicos en plazas y teatros. 4. Movilizaciones populares, mayormente, y que pueblo significaba
7. En la Convención Popular de 1945 celebrada en la Plaza de Toros de Bogotá se proclamó que el gaitanismo aspiraba a remediar el “más estruendoso sistema de *clase trabajadora*.” 4. Durante los comicios del 5 de mayo de 1946 Jorge Eliecer Gaitán, a nombre del Partido Liberal, obtuvo 356.995 votos.
- descomposición moral** de nuestro tiempo”.
-

Evolución de la Ideología Derivada¹⁰ Gaitanista (1933-1948)

8. Se afirma la defensa de la “base moral de la sociedad; **la necesidad de recuperar los ideales del pasado**; el papel positivo de la propiedad privada; el ideal de la meritocracia y la corrupción de la política tradicional”.

1947- 1948

Agitación
Poselectoral

1. Se mantuvo como un movimiento predominantemente urbano -aunque con fuertes influencias en el mundo rural-.

2. La actividad política principal del tercer estadio del gaitanismo fue la lucha contra los

1. La principal fuente era un núcleo de profesionales no políticos, estudiantes universitarios y trabajadores cada vez más amplio.

1. El **semanario JORNADA** se mantuvo como el principal órgano de difusión ideológica entre 1944 y 1947.

2. **Movilizaciones** y desfiles populares, **discursos** públicos en plazas y teatros. En Bogotá el Teatro

Evolución de la Ideología Derivada¹⁰ Gaitanista (1933-1948)

conservadores, bajo el lema “Por la reconquista del poder”.

gaitanista, por excelencia, fue el Teatro Municipal.

3. La expresión concreta de los intereses gaitanistas fue articulada en la “**Plataforma Colon**”, una exposición de políticas que había ratificado la Convención Popular de enero de 1947, así como el “Plan Gaitán”, un paquete legislativo que los gaitanistas sometieron al Congreso Nacional en 1947.

4. La Plataforma llevaba el subtítulo “No puede haber democracia política si no hay democracia económica.”

Evolución de la Ideología Derivada¹⁰ Gaitanista (1933-1948)

6. Los gaitanistas demandaban la prescripción de un salario mínimo ligado al costo de la vida, con un justiprecio socialmente definido para la manutención de una familia y con un ingreso supletorio por cada hijo, la participación en los beneficios a la par con los patrones, la equiparación de los salarios para las mujeres, la gestión estatal del mercado laboral, la protección estatal de un movimiento laboral independiente, un código laboral

Evolución de la Ideología Derivada¹⁰ Gaitanista (1933-1948)

que garantizara el derecho a la
huelga, entre otros.

(Elaboración propia. A partir de: *CORDELL*, Robinson. (1976). El movimiento Gaitanista en Colombia. Tercer Mundo Editores; *GREEN*, Jhon, (2013). Gaitanismo, Liberalismo de Izquierda y Movilización popular. Universidad EAFIT; *BRAUN*, Herbert. (2013). Mataron a Gaitán. Vida Pública y Violencia urbana en Colombia. Penguin Random House Editorial.)

De acuerdo con Sánchez Gómez,

el proyecto gaitanista no tiene una formulación acabada en un momento dado, sino que se estructura en su trayectoria misma, **integrando al presente su propio pasado**. Pero esto no invalida la posibilidad de definir, en cada una de sus etapas, blancos claramente diferenciables sobre los cuales recae el énfasis de su acción. (Sánchez Gómez, 1984, pág. 7. El subrayado es propio)

El hecho de que la *ideología derivada gaitanista* coincidiera con la *ideología inherente del pobre urbano* en su casi exclusiva mirada hacia el pasado como única salida ante los múltiples agravios ocasionados por la tortuosa y lenta transición hacia el mundo industrial, no solo se hizo manifiesta en la forma en que la muchedumbre concebía la figura de Jorge Eliecer Gaitán sino también en las ideas que aquel y su movimiento habían configurado y empezado a transmitir a la misma muchedumbre por lo menos desde 1933. Pero, como se ha sugerido acertadamente,

no se trata solamente de una cuestión de receptividad; quizá sea aún más significativo el hecho de que las ideas derivadas o más ‘estructuradas’ sean a menudo una destilación más elaborada de la experiencia popular y de las creencias inherentes del pueblo. Así que no existe un movimiento de dirección única, sino una constante interacción entre las dos (Rudé, 1981, pág. 36)

El caso de la idea de *pueblo* presente con más fuerza a partir de la campaña presidencial de 1944 y que se hizo palmaria en consignas como **“Pueblo: ¡a la carga!”** o **“El pueblo es superior a sus dirigentes”** llevaba implícita la lógica del mundo preindustrial en sus entrañas. Por eso se ha dicho que “la noción gaitanista de pueblo como categoría analítica

nos remite a una sociedad pre-capitalista, donde los límites entre las clases no están claramente definidos”. (Aguilera Peña & Vega Cantor, 1998, pág. 216) En efecto, el hecho de que Gaitán insistiera con tanto ahínco en la división del **“Pueblo y la Oligarquía”** o entre el **“País Político y el País Nacional”** indicaba su pertenencia fundamental a esa “sociedad en transición [con] grupos tradicionales -que todavía no habían evolucionado hasta convertirse en clases sociales identificables”. (Rudé, 1981, pág. 32) En resumen,

sí agregamos que la misma concepción de Gaitán se identificaba más con la defensa etérea del **pueblo** antes que con las fuerzas concretas (como los obreros o los campesinos) que eran las señaladas para hacer viable un capitalismo democrático, veremos la confusión teórica del caudillo que se apoyaba no en las ‘nuevas fuerzas sociales’ sino en las ‘arcaicas’, en los ‘rebeldes primitivos’. (Aguilera Peña & Vega Cantor, 1998, pág. 212. El subrayado es propio)

Para el caso de la noción de *democracia* es interesante ver cómo aquella, en el seno del movimiento gaitanista, siempre estuvo aludiendo a la necesidad de “recuperar los ideales del pasado” en donde habría de encontrarse una democracia altamente moralizada y para nada “descompuesta”. Como refiere Robinson, en “su interpretación de la democracia, los gaitanistas resultaban puristas, en el sentido de que expresaban un **deseo nostálgico de ‘regresar’** a lo que consideraban la verdadera democracia.” (Cordell Robinson, 1976, pág. 123. El subrayado es propio)

El caso de las nociones de *restauración y moralidad* presentes en buena parte del desarrollo del movimiento gaitanista, recuerdan, una vez más, el hecho según el cual “aquellas gentes preferían el ‘tonto conocido’ al sabio por conocer, y mirar hacia ‘el pasado’ en vez de hacia ‘el futuro’ en el sentido de que se mostraban más inclinados a

reclamar la restauración de derechos perdidos o amenazados de expropiación que a exigir cambios o reformas.” (Rudé, 1981, pág. 38) Bajo la famosa consigna **“Por la restauración moral y democrática de la Republica”** los gaitanistas, y Gaitán mismo, pedían la “restauración de derechos perdidos” más que un cambio o una reforma, pues el emblema de la “restauración moral y democrática” quería decir

restitución de un algo que ha sido estropeado en su fisionomía original y autentica; es, de modo preciso, el retorno de un aliento vital refundido en los pliegues de la historia [...] ‘Restauración’ un sueño confundido en los milenarismos esperanzados en un mundo mejor; perdido no para siempre, sino posible de refundar. (Perea, 1997, pág.101)

En resumen,

La moralidad del caudillo [Gaitán] a su vez resultaba ejemplarizante porque, ante los avances del capitalismo, se fusionaba con una moralidad propia de la multitud, como modo de reaccionar ante las contradicciones originadas por la generalización de prácticas propias del espíritu del capitalismo que descomponían las formas ancestrales vigentes. Y esa moralidad se relacionaba también con el igualitarismo ingenuo y con el regreso a la democracia integral, en la que gobernarían los más capaces, honestos y poseedores de una moralidad sin enmendaduras. (Aguilera Peña & Vega Cantor, pág. 222)

Aunque aquellas ideas, programas y consignas habían surgido en el seno del movimiento gaitanista como “una destilación más elaborada de la experiencia popular y de las creencias inherentes del pueblo”, tanto unas como otras eran la expresión de una novedosa dinámica en la que la mezcla de la vieja cultura política del “patrimonio”, la

“herencia incuestionada” y el “afecto arrasador” chocaban con fuerza ante los “vientos” modernizantes del naciente capitalismo industrial.

De este modo, esas ideas no eran exclusivas del gaitanismo pues hacían parte de la “herencia incuestionada” de los partidos Liberal y Conservador en tanto que

unos y otros [recurrían] a conceptos modernos que [iban], sin embargo, inseparablemente unidos a motivaciones y sentimientos ancestrales. Democracia y pueblo -nociones de estirpe moderna- son invocados para estimular pasiones que arraigan en un pasado inmemorial. (Perea, 1997, pág. 10)

Finalmente, si bien la primera etapa del gaitanismo y la última coincidían en la relativa radicalidad de sus programas y consignas, en el fondo ambos expresaban la tradición preindustrial de la cual se alimentaban. Al final, el gaitanismo era -en algunos aspectos- tanto en los campos como en las urbes una “rebelión en nombre de la tradición”; incluso, en 1947, cuando el gaitanismo participaba como fuerza electoral con amplia representación en el Senado, su rebelión se hacía en nombre del “orden”, pues como ha explicado el historiador Eduardo Rovner,

las ideas y la política de Gaitán también representaban a las fuerzas del orden. Sin embargo, era un orden diferente que no beneficiaba a los intereses de los grandes industriales [...] Gaitán insistía en que la protección del sector manufacturero únicamente podía ser considerada si el gobierno establecía límites estrictos a las ganancias de los grandes industriales. También era enfático en sostener que los intereses de los productores de materias primas, comerciantes y consumidores debían ser

tomados en cuenta. (Sáenz Rovner, 2007, pág. 149. El subrayado es propio)

Como ya se ha mencionado, la política, en un gesto inédito para las experiencias de las muchedumbres clásicas de Europa, era a mediados del siglo XX el núcleo de la tradición y la mentalidad de las muchedumbres colombianas. A pesar de que, para la turba clásica, generalmente, “la papeleta electoral” no era “un arma seria para el pueblo”, entre 1933 y 1947 uno de los rasgos principales del gaitanismo había sido su agresiva irrupción en el ámbito electoral, tanto en las ciudades como en los campos. En 1934 los gaitanistas “Uniristas” habían obtenido 3.799 votos en elecciones a diferentes instancias representativas; en 1946 con ocasión de las elecciones presidenciales los gaitanistas – dentro del Partido Liberal- habían sumado un total de 356.995 votos; y, el 16 de marzo de 1947, con ocasión de las elecciones al Congreso los gaitanistas se habían volcado a las urnas con un total de 448.848 votos¹¹.

Aunque estas cifras deben examinarse con sumo cuidado, pues desde hacía mucho, y en especial durante la década de 1940, era costumbre de los partidos políticos tradicionales cometer fraude o alterar las cifras electorales¹²; a pesar de ello, lo realmente importante en estos resultados electorales es que pueden ser leídos como el reflejo de la “zona gris del despertar político” propia de la turba o multitud preindustrial. (Hobsbawm, 2010, pág. 158)

¹¹ Para ver más cifras electorales del gaitanismo véase: *CORDELL*, Robinson. (1973). El movimiento Gaitanista en Colombia. Tercer Mundo Editores; *GREEN*, Jhon, (2013). Gaitanismo, Liberalismo de Izquierda y Movilización popular. Universidad EAFIT

¹² Una de las razones fundamentales del inicio de la primera etapa del fenómeno de La Violencia tuvo su raíz en las acusaciones mutuas de los partidos por fraude. Según Carlos Mario Perea “Fraude y Violencia se convierten así en los dos términos sinónimos y hermanos de la realidad política de mediados de siglo”. (Perea, 1997: 126)

Esta “zona gris del despertar político” nos permite interpretar aquellas cifras electorales como el posible “síntoma de la falta de conciencia política” antes que como “votos políticos”. Pero en detalle, por la larga tradición partidista de la muchedumbre en Colombia más que “falta de conciencia política” lo que la “papeleta electoral” expresaba en la multitud era la naturaleza prepolítica y preindustrial de su cultura política. Por ello, no era extraño que la prensa registrara que

Si bien Boyacá era mayoritariamente *godo*, había avanzadas gaitanistas importantes en Paz del Rio, Tasco y Socotá. Los sastres y barberos de Duitama, ‘sin distinguos de colores políticos’, dieron su voto a la restauración moral y democrática -como se conocía la campaña de Gaitán-. Por otras latitudes, en Ciénaga una gran parte de las masas conservadoras apoyó la iniciativa gaitanista, y en Barrancabermeja los conservadores eran consistentemente gaitanistas. (Green, 2013, pág. 249)

Esta “zona gris del despertar político” como un rasgo fundamental de la turba y los habitantes de las ciudades preindustriales que habían empezado a acercarse a los modernos mecanismos de la democracia electoral¹³ se caracterizaba por un “cambio caprichoso de un candidato perteneciente a algunos de los grupos extremistas esotéricos, a otro de la misma clase”¹⁴ (Hobsbawm, 2010, pág. 158) En general, como bien lo expresaba el artesano y electricista barranquillero Víctor Cuesta Fonseca en 1945: “que

¹³ Uno de los ejemplos que propone Hobsbawm en relación con el prematuro acercamiento de las masas urbanas de las ciudades preindustriales y la “papeleta electoral” es el de “los votos monárquicos y calunquistas (neofascistas)”. El afirma que “son considerados con razón por los que estudian la Italia meridional como síntomas de falta de conciencia política antes que como votos políticos. Un voto escaso en favor de los democristianos o de los socialistas-comunistas indica la que se ha llamado zona gris del despertar político, lo mismo que un cambio caprichoso de un candidato perteneciente a algunos de los grupos extremistas esotéricos, a otro de la misma clase.” (Hobsbawm, 2010: 158)

¹⁴ “Tal como lo revela el trabajo de Javier Guerrero en Boyacá: mientras en 1922 el partido rojo contaba apenas con el 26% de los votos boyacenses, en las elecciones de 1933 había ascendido a nada menos que el 82%” (Perea, 1997: 175)

no había dejado de ser conservador pero que pese a ello Gaitán había ejercido una profunda influencia en su espíritu político y que en su opinión había mil razones para que fuera presidente.” (Víctor Cuesta Fonseca a Jorge Eliecer Gaitán, Barranquilla, 1945. Citado en: Green, 2013, pág. 249)

2.3.2 La Violencia de 1945 a 1948

Al igual que el Gaitanismo y las transformaciones urbanas, La Violencia, como un fenómeno sociopolítico de la realidad colombiana, “fue la respuesta conflictiva de la sociedad feudal o premoderna a la modernización.” (Weinert Citado en Bejarano, 2011, pág. 94) Según Hobsbawm, la Violencia “representa lo que constituye probablemente la mayor movilización armada de campesinos (ya sea como guerrilleros, bandoleros o grupos de autodefensa) en la historia reciente del hemisferio occidental, con la posible excepción de determinados periodos de la Revolución mexicana.” (Hobsbawm, 2010, pág. 232)

La Violencia, en su etapa más temprana, abarca el periodo 1945-1964 y

se asocia con el desarrollo capitalista de la agricultura, es decir, con la solución al bloqueo que la agricultura parcelaria y precapitalista - relaciones de producción precapitalista- representaban para la penetración del capitalismo en la agricultura y que expresaría la contradicción entre terratenientes y la burguesía industrial en ascenso. (Bejarano, 2011, pág. 95)

Era aquel el elemento fundamental que vinculaba el fenómeno de la Violencia, en su etapa temprana, con la lógica del mundo preindustrial, a saber: la respuesta conflictiva de todas las clases, modernas y tradicionales, a la transición de las relaciones de producción

precapitalistas a las relaciones del mundo capitalista industrial. Así, la Violencia se caracterizó, entre 1945 a 1965, por ser una

guerra entre las clases dominantes y en cuanto tal versión tardía de las guerras civiles decimonónicas, pero [era] también guerra entre las clases dominantes y el movimiento popular, e incluso, hay ciertos períodos y regiones en los cuales parece estar dominada por expresiones residuales próximas al vandalismo y al banditismo, cuyos blancos y víctimas difícilmente se pueden adscribir a unos sectores sociales o partidistas con exclusión de otros. (Sánchez, 1990, pág. 13)

La Violencia, así vista, ilustró una de las características más especiales de los conflictos internos de las sociedades preindustriales y es el hecho de que allí “la lucha por el poder o la supervivencia -ya fuese por el control del Estado o por unos motivos más limitados- no se hallaba limitada a dos grandes contrincantes.” En el caso del Bogotazo fue guerra entre las clases dominantes, es decir, entre el Partido Liberal y el Partido Conservador, pero también fue guerra entre “clases dominantes y el movimiento popular”, es decir, entre las clases dominantes y los gaitanistas, la muchedumbre y la turba; en últimas: una guerra contra el artesano, el embolador, el campesino, el voceador, los obreros, los empleados, las mujeres y todo lo que “oliera” a pobre urbano, a *guacherna*.

Entre ser respuesta conflictiva de la sociedad preindustrial a la modernización del capitalismo industrial o ser lucha por el poder entre muchas clases -y no solo exclusivamente dos-, la Violencia tuvo dos grandes consecuencias que contribuyeron de manera significativa a alimentar las jornadas de revueltas populares el 9 de abril de 1948:

1) Por un lado, la mayor “movilización armada” y no armada de campesinos que representó La Violencia hizo de aquellos, los inmigrantes de primera generación, los habitantes más asiduos de los “barrios obreros” y populares de las principales ciudades del país, y en especial de Bogotá; la Violencia, así vista, aprovisionó a las revueltas del 9 de abril con las creencias, concepciones del mundo y tradiciones de protesta del mundo rural y campesino.

2) Por otro lado, al ser el periodo de la Violencia un punto muy álgido¹⁵ en la “lucha por el control del Estado entre muchas clases” -algunas emergiendo, otras en extinción- las tradicionales filiaciones partidistas o “herencias incuestionadas del partido” se sobrepusieron sobre el carácter multclasista de la lucha, con lo cual los motines adquirieron el tinte político -o prepolítico- de la guerra partidista, muy alejado de los típicos motines por el desempleo y el hambre de las turbas y las multitudes preindustriales clásicas.

Por ejemplo, en Bogotá en 1947 se decía que la Violencia

En principio era en el campo, cuando cogió más fuerza en el campo comenzó aquí, en los cafés, en pleno centro. Vino de la periferia al centro y cogió fuerza en los cafés. Esto empezó cuando lo nombraron jefe del partido liberal. En esa época entraba uno al café con una corbata roja y ¡Zas! Se la cortaban. No podía uno entrar a un café con nada rojo, era peligroso para la vida.

¹⁵ Fue el punto más álgido de la década debido a que entre 1944 y 1946 se prepara el terreno para el fin de los dieciséis años de “República Liberal”. A partir de 1946, y una vez instalado el nuevo gobierno conservador en cabeza de Mariano Ospina Pérez, el conflicto partidista se aviva con toda fuerza. Las elecciones a Senado, Concejos y Cámara de Representantes del año 1947 son una de las más violentas de la década. (Oquist, 1978)

Como al mes de asumir Gaitán el mando, fue cuando en la Catedral al pasar una muchacha con un vestido rojo, la cogieron y con una brocha le pintaron una equis azul en la espalda. En plena catedral!

Comenzó lo de los cafés. Si entraba uno a un café con corbata roja, lo ponían a comérsela, lo hacían arrodillarse a gritar vivas a Laureano.” (José García y Luis Eduardo Ricaurte citados en Alape, 1987, pp. 101-102)

El primer punto explicaría de algún modo las razones que llevaron a que la “insurrección espontanea” del 9 de abril tomara los tintes característicos de la multitud preindustrial. Con la expulsión masiva de campesinos a las ciudades como consecuencia del desarrollo violento del capitalismo industrial en la tradicional agricultura colombiana, los barrios obreros y populares de la ciudad de Bogotá – y de otras ciudades también– recogieron en su seno a muchos de estos campesinos expulsados. Las tradiciones y la cultura de esa gran masa de campesinos asentados en la ciudad contribuyeron a darle ese típico sabor preindustrial a las revueltas nueve abrileñas, por lo menos con gran fuerza en Bogotá.

Según testimonios, en Bogotá, “cuando empezaba la lluvia un indio, como les dicen aquí despectivamente a los de la clase baja, entró a ‘Picadilly’¹⁶ de la octava (...) robó doce paraguas o pares, vi como mojaba el paraguas lo botaba y abría otro nuevo. Fue un

¹⁶ El Piccadilly fue un famoso cabaré de la ciudad en los años 40. Según se relata de allí fue expulsada una extranjera londinense pues “En varias ocasiones se le veía tomando licor con caballeros “distinguidos” en cafés y cabarets de la ciudad como el *Pensilvania* y el *Picadilly*, causando escándalo por las calles en un [...] estado vergonzoso que pugna contra la moral y buenas costumbres de nuestro país”. En: PICO, Roger, (2016) La expulsión de extranjeros perniciosos en Colombia durante los últimos años de la hegemonía Conservadora. Pág. 172. En: Historelo, Vol. 9, No. 17, Enero-Junio de 2017, Academia Colombiana de Historia.

espectáculo bellísimo que nunca se me ha olvidado, siempre lo he tenido en mi memoria. Con un par de alpargatas y los paraguas brinquen (...) yo alcance a recoger uno”.¹⁷

Según se relata, a mediados de la década de 1940 era en las plazas de mercado (sectores ubicados al sur de la plaza de Bolívar, también entre San Victorino, Parque de los Mártires y el entorno de la estación de la Sabana) donde,

La mayoría de los campesinos, provenientes principalmente de la región cundiboyacense, llegaban trayendo consigo, además de las expectativas e ilusiones por la gran ciudad, frutos y víveres, a cambio de los cuales podrían comprar un pañolón o un traje nuevo [...] Otros, en cambio, perdían la brújula en las tabernas y en los comercios y anclaban para siempre en la ciudad; unos se hacían cargueros o limpiabotas, algunos lograban adquirir mercancías en comisión y las revendían, y otros tomaban el camino del hampa [...] Estos comenzaban primero en los más humildes y rudos menesteres y se convertían en peones, para realizar trabajos ordinarios en las numerosas construcciones; pocos lograban progresar y acceder a empleos en hoteles, almacenes o instituciones, y la mayoría terminaban su vejez de forma paupérrima o ‘víctimas de [artera] puñalada. (Carreira, 2019, pág. 257)

La Violencia en este sentido era no solo causa directa del estallido popular de 1948¹⁸, por cuanto el asesinato de Jorge Eliecer Gaitán se dio en el marco de las violentas

¹⁷ Archivo Raúl Alameda Ospina (R.A.O). Fondo fonoteca R.A.O. Biblioteca Andrés Alameda Rubiano. Academia Colombiana de Ciencias Económicas.

¹⁸ Existe un debate alrededor de los límites temporales sobre el periodo historiográfico que puede denominarse como “La Violencia”: algunos autores afirman que empieza con los hostigamientos liberales de los años 30 contra los conservadores; otros, ponen su punto de inicio a partir de la retoma del poder por parte del Partido Conservador en el año 1946; finalmente, están los que denotan el hito fundador de La Violencia con el asesinato de Jorge Eliecer Gaitán en 1948. Gonzalo Sánchez ha enunciado el problema en los siguientes términos: “y de repente se perdía incluso la noción del orden causal de las cosas, puesto que el asesinato de Gaitán que podía considerarse como momento inaugural de la Violencia era también

agresiones entre simpatizantes de ambos partidos (que habían empezado por los menos desde 1930 y se habían acentuado a partir de 1945), sino que además influyó indirectamente en el modo en que tales disturbios tomaron las características de la turba y la multitud preindustrial tanto en lo referente a sus acciones, blancos de ataque y consignas como en su motivaciones e ideología popular.

A través de la expulsión masiva de campesinos La Violencia dotó a la turba nueve abrileña de rostros muy tradicionales del mundo campesino y de formas de protesta propias de esa tradición.

Respecto a la segunda consecuencia de la Violencia es preciso mencionar que no fue menos influyente en los modos en que la insurrección del 9 de abril tomó su rumbo definitivo. De este modo, la Violencia en su arista de “lucha multclasista por el poder”, contribuyó de manera considerable en las formas y motivaciones de la protesta. El hecho de que las multitudes abrileñas hubiesen atacado tanto en Bogotá como en otras ciudades y municipios las sedes de los principales periódicos conservadores se debía al particular ambiente ideológico de la época, es decir, a la Violencia. En el caso de Manizales y Bogotá, fue esta la razón por la cual las muchedumbres saquearon e incendiaron, pero también destruyeron las casas de los principales dirigentes conservadores como Gilberto Álzate Avendaño y Laureano Gómez.

La forma político-partidista de la Violencia, en tanto tradición y herencia incuestionada, eclipsó el carácter multclasista del combate: le dio, más bien, el carácter de “versión tardía de las guerras civiles decimonónicas” del siglo XIX. Aquí radica la razón del fuerte acento político -o prepolítico- en las motivaciones y la ideología de los

el momento culminante de una primera oleada de Violencia que se había iniciado dos o tres años atrás.” (Sánchez, 1990:13)

motines nueve abriños, alejándose de los tradicionales motines por la subsistencia o el desempleo.

Si desde el punto de vista de las transformaciones urbanas la situación para el pobre de la ciudad de Bogotá era a todas luces caótica, en el frente cultural las cosas no eran muy distintas. Tanto desde la perspectiva de la novedosa ideología gaitanista como de la aterradora emergencia de la Violencia, las señales y los indicadores que alertaban sobre las fracturas de finos tejidos que unían el pasado con el presente quebrantados por el progreso hacia el mundo industrial. Una vez más, “es difícil encontrar palabras adecuadas para describir la degradación que el advenimiento de la sociedad industrial trajo al trabajador urbano bogotano y, en general, al trabajador urbano colombiano”. En resumen,

“y desde la óptica del triángulo Hacienda-Iglesia-Partidos, al cual habría que agregar seguramente a estas alturas la fábrica, tanto el cambio social, como el quiebre de viejas jerarquías y la irrupción de nuevos universos simbólico-culturales, eran interpretados no sólo como amenazantes sino incluso como precursores de una era de apocalipsis para Colombia. La incertidumbre parecía convertirse en fatalidad y ello ya resultaba inaceptable.” (Sánchez, 1990, pág. 13)

2.4. Ideología Inherente: el pobre urbano, la ciudad tradicional y El Bogotazo.

“Con la única salvedad del incipiente arte cinematográfico, las diversiones de los bogotanos en estos años del siglo XX no variaban en nada de las que persistieron a lo largo de todo el siglo XIX” (AA.VV, 1988, pág. 85) Y, paradójicamente, era en la más incipiente y moderna “diversión” de los bogotanos donde afloraba el carácter más arraigado y premoderno de sus relaciones. En la sala del cine Olympia, una de las más grandes y modernas de la ciudad,

el telón se ubicaba en el centro del recinto y marcaba la división de la sala del teatro en dos categorías: las sillas que estaban colocadas al frente del telón eran cómodas y mullidas; detrás del telón se hallaba otro conjunto de sillas para ocupar los cuales se pagaban cinco centavos por localidad, esta última era la zona destinada a la guacherna: obreros, artesanos pobres, emboladores, voceadores. (AA.VV, 1988, pág. 134)

Guacherna era la expresión utilizada por los bogotanos de mediados de siglo para definir el variopinto conjunto de hombres y mujeres que hacían parte de las clases bajas, populares o subalternas. En la guacherna¹⁹ estaban los obreros, pero también los grupos más tradicionales de las clases populares: los artesanos, los zorreros, los voceadores, los emboladores, los funcionarios públicos, los estudiantes, los pequeños comerciantes etc.; en últimas, en la guacherna estaban los pobres urbanos, para los que se habían diseñado las peores sillas del salón de cine, “las de detrás del telón”.

Como típica ciudad preindustrial, Bogotá albergaba en sus calles tanto a las novedosas fábricas como a los tradicionales pequeños talleres. Tanto a los obreros industriales como a los pequeños tenderos y artesanos. En consecuencia, en la Bogotá preindustrial de la década de 1940 “los límites entre las clases” no solo no estaban “claramente definidos” sino que dicha tendencia era hasta tal punto generalizada que “desde fines del siglo XIX el *obrero* estaba coligado con el *pobre* tanto en el sentido material como en el espiritual” (Green, 2013, pág. 237)

En consecuencia, “entre los artesanos y otros trabajadores la calidad de *pobre* formaba parte de la imagen del pueblo mayormente, y que *pueblo* significaba *clase trabajadora*.”

¹⁹ El origen del término *guacherna* se encontraba en la distinción, muy popular durante la época, entre los *chachacos* y los *guaches*. Como bien ha descrito Neira, con aquella distinción se “Se perpetuaba así el sistema colonial de castas. Incluso en términos de lenguaje había una gran diferencia entre los 'cachacos', o bogotanos pudientes, y los 'guaches', como se llamaba al pueblo en general.” (Archila, 1993: 59)

(Ibíd., pág. 237) Pero incluso visto así -desde la idea del *pobre urbano* y la *guacherna*-, los límites entre las clases seguían siendo profundamente difusos. De este modo, como ha advertido Mauricio Archila, en aquella época era más factible encontrarse con los “elementos de la construcción de la identidad de clase” más que con las clases propiamente dichas. Así, según la actividad económica o el lugar de emplazamiento dentro de la ciudad, era posible identificar múltiples grupos de trabajadores que, no obstante, se definían ellos mismos como *pobres*, como la *guacherna*. Por ejemplo, para John Green “entre los gaitanistas, no solo los miembros de la clase trabajadora sino también los miembros de la clase media, se referían a sí mismos como *pobres*.” (Ibíd., pp. 237-238)

Una imagen de este particular paisaje bogotano se resumía en el hecho de que, “mientras en otras capitales latinoamericanas los artesanos sufrieron a lo largo del siglo XIX un agudo proceso de proletarización, en Bogotá mantuvieron su presencia tradicional hasta el extremo de que los observadores de comienzos de siglo los identificaban como clase media y a los maestros artesanos como industriales.” (AA.VV, 1988, pág. 189)

2.4.1. Los Obreros

Un primer grupo de pobres urbanos lo constituían esos nacientes obreros asalariados ligados a la inmadura industria bogotana. En términos estadísticos se ha advertido, para Colombia, que

Sólo hasta del censo de 1938 aparecen cifras sobre población asalariada. Antes, lo que figura en estadísticas oficiales es la población económicamente activa (PEA), que incluye obreros propiamente dichos, empleados, trabajadores independientes, campesinos y empresarios. A veces se distinguía entre trabajadores por cuenta propia y los dependientes de un patrón. [...] En el censo de 1938 la PEA fue de 4'487.585 de los

cuales el 74% estaba en actividades agropecuarias, el 11.7% en industria, el 1.7% en actividades extractivas y el 1.4% en transportes. Según las estadísticas históricas del DANE, en ese mismo año había 1'833.692 trabajadores por 'cuenta ajena'. **Al estudiar con cuidado las cifras, que ya permiten distinguir distintas categorías de personal empleado, se puede concluir que el artesanado era el sector asalariado más numeroso. Esta tendencia era ya evidente en las primeras estadísticas de Medellín, en 1905 y 1916, y de Bogotá en los años 10.** Si se toma la categoría censal 'peones y obreros' encontramos que para 1938 la industria manufacturera tenía 150.254, la minería 45.034, construcción 75.255 y transportes 28.806. Lo anterior arrojaría un total de 299.349 'obrerros y peones' en actividades no-agropecuarias. Si agregamos el número de artesanos, aproximadamente unos 350.000, nos daría un total de casi 650.000 trabajadores asalariados urbanos, menos del 10% de la población total. (Archila Neira, 1993, pp. 95-96. El subrayado es propio)

La mayoría de los nuevos obreros asalariados de Bogotá se alojaba, de manera dispersa, en el centro, oriente y sur de la ciudad. Vivían “en habitaciones por lo general de una sola pieza --las 'tiendas'-- o en casas de paredes de barro y techos de paja --las llamadas 'chozas' --. Hacia 1920 existían cerca de 18 barrios de ese estilo, designados según los prejuicios de la época como barrios 'obrerros'.” (Ibíd., pág. 58) Algunos de estos llamados “barrios obreros” siguieron manteniendo ese carácter popular durante la década de 1940; en 1920 se daba cuenta de la existencia de cinco barrios obreros con las siguientes características:

Tabla 3

Barrios Obreros en Bogotá 1920	
Barrio	Descripción
Unión Obrera	Como también se le llamaba a la Perseverancia. Habitado por cerca de mil familias, solo una parte poseía excusados de hoyo; el resto tenía que recurrir a los caños que cruzaban las calles.
Bavaria	Contiguo al anterior, abarcaba las cuadras comprendidas entre las calles 29 y 32, de la carrera 5ª, al oriente. La mayor parte sin acueducto y alcantarillado.
Antonio Ricaurte	Ubicado entre las calles 7ª y 12 y las carreras 23 y 27. Todas las casas disponían de huerto y jardín. El alcantarillado iba por la mitad de la calle, descubierto, pero los vecinos le daban mantenimiento impidiendo la formación de muladares. Poseía una pila.
San Francisco Javier	Perteneciente al círculo de obreros. Ubicado al sur de la ciudad, poseía 96 casas en cuatro manzanas. No tenía ni alcantarillado, pero había cinco excusados públicos y una fuente en la plaza.
Paseo Bolívar	El sector de la ciudad que agrupaba el mayor número de “barrios obreros” era el paseo bolívar, comprendido entre el parque de

la independencia y la plaza del barrio Egipto al oriente incluía más barrios.

En esta área vivían 16.979 personas que ocupaban 2.236 habitaciones y había 4.447 familias, lo cual daba un promedio de dos familias por vivienda. El promedio de renta mensual por cada familia era de \$34 mensuales. La población se componía de 716 empleados, 6.492 obreros, 3.263 empleados del servicio doméstico y 821 desocupados. De los 6.313 niños que habitaban en la zona, solo 1.781 (el 28%) asistía a las escuelas.

(Elaboración propia. A partir de: Fundación Misión Colombia, (1988), Historia de Bogotá. Siglo XX. Tomo III. Villegas Editores. Págs. 18-19-20)

Otra zona de fuerte influencia obrera fue el barrio Centenario ubicado al sur de Bogotá y que fue especialmente construido para la vivienda obrera. También estaban los barrios Santa Inés y Santa Lucía que eran los límites al sur de la ciudad. “De esta forma, para 1948 se hablaba de la existencia de 22 barrios 'obreros' en el sur y de 21 en el occidente de la ciudad mientras los del centro-oriental desaparecían parcialmente.” (Archila Neira, 1993, pág. 58)

La relevancia política de los obreros en Bogotá no era muy destacada hacia mediados de la década de 1940. Como acertadamente ha referido Archila Neira, el “gran peso del artesanado explica, incluso numéricamente, el impacto de sus tradiciones en el conjunto de la clase obrera.” (Ibíd., pág. 96) Si tomamos en cuenta que eran los sindicatos y las

huelgas generalizadas las formas de acción típicas – y más avanzadas- de la moderna clase obrera²⁰, resulta bastante diciente las cifras que al respecto se tienen.

Tabla 4

Sindicatos de la Industria en Bogotá, Medellín y Cali			
Fundados antes de 1944		Fundados entre 1944 y 1947	
Sindicatos	Sindicalizados	Sindicatos	Sindicalizados
25	3.267	61	9.508

(Tomado y adaptado de: MEDINA, Medófilo, La Violencia en Colombia: inercias y novedades 1945-1950, 1985-1988. p. 54. En: Revista colombiana de Sociología, Volumen 1, Número 1, p. 49-76, 1990)

Tabla 5

Número de Huelgas según Sectores Económicos entre 1946-1949										
Año	Agri cultu ra	Mi nas	Industria A sal.	Cons t A rts.	Serv Com un	Gobierno M ag	Trans .	Paros Gener ales	Total	
1946	0	1	5	6	1	4	1	0	4	2
1947	0	3	8	2	1	1	1	0	2	1
1948	1	2	4	1	0	0	2	2	1	1
1949	1	1	3	3	0	1	0	1	3	0

²⁰ Como ha referido Archila Neira “Aunque de ella se habló desde finales del siglo XIX, la primera [huelga] reseñada históricamente fue la de los trabajadores fluviales de Barranquilla en febrero de 1910.” (Archila,1993:215.El subrayado es propio)

(Tomado y adaptado de: ARCHILA NEIRA, Mauricio. & GUZMAN, Álvaro, (1995) ¿Dónde está la clase obrera? Huelgas en Colombia 1946-1990, En: Documentos Ocasionales, Núm. 72. CINEP. Pág. 13)

Tabla 6

<i>Número de Huelgas por Regiones entre 1947-1949</i>										
Año	Bta	C/ca.	Antioq	Atlan	Sdere	Valle	Cauca	Otros	Paros	Total
			.	t.	s.			Dptos	Nales	
1947	1	2	4	2	2	1	0	3	4	19
1948	3	0	2	1	2	2	1	1	2	14
1949	2	1	2	1	1	4	0	1	0	12

(Tomado y adaptado de: ARCHILA NEIRA, Mauricio. & GUZMAN, Álvaro, ¿Dónde está la clase obrera? Huelgas en Colombia 1946-1990, En: Documentos Ocasionales, Núm. 72. 1995. CINEP. Pág. 25)

Entre inicios del siglo XX y hasta 1947 fueron fundados en total 86 sindicatos distribuidos entre Bogotá, Medellín y Cali; en promedio en cada ciudad existía un poco más de 28 sindicatos. En Colombia, que en 1947 contaba con una fuerza de trabajo de 2'945.852 personas, el promedio de trabajadores sindicalizados era aproximadamente de 4,7 %.²¹ En Bogotá, que en 1946 contaba con una población estimada en “medio millón

²¹ Cifra tomada de: DE ROUX, Rodolfo, (1981), Iglesia y sociedad en Colombia 9 de abril de 1948. Funciones sociales y funcionamiento de la institución católica, Inédito, Pág. 36.

de habitantes”²², no era de esperarse que el porcentaje de afiliación sindical fuera más alto que el exiguo promedio nacional.

Incluso, en un panorama optimista, el sindicato más grande desde 1938, la CTC - Confederación de Trabajadores de Colombia-, contaba en 1944 con apenas 120.000 afiliados²³. “En verdad hasta la expedición de la legislación sobre sindicatos en 1931 difícilmente las organizaciones registradas bajo ese nombre podrían ser consideradas como tales.” (Archila Neira, 1993, pág. 225)

Un caso bien ilustrativo de este hecho lo conserva el mismo gaitanismo en sus tempranas etapas. Según se cuenta, en 1934 se había propuesto y debatido la participación electoral del Unirismo y la “convención había sido llamada para considerar esta cuestión, siguiendo una resolución propuesta y aprobada por el Directorio Obrero Departamental Unirista, una unidad laboral de la UNIR en el Departamento de Cundinamarca. Al fin de la convención corrió la voz entre los delegados, en su mayoría campesinos que ‘por primera vez en la vida formaban parte de una organización política.’” (Cordell Robinson, 1976, pág. 76) Los delegados, que se hacían llamar Directorio Obrero, cuando en realidad eran en su mayoría campesinos, demostraban así el carácter preindustrial del obrerismo durante la primera mitad del siglo XX.

Esto explica en buena medida el hecho de que entre 1947 y 1949 se hubieran registrado escasas 45 huelgas. Bogotá fue epicentro de tan solo 6 de esas 45 huelgas. Una prematura tradición de moderna lucha sindical y huelguística se hacía patente en el acervo, la memoria y la mentalidad de los sectores populares de Bogotá.

²² Cifra tomada de: Fundación Misión Colombia, (1988), Historia de Bogotá, Siglo XX, Tomo III, Pág. 25.

²³ MEDINA, *Medófilo*, La Violencia en Colombia: inercias y novedades 1945-1950, 1985-1988. p. 54. En: Revista colombiana de Sociología, Volumen 1, Número 1, p. 49-76, 1990

Además de la lenta transición de Bogotá hacia el mundo industrial, la represión oficial y la cooptación partidista de la década de 1930 también jugaron un papel decisivo en el relativo rezago de los sindicatos y las modernas formas de acción de la naciente clase obrera. Ya desde hace mucho “era cierto el testimonio de un dirigente obrero [...] ‘Hoy por hoy, no existen sindicatos sino pequeños núcleos o fracciones que sostienen el fuego revolucionario de la lucha de clases.’” (Medina, 1990, pág. 37)

En el caso de la cooptación partidista, hacia 1930 la “nueva concepción sindical se traducía también en el tipo de organización que se buscaba construir. Si hasta fines de los años veinte predominaba ese sindicalismo que hemos llamado 'externo' a las empresas, en los años treinta comenzó a insinuarse la organización 'interna' a ella, posteriormente llamada de 'base' por la legislación [...] En todo caso parecía que el proyecto institucionalizador del liberalismo calaba en grandes núcleos de la CTC.” (Archila Neira, 1993, pp. 301-303)

En 1938, por ejemplo, al término del primer gobierno de Alfonso López Pumarejo la “disminución de los conflictos abiertos obreros --13 en todo el año-- y de la agitación campesina, sugieren un éxito en el intento de control estatal de los movimientos sociales.” (Ibíd., pág. 296)

Posteriormente, en la década de 1940 la situación de represión a la organización sindical y obrera no distaba mucho de la de 1920. En consecuencia,

la ofensiva antisindical se desarrolló en varias direcciones entre 1945 y 1950. 1. Ilegalización de las huelgas; 2. Represión militar a manifestaciones obreras principalmente en Bogotá y en Cali. Como resultado de esa represión se producirían víctimas; 3. Ofensiva legal contra la CTC, que fue sometida a demandas entabladas por iniciativa oficial y

cuya personería jurídica fue suspendida; 4. Estímulo a la división de la CTC que se fracciona temporalmente en su VII congreso realizado en Medellín en agosto de 1946; 5. Autorización por parte del gobierno a los despidos de trabajadores, que fueron particularmente numerosos en 1947. (Medina, 1989, pág. 24)

En resumen, la relativa debilidad del movimiento obrero y sindical, así como de sus modernas formas de lucha, pudo haber sido una de las razones por las cuales las jornadas de protesta del 9 de abril de 1948 tomaron ese cariz típicamente preindustrial, es decir, de la *asonada*, el *motín* y la *turba*.

De este modo, ya fuera por el escaso desarrollo industrial de la época o por la represión y la cooptación, “el sindicalismo desapareció como referente simbólico para numerosos sectores urbanos, los cuales quedaron entonces a merced de la confrontación política sectorial partidista.” (Ibíd., pág. 24) La desaparición del sindicalismo y sus formas de lucha como “referente simbólico” para el pobre urbano contribuyó a que este último recurriera a sus tradicionales formas de protesta durante los levantamientos del 9 de abril. En Bogotá se recurrió a la memoria que se tenía de los motines artesanos de 1854 o los motines de junio de 1929. De algún modo, “los ejes de las resistencias popular, sindical y política avanzaron sobre lógicas distintas y a menudo enfrentadas.” (Medina, 1989, pág. 24) Así, “con su debilitamiento extremo desapareció para sectores populares, principalmente urbanos, una referencia política y un factor de identificación.” (Medina, 1990, pág. 56)

Además de la prematura tradición obrera, sindical y huelguística en la década de 1940, hubo otra razón para que las jornadas del 9 de abril se presentaran predominantemente en la forma típica de una turba y no de una huelga o un paro. En este sentido, ni Gaitán ni los gaitanistas se habían interesado en establecer fuertes relaciones con el prematuro

movimiento obrero y sindical. A pesar de que Gaitán había participado en la defensa de numerosas huelgas desde 1928 y mantenía buenas relaciones con algunos sindicatos y organizaciones obreras²⁴, nunca consideró estratégico involucrar al movimiento gaitanista con la lucha sindical. Según ha relatado Pecaut “la hostilidad de Gaitán frente a las organizaciones sindicales existentes, así como su anticomunismo, mantenían a la C.T.C. dentro de la órbita del partido liberal oficial.” (Pecaut, 1973, pág. 209)

En general, Jorge Eliecer Gaitán “se proyectaba con enorme fuerza en el panorama político, pero desenvolvía su acción en una lógica distinta y a menudo enfrentada al movimiento que en el plano gremial impulsaba la CTC.” (Medina, 1990, pág. 56)

Los obreros tuvieron un papel sobresaliente durante los disturbios del 9 de abril en Bogotá, pero solamente como individuos aislados. Por las pautas de conducta de la muchedumbre puede decirse que ni la tradición sindical ni sus formas de acción y lucha fueron las predominantes durante los días de la revuelta abribleña. Fuera de Bogotá, y por la particularidad histórica de cada región y ciudad, hubo lugares donde los sectores obreros y sindicales fueron determinantes en las jornadas del 9 de abril (por ejemplo, en Barrancabermeja). Pero más allá de estos lugares aislados los “paros generales de fines de los cuarenta fueron cada vez más débiles y en los eventos del 9 de abril de 1948 ni la CTC ni el PCC jugaron un papel protagónico.” (Archila Neira, 1993, pág. 416)

2.4.2. Empleados públicos, profesionales y estudiantes: La clase media.

Un segundo grupo de pobres urbanos lo constituían los profesionales, los empleados, los pequeños propietarios y los estudiantes. En general, eran ellos miembros de la “clase media” que por las azarosas consecuencias del turbulento tránsito hacia el capitalismo

²⁴ Durante la campaña a la presidencia en 1946 Jorge Eliecer Gaitán recibió apoyo del “1) Comité de Barberos Gaitanistas; 2) Sindicato Obrero de la Fábrica de Fósforos El Ruiz; 3) Los sastres y barberos de Duitama; 4) Sindicato de Ferrocarrileros de Nariño; 5) Sindicato de Obreros Sastres; 6) Gremio de Choferes de Medellín; 7) Junta de trabajadores de panadería. Entre otros.” (Green, 2013: 251)

industrial habían empezado a identificarse como parte de ese mundo tradicional llevado a la miseria. Según se decía. “entre los gaitanistas, no solo los miembros de la clase trabajadora sino también de la clase media se referían a sí mismos como pobres.” (Green, 2013, pág. 239)

En general, la palabra clase media en Colombia, durante la década de 1940, “agrupaba desde gentes de la alta sociedad venidas a menos hasta artesanos u obreros adinerados, quienes fingían una elevada posición social que no lograban sostener.” (Carreira, 2019, pág. 181) La “exigua” clase media o “habitante de la ciudad con ciertas prácticas urbanas incorporadas” “se concentraba en el altozano de la Catedral o en la calle Real, y en los mismos parques donde concurría la clase alta. En los años cuarenta, la clase media creció y se hizo más visible, lo que generó una intensa apropiación de la mayor parte de espacios públicos del centro de la ciudad, donde se fueron consolidando actividades secundarias y de servicios.” (Ibid., pág. 180) Aunque cabe anotar que buena parte de los empleados y funcionarios compartía su vivienda junto a los segmentos artesanales y obreros. Por ejemplo, en 1920 se sabía que, en el Paseo Bolívar, uno de los sectores más pobres de la ciudad, vivían 716 empleados.

La envergadura política de la clase media era casi irrelevante. Se ha calculado que entre 1936 y 1948 se llegaron a revisar “alrededor de unas 5.000 hojas de vida en varias oficinas estatales y municipales”²⁵. Debido a su naturaleza prematura, exigua e improvisada era identificable más por sus miembros aislados que por la unidad de su clase social. No obstante, hacia mediados de la década de 1930 la clase media intento

²⁵ Dato tomado de: LOPEZ, Ricardo, (2011), “Nosotros también somos parte del pueblo”: gaitanismo, empleados y la formación histórica de la clase media en Bogotá, 1936-1948, Revista de Estudios Sociales, No. 41, pág. 94.

consolidar, siguiendo los pasos de los emergentes sindicatos obreros, su propia forma organizativa. Como lo relata Archila Neira,

Los empleados, por su parte, sufrieron también el impacto movilizador de la Revolución en Marcha y decidieron probar suerte organizándose gremialmente con cobertura nacional, movilizándose simultáneamente por sus conquistas legales. La CTC apoyó decididamente estas movilizaciones, produciéndose un cierto acercamiento entre obreros y trabajadores de 'cuello blanco'. (Archila Neira, 1993, pág. 301)

Por ejemplo, se decía que hacía inicios de la década de 1920 ya existía el “Comité de Acción de la Clase Media Colombiana” con sede en Pasto y “en 1936 se publicó uno de los primeros manifiestos de tal organización.” (López, 2011, pág. 85)

Estos prematuros intentos por consolidarse como una autentica clase social dieron sus frutos en el transcurso de la década de 1940. En 1946, un grupo de empleados públicos, el elemento más numeroso y representativo de la “clase media”, manifestaba su voluntad de adherirse al gaitanismo como sector independiente. Esta adhesión se hacía manifiesta a través de la Organización al Servicio de los Intereses de la Clase Media Económica Colombiana. Dicha organización

recogía varios sindicatos y federaciones de empleados: Federación de Empleados de Bogotá, Cooperativa de Empleados de Bogotá, Sindicato de Empleados de Obras Públicas Nacionales, Federación de Mujeres de Oficina, Sindicato de Empleados de la Compañía de Teléfonos, Sindicato de Empleados de Cundinamarca, entre otros. Ésta no era la única organización política que reivindicaba la clase media. (López, 2011, pág. 85)

Pero resulta significativo mencionar el modo en que esa exigua “clase media” había pretendido consolidarse como clase en relación con otros grupos sociales; incluso, al interior del mismo gaitanismo. Los “empleados” eran quienes más activamente aparecían como representantes de la clase media. Estos empleados se veían como a sí mismos como “aquellos hombres que desarrollan y ejercitan el deseado trabajo mental e intelectual [...] En contraste con ‘aquellos hombres perezosos, irresponsables, que trabajaban en las fábricas’, a los empleados se les consideraba con ‘habilidades para el trabajo mental, con suficiente moralidad, sentido de responsabilidad, bien trabajo, paciencia, razonamiento, lealtad, honestidad y bien espíritu.’” (Ibíd., pág. 92)

La distancia y la superioridad moral con que los “empleados” se mostraban frente a los obreros no solo se hacía manifiesta en la definición que de sí mismos daban sino, también, en la jerarquía y el protagonismo que exigían como adherentes al movimiento gaitanista. Así, los empleados “a través de sus organizaciones políticas, se quejaron constantemente de que su ‘salario no era suficiente’. Insistían en que, dada la situación material, eran ellos, y no los obreros, ‘la clase más sufriendo de la sociedad.’” (Ibíd., pág. 95) Y, además, ellos “veían en el movimiento gaitanista una posibilidad real de lograr un bienestar económico, de acuerdo ‘a las necesidades de nuestra pobre clase media [...] de nuestras obligaciones familiares [...] de nuestra atareada vida de empleados públicos.’” (Ibíd., pág. 95)

Seguramente, esta distancia entre los empleados y los obreros, promovida por los primeros, influyó en el modo en que los unos y los otros se relacionaron. El intercambio de tradiciones políticas se vio probablemente truncado por este hecho ya que, según ellos, “los obreros debían ser liderados por aquellos empleados que tenían la preparación adecuada para la restauración moral de la nación” (Ibíd., pág. 101)

Y, seguramente, dicha distancia influyó en el hecho de que tanto la “clase media” como la “clase obrera” no hubiesen tenido una participación decisiva, como dirigentes, en los levantamientos abribleños. En consecuencia, resulta comprensible que los modos en que mayormente actuaron las *muchedumbres* frente al asesinato de Jorge Eliecer Gaitán y la destrucción de su mundo moral (en Bogotá, la destrucción del mundo moral corrió por cuenta de las transformaciones urbanas de las décadas de 1930 y 1940) fueran propiamente preindustriales, a saber: el saqueo, la asonada, el motín y la destrucción.

En comparación, los empleados y profesionales que se sumaron a los disturbios participaron mayormente en las formas más elaboradas de la protesta que intentaron darle un carácter revolucionario y una dirección. En las Juntas Revolucionarias, por ejemplo, fue mayoritaria la participación de abogados, empleados públicos y políticos profesionales (gaitanistas, comunistas y liberales). En Bogotá las radiodifusoras fueron tomadas y ocupadas en su mayoría por estudiantes. Un hecho bien particular lo constituyen las Juntas Revolucionarias pues fueron compuestas de acuerdo con los esquemas sociales del empleado y la clase media. Se nombraron secretarios, presidentes, inspectores, tesoreros etc. (Sánchez, 1983)

Por ejemplo, a principios de la década de 1940 era generalizada una opinión entre el pobre urbano de Bogotá y simpatizante del gaitanismo; y era que a pesar de que el “gaitanismo reunía tanto a las clases medias como a las bajas” en las movilizaciones gaitanistas ‘nunca asistían los señores de Teusaquillo, Chapinero, que era donde vivía la pequeña burguesía de esa época.’” (Alape, 1983, pág. 55)

El caso de los estudiantes merece una mención aparte. Ya desde principios del siglo XX éstos se habían vuelto especialmente activos en cuestiones de política. Desde 1909 se tenía registro, en Bogotá, de la participación de los estudiantes en las protestas contra el gobierno de Rafael Reyes. Según se cuenta la lucha por la reforma universitaria -que

había empezado como un movimiento de carácter latinoamericano desde 1918, con la promulgación de la Reforma de Córdoba en Argentina- impacto de manera considerable a los estudiantes colombianos e implicó años de agitado debate político, la “tarea fue liderada por la Federación Nacional de Estudiantes creada en 1922, que celebró cuatro congresos en ese decenio: Medellín (1922), Bogotá (1924), Ibagué (1928) y Santa Marta (1930).” (Archila Neira, 2012, pág. 73-74)

Según se ha anotado,

En los años veintes Bogotá vio aparecer una nueva fuerza de gran peso social e intelectual: los estudiantes. El país empezaba a vivir una saludable era de modernidad y bien puede afirmarse que en este proceso los estudiantes eran una dinámica y poderosa vanguardia, entre otras razones, porque la mayoría de ellos eran verdaderas antenas que recogían todas las nuevas corrientes de pensamiento progresista que circulaban por el mundo. En consecuencia, es fácil comprender como el encuentro de estos jóvenes con unas estructuras universitarias arcaicas en grado sumo fuera fuente de agitaciones, huelgas y protesta. (AA.VV, 1988, pp. 99-100)

En 1929, por ejemplo, fueron los estudiantes quienes encabezaron masivas protestas de solidaridad con los huelguistas asesinados en las bananeras y en contra de la denominada “rosca” en la administración de Bogotá. Aquellas jornadas de protesta terminaron con el lamentable saldo de un estudiante (de nombre Gonzalo Bravo) asesinado en medio de la refriega. El mismo Jorge Eliecer Gaitán, en su época de estudiante de derecho en la Universidad Nacional, había mostrado el carácter políticamente activo de este segmento de los pobres urbanos. Así, con “un grupo de compañeros organizó el llamado Centro Universitario para la Propaganda de la Cultura,

cuyo propósito era ofrecer un programa de educación adulta a los líderes locales en las provincias cercanas a Bogotá”. (Cordell Robinson, 1976, pág.51)

El espacio que la exigua clase media había escogido como su lugar representativo en Bogotá fue el *café*. En efecto, “el café fue un centro de sociabilidad de los sectores medios urbanos, pues la clase alta tenía los clubes, donde se creaban y reforzaban lazos políticos, sociales y económicos.” (Carreira, 2019, pág. 189) Ya desde la década de 1920 “Bogotá paso del chocolate al té y entro a la Modernidad disfrutando del café.” (Ibíd., pág. 187) De a poco los *cafés* se convirtieron en “un universo. Alrededor de pequeñas mesas se reunían poetas, estudiantes, ganaderos o políticos, en grupos que configuraban especies de archipiélagos casi pegados unos a otros, en los que a veces la oratoria y la poesía se daban la mano.” (Ibíd., pág. 189) Algunos de los cafés más concurridos en la década de 1940 por los empleados, políticos profesionales y estudiantes eran los siguientes:

Tabla 7

Cafés en Bogotá en las Décadas de 1940 y 1950	
Nombre	Ubicación
Adamson	Calle 4 n.º 6-76
Alfárez	Calle 12 con carrera 9
Asturias	Calle 14 n.º 6-92
Bogotá	Carrera 7 n.º 12-38
Bucana	Carrera 7 entre carreras 13 y 14
El Automático	Avenida Jiménez n.º 5-61, después pasó a ser local del pasaje que comunica el parque Santander con la cerrera 5 (calle 18)
El Avión	Carrera 7, entre la calle 14 y la avenida Jiménez

El Cisne	Carrera 7 con calle 26
El Gato Negro	Carrera 7 n.º 14-27
San Moritz	Calle 16 n.º 7-91
Pasaje	Carrera 6 A con avenida Jiménez, pasaje Santafé
Imperial	Carrera 7 n.º 13-52
Inca	Calle 15 n.º 4-54, edificio <i>El Espectador</i>
Luis XV	Calle 13 n.º 8-36

(Tomado y adaptado de: CARREIRA, Ana María, (2019), La conquista del espacio público en Bogotá (1945-1955), Universidad Nacional de Colombia, Pág. 365)

Pese a que la cultura, la tradición y la ideología inherente de la clase media podía ser más avanzada que la de sus coetáneos obreros, artesanos y demás pobres urbanos, aquello no garantizaba ni una adhesión definitiva, ni una participación eficaz en los levantamientos espontáneos de la muchedumbre urbana. En efecto, durante los motines del 9 de abril de 1948 puede decirse que su participación fue más bien marginal. A excepción de algunos estudiantes, empleados y trabajadores asariados “durante el asesinato de Jorge Eliecer Gaitán, los cafés se convirtieron en ‘miradores’ desde donde los parroquianos observaron el magnicidio y los actos inmediatamente posteriores, pues todo el mundo bullía por la carrera 7.” (Carreira, 2019, pág. 198)

Los cafés y su asidua clase media no fueron protagonistas activos de los disturbios nueve abrileros, más bien, fueron limitados espectadores. Solo “algunos participaron mirando desde dentro, otros salieron a ver lo sucedido y otros corrieron a pregonar la noticia o intentaron ayudar al herido, como el caso de una muchacha del café que ‘velozmente acudió con un vaso de agua para el herido, quien ya no estaba en condiciones de aceptar un sorbo.’” (Ibíd., pp. 198-199) La ausencia generalizada de este segmento de

los pobres urbanos, al igual que la ausencia de los obreros sindicalizados, contribuyó al hecho de que los acontecimientos del 9 de abril tomaran la forma de una típica Turba preindustrial. Algunos escasos elementos de la ideología derivada de la clase media fueron movilizados durante los motines del nueve. Por ejemplo, fue un estudiante del Instituto de Economía de la Universidad Nacional quien puso a circular entre la turba la famosa consigna ¡A Palacio!²⁶, una vez que se habían llevado el cuerpo languideciente de Jorge Eliecer Gaitán hacia la Clínica Central.

2.4.3. Artesanos, voceadores, emboladores y desempleados.

Según se dice “la clase baja se dividía entre un proletariado radicado en los suburbios industriales y aquellos no integrados a la sociedad normalizada que se localizaban en rancheríos.” (Carreira, 2019, pág. 182)

Aquellos sectores no “integrados a la sociedad normalizada” o, más bien, resistentes a la entrada del capitalismo industrial los constituían las clases sociales más tradicionales de Bogotá. Entre aquellos se encontraban los artesanos y los oficios independientes como el de los voceadores de periódicos, los emboladores, los maestros artesanos o “empíricos”, ebanistas, zapateros, relojeros, y una larga lista de oficios que sobrevivían a la explosión de las fábricas y al avance de la sociedad industrial.

Pese a que podían ser considerados los grupos sociales más tradicionales y típicos de la urbe preindustrial poseían un acervo cultural y una tradición política bastante amplia. Un ejemplo muy peculiar lo ofrecen los voceadores de periódicos cuyo trabajo consistía en recorrer la ciudad de Bogotá al ritmo de melodiosos gritos que ofrecían el periódico y las noticias del momento. En 1922 se registraba la existencia de un “Sindicato de Voceadores de Periódicos” que aparecía como uno de los sectores más activos en la

²⁶ Archivo Raúl Alameda Ospina (R.A.O). Fondo fonoteca R.A.O. Biblioteca Andrés Alameda Rubiano. Academia Colombiana de Ciencias Económicas.

celebración del tradicional primero de mayo. Un panorama de la situación social de estos sectores evidenciaba, desde muy temprano, un alto grado de organización y tradición política. Entre 1919 y 1920 se tenía registro de la existencia de asociaciones gremiales y políticas de muchos de estos oficios, influenciados por el Partido Socialista. Existía el

“Gremio de Albañiles; Gremio de alfareros; Gremio de canteros y picapedreros; Gremio de carpinteros y ebanistas; Gremio de costureras; Gremio de dulceros y galleteros; Gremio de herreros y mecánicos; Gremio de latoneros y plomeros; Gremio de linotipistas y tipógrafos; Gremio de matarifes; Gremio de peluqueros y barberos; Gremio de pintores; Gremio de sastres; Gremio de voceadores y limpiabotas; Gremio de talabataleros; Sociedad comercial de zapateros” (Vega Cantor, 2002, pp. 139-140)

Esto no era de extrañar pues según se dice

para los años veinte las antiguas sociedades mutitarias, los clubes políticos del artesanado e incluso sociedades secretas teosóficas o espiritistas, sirvieron de albergue para que los primeros asalariados expresaran su descontento con el orden vigente. En la práctica ellas se fueron transformando en sus organizaciones de defensa, o fueron generando agrupaciones coyunturales para atender los conflictos laborales. La rica tradición cultural y política de muchas sociedades artesanales les permitió jugar ese papel. Por ello era común encontrar que la Sociedad 'Obrera' de un municipio, integrada por artesanos y asalariados, fuera la que presentara las peticiones de los trabajadores en conflicto. (Archila Neira, 1993, pág. 226)

Desde 1920 las zonas donde habitaban estos grupos tradicionales parecían seguir teniendo la misma pauta de asentamiento: el eje centro-oriental y suroriental de la ciudad

era donde tenían su morada la mayoría de los pobres urbanos de la ciudad. Una radiografía de los barrios populares en la década de 1940 la ofrecía el mismo movimiento gaitanista. Según se cuenta, durante la campaña presidencial de 1946 “Gaitán había dicho que se tenía que organizar el movimiento por cuadras, por manzanas; las ordenes no podían ser generales sino por cuadras y cada cuadra tenía que tener un capitán. Así se organizaban las manifestaciones y así se hizo la Marcha de Antorchas.” (Alape, 1983, pág. 49)

Luis Eduardo Ricaurte recordaba que, en Bogotá, a mediados de la década de 1940, el “barrio tenía su comité y entre cinco y diez barrios formaban una zona, la zona tenía también sus comités de zona.” Los barrios populares llegaron a tener hasta quince zonas, las “zonas principales eran las de los barrios altos: La Perseverancia, Los Laches, Belén, Egipto, Las Cruces, el 20 de Julio, San Cristóbal, los barrios más aguerridos. Otros más flojos eran Independencia, San Diego, Bavaria.” (Ibíd., pág. 50)

Resulta llamativo el hecho de que algunos de estos activos barrios gaitanistas habían sido morada de los más antiguos pobres urbanos de la ciudad. En 1920 La Perseverancia era conocido como el Barrio Obrero y “había sido habitado por cerca de mil familias, solo una parte poseía excusados de hoyo”. El barrio Bavaria, que era contiguo a La Perseverancia, seguía manteniendo su mismo nombre desde 1920 y “abarcaba las cuadras comprendidas entre las calles 29 y 32, de la carrera 5ª, al oriente. La mayor parte sin acueducto y alcantarillado.”

José García, un habitante y destacado líder gaitanista del barrio La Perseverancia, comentaba que “un sector del sur que marcaba la pausa era las cruces; de las cruces hacia el sur salían las órdenes y la organización. Y de la parte oriental de Bogotá era La Perseverancia”. (Citado en Alape, 1983, pág. 51)

Otra importante sector con influencia de grupos tradicionales, “conformado por la plaza de mercado (antiguo mercado de la Concepción), San Victorino, parque de los Mártires y el entorno de la estación de la Sabana, donde “se aglomeraban los vagos, las prostitutas, los campesinos, los truhanes y maleantes, y los trabajadores y obreros, habitantes ubicados en el cerro, era el espacio de la ciudad donde podían reconocerse, sentirse incluidos, y encontrar algún contacto para un acomodo y hasta algo de distracción, de entretenimiento, de olvido a su dura y miserable existencia.” (Carreira, 2019, pág. 269)

Según se ha comentado, en los contornos de la plaza de mercado los “personajes que circulaban por este sector eran los llamados ‘buscones’; ‘los vagos, los que vivían anclados en este mundillo absurdo, torpe, sórdido, miserable, del mercado y de sus inmediaciones’”. (Ibíd., pp. 266-287) En general, los contornos de la plaza habían sido ocupados por pequeños mercaderes y vendedores. Todo un ambiente popular.

Los ricos de la ciudad habían escogido los *Clubes*²⁷ como su habitual lugar de esparcimiento; la clase media había hecho lo mismo con los *Cafés*. Los artesanos, campesinos, voceadores, emboladores, algunos obreros y en general los sectores más tradicionales de la ciudad se habían refugiado en las tradicionales *Chicherías*. En la década de 1940 los ricos pensaban que “aquellas eran el símbolo del atraso y la promiscuidad de las clases bajas y de la ‘raza’ indígena, es decir, era la ciudad ‘invisible’. La chicha y las chicherías encarnaron la ‘mugre’ que había que esconder de la sociedad.” (Ibíd., pág. 205)

²⁷ Los Clubes más famosos y más asiduamente visitados por las clases altas entre 1945 y 1955 eran: A) Anglo American Club (Carrera 7 n° 16-71); B) Español (Calle 14 n° 9-64); C) Gun Club (desde 1926) (Calle 16 n° 7-76); D) Jockey Club (desde 1926) de Bogotá (Carrera 6 n° 15-18); E) Medico (desde 1897) (Calle 16 n° 6-68); F) San German (Calle 13 n° 6-68). (Carreira, 2019: 369)

En 1912, por ejemplo, existían “750 expendios de chicha” y se registró que ese año “vendieron 225.000 pesos oro del mefítico licor, con lo cual siguieron en apreciable ventaja sobre las sumas de las ventas que realizó la industria cervecera.” (AA.VV, 1988, pág. 166) De este modo, las chicherías y sus asiduos moradores daban a Bogotá. Todavía a mediados de la década de 1940,

Existían chicherías por toda la ciudad y se ubicaban generalmente en los arrabales y cerca a los mercados públicos, sitios a donde acudía la población rural [...] estos lugares eran los espacios de reunión de las clases populares y allí se reproducía el mundo pagano de la ciudad [...] para muchos, estos sitios no existían, pues uno de los sectores en donde se aglutinaban las chicherías, el paseo Bolívar, ni siquiera aparecía en los mapas oficiales. (Carreira, 2019, pág. 208)

Además de haber pasado de ser “una bebida ceremonial en la época prehispánica a ser una bebida alcohólica”, la chicha y el ritual alrededor de su consumo eran el indicador de la mentalidad del pobre urbano y de los sectores más tradicionales frente a los embates que implicaba el nacimiento de la sociedad industrial. Según se comenta era “el rito colectivo, ancestral, muy arraigado entre la población de tomar la chicha en totumas y hacerla circular, como una manera de rebelarse contra la tendencia a la individualidad promovida por la sociedad moderna.” (Ibíd., pág. 206) Los lugares predilectos del pobre urbano para beber la milenaria bebida a mediados de la década de 1940 eran los siguientes:

Tabla 8

Zonas de Chicherías en Bogotá, Década de 1940	
Nombre	Ubicación

Anolaima	Calle 18 con carrera 17
La Concordia	Calle 18 con carrera 17
Pluma Libre	Calle 18 con carrera 17
El Progreso	Barrio Belén
La Bélgica	Barrio Belén
Varias	Barrio Egipto
Varias	Barrio Las Cruces
Varias	Paseo Bolívar
El Faro	Calle 22 próxima a la fábrica de vidrios
	La Fenicia
Luna Park	Calle 22
Tres Estrellas	Calle 22
Varias	Calle 1 en el Barrio San Cristóbal
Varias	Calle 10 en San Victorino
Varias	Carrera 13

(**Tomado de:** CARREIRA, Ana María, (2019), *La conquista del espacio público en Bogotá (1945-1955)*, Universidad Nacional de Colombia, Pág. 366)

La mentalidad, la cultura cotidiana y la ideología inherente de la guacherna bogotana poseen, acaso, evidencias y huellas más dispersas que las de sus contemporáneos obreros o empelados. En diciembre de 1947 el diario *El Tiempo* opinaba agresivamente sobre uno de los aspectos culturales que más le inquietaban del mundo cotidiano y tradicional de la guacherna. En relación con la música y los cantos populares del pobre urbano, dicho diario “deploraba la vulgaridad del porro, al que los gaitanistas habían popularizado y politizado [...] deploraba la obsesión con la comida, en particular con la carne de cerdo, en las estrofas de los porros.” (Carreira, 2019, pág.298) Además del “Porro” era famoso entre el pobre urbano de Bogotá escuchar la “Rumba Criolla”, el “Pasillo” y la “Conga”.

Seguramente muchas de esas “Rumbas” eran escuchadas en las asiduas chicherías. Una de esas “Rumbas Criollas” relataba las preocupaciones del pobre urbano a mediados de la década de 1940. Se cantaba

La vida en la capital,
Se pasa como soñando,
Sin tener un dineral,
De todo se va gozando,
¡Que mujeres! ¡Que Bullicio!
Cuanta alegría me da,
Y el que no tiene oficio se dedica a enamorar.²⁸

A pesar de la degradación que las transformaciones urbanas de la década de 1940 habían traído al pobre urbano, para aquel eso no constituía aun, a principios de esa década, un grave problema, porque “sin tener un dineral el pobre urbano de todo podía gozar”. Al parecer, los límites morales y las tensiones sociales de la ciudad se encontraban en otro lugar. Otra rumba criolla de la época relataba un aspecto muy particular de la cotidianidad de la ciudad, previo a los levantamientos nueve abriños. Se cantaba

Allá en Bogotá,
Una loquita que lleva siempre vestido rojo,
(...)
La política es siempre tema que va tratando,
Pues es muy roja,
(...)
Que viva los rojos,
Dice Margarita,
Que mueran los godos,
Ella siempre grita²⁹

Al parecer era la política -o prepolítica- partidista la que, como consecuencia de la generalización de La Violencia, constituía uno de los indicadores de la gran tensión social

²⁸ “Por Vivir En Bogotá” (Rumba Criolla) Autor: Milciades Garavito Wheeler – Canta: Luis Carlos Meyer. En: Orquesta Garavito, La música colombiana de los años 40. Disponible en: <https://www.youtube.com/watch?v=5mbNSnqRFR8>.

²⁹ “La Loca Margarita” (Rumba Criolla) Autor: Milciades Garavito Wheeler – Cantan: Gabriel Viña Garavito - María Del Carmen Garavito En: Orquesta Garavito, La música colombiana de los años 40. Disponible en: <https://www.youtube.com/watch?v=5mbNSnqRFR8>.

de la urbe preindustrial. Y era así por cuanto las adhesiones político-partidistas funcionaban desde hace mucho como tradición cultural prepolítica. Era hasta tal punto la política y La Violencia un factor de fuerte tensión social en la mentalidad del pobre urbano, que en 1947 si se “entraba a un café con corbata roja, lo ponían a comérsela.” Este hecho explica en buena medida porque la destrucción, el saqueo y el motín de la muchedumbre bogotana se dirigieron contra los símbolos del rico, pero fundamentalmente contra los de los representantes del Partido Conservador a quienes se acusaba por el asesinato de Jorge Eliecer Gaitán.

Los personajes más curiosos de la cotidianidad popular, como la loca Margarita, y los cantos populares alrededor de ellos solo confirmaban el hecho de que a diferencia de otros fenómenos de multitud o muchedumbre preindustrial, en Bogotá -y en Colombia en general- las reacciones contra el advenimiento de la sociedad industrial no se dieron en el orden inmediato de la asonada, las revueltas por el hambre o los estallidos contra el desempleo sino que en ellos medió una larga tradición político-partidista que terminó manifestándose en la forma de una “versión tardía de las guerras civiles”.

Pero el hecho de que durante la década de 1940 los estallidos de la turba estuvieran asociados en su mayoría a elementos del orden político o partidista, no quería decir que en ellos no subsistieran los clásicos reclamos por el hambre o la carestía de la vida. Era un hecho, en la década de 1940, que Jorge Eliecer Gaitán el “caudillo” “bregaba a nombre de los consumidores, los trabajadores y los pequeños propietarios, apremiando al Gobierno para que tomara medidas contra el alto costo de la vida.” (Green, 2013, pág. 358) Como se ha señalado, una de las causas del Bogotazo se debía al hecho de que

En 1948, la situación de los precios de los víveres, la cual ya era bastante grave, empeoro. Un terrible verano, que produjo restricciones en el suministro de agua y energía eléctrica, estuvo acompañado de fuertes heladas. Durante marzo de 1948 la Sabana amanecía bajo capas de escarcha que quemaban los pastos y los

cultivos. A esto se sumó la inminente realización de la Conferencia Panamericana, pretexto que usaron los acaparadores para justificar las alzas [...] Estos dos meses de marzo y abril fueron los más caros [...] Es necesario recordar que al tiempo que los precios crecían en los niveles ya señalados, los salarios reales tendían a descender, situación que tuvo su incidencia en los sucesos de abril de 1948. **Ciertamente no fue la causa principal, pero si contribuyo a la polarización de los enfrentamientos.** (AA.VV, 1988, pág. 196. El subrayado es propio)

Con toda la justicia del caso, Hobsbawm y Rudé afirmaron que “los seres humanos no reaccionan ante el aguijón del hambre y la opresión según cierta pauta automática de respuesta que los lleva a rebelarse. Lo que hacen, o lo que no hacen, depende de su situación entre los seres humanos, de su medio ambiente, cultura, tradición y experiencia.” (Hobsbawm & Rudé, 2009, pág. 69) Sin más, vale la pena revisar por último otros aspectos relevantes de la ideología inherente del pobre urbano. Esa “especie de leche materna ideológica basada en la experiencia directa, la tradición oral o la memoria colectiva”.

En general y

como es natural, los medios de transmisión de estas ideas nuevas eran distintos en cada país; pero, desde luego, en todos ellos era mucho lo que dependía del nivel de alfabetización del pueblo llano [...] Pero el más omnipresente era la palabra hablada, que podía transmitirse a través del pulpito, el ejército o las reuniones de puritanos elegidos [...] Así fue como, de una u otra manera, estos conceptos ‘derivados’ quedaron injertados en los conceptos y creencias ‘inherentes’ y la nueva ideología popular tomo la forma de una amalgama de ambos tipos de concepto. No es de extrañar

que el proceso fuese más rápido en las ciudades que en los pueblos. (Rudé, 1981, pp. 43-44)

La situación de la educación en Bogotá no era muy alentadora. Según han comentado algunos historiadores “debido a la cuantiosa migración que se volcó sobre Bogotá, por las causas ya anotadas, hacia finales de los cuarenta el déficit de escuelas se tornaba alarmante.” (AA.VV, 1988, pág. 139) Hacia 1938 en Colombia “el 56% de la población era analfabeta.”³⁰ A pesar de ello, la prensa bogotana había destacado en 1936, durante la celebración de la primera Feria del Libro de Bogotá, el que “un embolador se había gastado cuatro pesos en libros; había adquirido un tratado de interpretación de los sueños, Así hablaba Zaratustra e iniciación al materialismo dialectico.” (Ibíd., pág. 136) No resulta tan extraño el hecho de que el pobre urbano tuviera acceso a medios culturales como los libros pues se decía que a mediados de la década de 1940 era posible conseguir “libros a 30 centavos, 50 centavos, libro caro de un peso.”³¹

Pero al parecer, los periódicos y la prensa gaitanista no surtieron tanto efecto en la formación ideológica de los grupos más tradicionales del movimiento. Tanto *Unirismo* como *Jornada* habían penetrado sobre todo en los grupos de profesionales, estudiantes y empleados que, a causa de su misma situación social, tenían la oportunidad de gastar, por ejemplo, el 8% de su salario en periódicos y revistas; o dedicar el 21% de su salario a la instrucción para sus hijos.³²

³⁰ Cifra tomada de: HELG, Aline, (1987), La educación en Colombia, 1918-1957, Una historia social, económica y política, CEREC, Págs. 197-198.

³¹ Cifra tomada de: Archivo Raúl Alameda Ospina (R.A.O). Fondo fonoteca R.A.O. Biblioteca Andrés Alameda Rubiano. Academia Colombiana de Ciencias Económicas.

³² Cifra tomada de: LOPEZ, Ricardo, (2011), “Nosotros también somos parte del pueblo”: gaitanismo, empleados y la formación histórica de la clase media en Bogotá, 1936-1948, Revista de Estudios Sociales, No. 41, pág. 97.

Más significativo resulto ser el uso de la radio como medio de formación ideológica para los sectores más tradicionales. La radio llegó a Colombia en 1924 y la importación de esos aparatos tecnológicos “alcanzo la cifra de 80.000 unidades”³³ entre 1940 y 1943. Según se cuenta,

Uno de los medios más innovadores empleados por los gaitanistas fue la radio, que resultó ser altamente efectiva a la hora de difundir el mensaje de la movilización y también permitió que los líderes ejercieran considerable control desde Bogotá sobre el contenido de las comunicaciones. Gaitán le dio una atención minuciosa al proceso de formación ideológica a través de las transmisiones radiofónicas, y sus charlas semanales por la radio *-los viernes culturales-* se escuchaban por toda la república. (Green, 2013, pág. 347)

En Bogotá, por ejemplo, no solo había radios en “las casas, las tiendas y las oficinas” “sino que también era habitual la asistencia de un numeroso público a las instalaciones de las diferentes emisoras a ver en vivo sus programas.” (Carreira, 2019, pág. 226) Para 1948 “existían en total doce radiodifusoras comerciales y una nacional en Bogotá: La Voz de Colombia, La Voz de Bogotá, Ecos del Tequendama, Radio Continental, Radio Cristal, Ondas de los Andes, Emisora Suramericana, Radio Mundial, Voz de la Víctor y Emisora Panamericana.” (Ibíd., pág. 226) Sin duda, fue por medio de la radio que las muchedumbres añadieron a su vocabulario tradicional frases como ‘abajo la oligarquía liberal y conservadora’, “¡A la carga!” o “País político y país nacional”.

Pero como es natural, existían algunos espacios y medios más cotidianos de donde los artesanos, los emboladores, los voceadores y los grupos más tradicionales obtenían sus

³³ Cifra tomada de: Fundación Misión Colombia, (1988), Historia de Bogotá, Siglo XX, Tomo III, Pág. 138.

ideas acerca de la política y donde alimentaban su sentido común. La chicha y las chicherías, por supuesto, fueron dos importantes medios de transmisión ideológica pues ahí era regla “tomar la chicha en totumas y hacerla circular, como una manera de rebelarse contra la tendencia a la individualidad promovida por la sociedad moderna.” Como sugerían Hobsbawm y Rudé para el caso de la Inglaterra del siglo XIX “Era natural que en la posada [y las chicherías], centro natural de reunión y discusión, empezasen muchos de estos movimientos.”

Además de la radio, los periódicos, la palabra hablada en la plaza pública y los intercambios cotidianos en las chicherías, el pobre urbano tenía una fuente adicional que aportaba a la constitución de su ideología inherente. La “memoria colectiva” de las antiguas resistencias populares al “aguijón del hambre y la opresión”. Sus creencias, su concepciones del mundo, la memoria y la tradición constituyeron el principal medio al que la multitud nueve abrileña acudió en busca de modos y medios que les permitieran hacer frente a la inminente destrucción de su mundo moral consecuencia de las transformaciones urbanas de las décadas de 1930 y 1940, el auge de La Violencia y el desconcierto por la muerte del político liberal Jorge Eliecer Gaitán.

En Bogotá, por ejemplo, ya desde 1909 se tenía registro de protestas del pobre urbano contra los primeros “ensayos modernizantes”. Se decía que los levantamientos del 13 de marzo de 1909 habían tenido su origen en la resistencia a esos “ensayos” que el gobierno de Rafael Reyes había emprendido de manera violenta a través de medidas autoritarias como la “prorroga del periodo presidencial de Reyes a diez años, la llamada ley de alta policía, la pena de muerte por delitos políticos, la censura de la prensa.” (Medina, 1984, pág. 23) Además, se ponía un fuerte acento en el rechazo a los tratados firmados por Reyes con Estados Unidos y Panamá. Algunos de los grupos que estuvieron a la cabeza

de la protesta durante las jornadas de marzo de 1909 fueron en su mayoría estudiantes y artesanos.

En las protestas de 1909 habían prevalecido, como también sucedió en el 9 de abril de 1948, “los ataques a las sedes de varios periódicos, las casas de algunos magistrados conocidos por sus simpatías con el gobierno y la sede arzobispal.” (Vega Cantor, 2002, pág. 190) La alusión a las formas y los blancos de la protesta no se hace con el simple ánimo de asimilar dos hechos históricos muy distantes en el tiempo y, acaso, muy diferentes en su lógica interna. La comparación, por ejemplo, entre las protestas de 1909 y los motines del 9 de abril de 1948 busca, más bien, hacer manifiesto la idea según la cual “entre las creencias inherentes de una generación, y formando parte de su cultura básica, se encuentran numerosas creencias que originalmente fueron sacadas de fuera por una generación anterior.” (Rudé, 1981, pág. 34-35)

Una mirada más atenta al desarrollo de la *ideología inherente* del pobre urbano en el siglo XX permite iluminar este hecho.

Tabla 9

Evolución de la Ideología Inherente de la Guacherna (1909-1945)				
Fecha	Ideología o motivos de la protesta	Composición de la multitud	Formas de acción/ Consignas	Aspectos relevantes
12, 13 y 14 de marzo de 1909	“Contra el gobierno de Rafael Reyes -gobierno del Quinquenio- y los tratados firmados con Estados Unidos y Panamá que tenían un fuerte acento imperialista.” “Los estudiantes fueron motivados, especialmente, por la exigencia de reforma del plan de estudios y contra la dictadura de Reyes.”	“Estudiantes y artesanos.” “Al mencionar a estudiantes y artesanos se han identificado a la cabeza de la protesta”	Espontaneas. “Realización de mítines, en los cuales, sin embargo, se había producido la detención de estudiantes”. “Fueron atacadas las imprentas de los periódicos La Prensa, El Nuevo Tiempo, El Correo Nacional y El Porvenir; son apedreadas las casas de algunos magistrados, El	“Como sucede frecuentemente en Colombia, en este tipo de levantamientos espontáneos, se planteó la necesidad de un <i>cabildo abierto</i> en el cual comisiones de ciudadanos notables asumieran la dirección de la cosa pública”. “Las masas que protagonizaron los hechos

			Palacio Arzobispal, a la vez que se lanzaban gritos ofensivos contra el arzobispo”.	del 13 de marzo no agitaban un programa revolucionario ni un plan de reformas”.
8 de marzo a octubre de 1910	“Contra el castigo que un postillón del tranvía infringió a un niño. Por el pésimo servicio prestado por la compañía del tranvía y porque esta era de capital estadounidense.”	“Habitantes de Bogotá. Sin distinción de clase.”	Esponaneas. “El boicot al tranvía. El boicot estaba orientado hacia la finalidad esencial de acabar con el control estadounidense en la empresa y presionar al Municipio para que la adquiriera”.	
20 de julio de 1911	“Las personas que asisten a una corrida de toros	“Artesanos y habitantes de los barrios populares.	Esponanea. “¡Abajo la policía!	“9 personas mueren y 10 quedan heridas.”

	protestan por la pésima calidad de los toros. Empiezan a silbar y algunos desarman los tendidos. Se origina un enfrentamiento entre los asistentes y la policía”.	Vecinos de la Plaza de Toros”.	¡Muera la policía!” “La población es atacada a mansalva por la policía, que usa armas de fuego, a las afueras del Circo de Toros.” “La gente resiste con palos y piedras.”	
Octubre de 1916	“Contra la determinación del Ferrocarril de la Sabana de realizar una gran importación de puertas y ventanas que, según los artesanos de la ciudad, ellos podían fabricar en buena calidad.”	Artesanos.	Sin información.	Sin información.

16 de marzo de 1919	“Los artesanos, en su mayoría sastres, protestan por la orden presidencial de comprar uniformes y zapatos en el extranjero para el ejército colombiano, para la celebración del primer centenario de la independencia nacional.”	Artesanos.	“La multitud ataca 20 almacenes y un grupo corta la luz de la ciudad. Se arengaba “Abajo el presidente, Viva el Socialismo, Viva el bolchevismo, Viva la revolución, Puñal y Dinamita, El pueblo tiene hambre.”	Uno de los líderes de la “marcha artesanal reivindicativa” es Jorge Eliecer Gaitán.
21 al 24 de agosto de 1923	“La elevación de los impuestos a las chicherías hace que los dueños de estos establecimientos aumenten	“Artesanos, habitantes de los barrios, mujeres pobres.”	“Hombres y mujeres atacan 30 chicherías en diversos puntos de la ciudad. Son destruidas los locales de las chicherías y los	“Al final, los expendedores deciden rebajar los precios de la chicha.

	los precios de venta al público.”		implementos donde se guardan la chicha. Algunas mujeres intentan introducir en los barriles repletos de chicha a los dueños de los expendios”.	Típico motín de subsistencia”.
6 al 9 de junio de 1929	“La destitución del alcalde de la ciudad Luis Augusto Cuervo, quien previamente había destituido a los gerentes del Tranvía y del Acueducto, miembros de la rosca.”	Estudiantes, habitantes de los barrios, artesanos, sectores de la elite.	“Protestas espontaneas de la ciudad”. “Para las 8 de la noche en el lugar más céntrico de la capital, en la calle 13 con carrera 7ª. “De pronto, espontáneamente, sin previo acuerdo [...] se inició una manifestación que tenía por objeto mostrar la simpatía de	La protesta urbana genero formas organizativas. A la multitud se dirigen Manuel Ciales y Jorge Eliecer Gaitán. La protesta no desborda aun los marcos de una sociedad rígidamente estratificada. La protesta evoca, vagamente, por

			toda Bogotá al Doctor Cuervo por el gesto altivo y de independencia civil que tuvo y protestar enérgicamente contra la rosca”. “A los gritos de “abajo la rosca”, “hay que salvar a Bogotá”, diez mil personas participaron en la manifestación”.	algunas de sus características, las pautas de conducta de la turba en los tiempos coloniales, cuando el descontento popular buscaba el compromiso de los “vecinos notables”, de los criollos que tenían asiento en el cabildo.
1 de mayo de 1936	“Ante la reacción y los duros ataques conservadores a la reforma constitucional promovida por el presidente Alfonso López Pumarejo “el	“Las consignas reflejaban bien la amplitud social de la manifestación. En ellas se recogieron desde las reivindicaciones obreras	Las consignas agitadas por los manifestantes definen bien el carácter de la manifestación del primero de mayo de 1936. Según	Carácter multclasista y tradicional de la “marcha reivindicativa”.

	movimiento sindical, el partido comunista y demás sectores populares acordaron convertir la celebración del Primero de Mayo en una gran movilización de masas encaminada a notificar a la reacción y a brindar apoyo a la realización de las reformas”.	hasta las demandas específicas de los barrios. Artesanos, obreros, campesinos y estudiantes.	testimonio de la prensa las pancartas principales fueron: “Viva la unidad sindical”, “Apoyemos la reforma constitucional”, “Las delegaciones campesinas saludan al doctor Alfonso López”, “Con López, contra la reacción clerical conservadora” “Pedimos que se urbanicen los barrios altos para sus actuales habitantes”, “Pedimos mejoras de salarios y garantías”	
5 de mayo de 1946	“Ante la disputa interna del Partido Liberal,	Gaitanistas: que eran en su mayoría artesanos,	“Apedraron la sede del Partido Liberal. La calle	Carácter espontaneo de la revuelta.

encabezada por la corriente	estudiantes, algunos obreros,	Real se colmó de gente que
Gaitanista y Turbayista, que	profesionales liberales sin	abandono sus lugares de
provoco la victoria del	éxito, empelados y pobres	oficina; la ciudad se
Partido Conservador,	urbanos.	paralizo. Pero una vez
muchos gaitanistas se		Gaitán acepto los resultados
lanzaron a las calles y		electorales la cosa no paso a
apedrearon la sede del		mayores”
Partido Liberal y exigieron		
la anulación de la elección”.		

(Elaboración propia. A partir de: VEGA CANTOR, Renán, (2002), Gente muy rebelde, Tomo III, Mujeres, artesanos y protestas cívicas, Ediciones Pensamiento Crítico, Págs. 77-192; MEDINA, Medófilo, (1984), La protesta urbana en Colombia en el siglo XX, Ediciones Aurora, Págs. 13-61; Fundación Misión Colombia, (1988), Historia de Bogotá, Siglo XX, Tomo III, Ediciones Villegas, Pág. 205-245; CARREIRA, Ana María, (2019), La conquista del espacio público en Bogotá (1945-1955), Universidad Nacional de Colombia, Pág. 296.)

3. LA MULTITUD EN ACCIÓN

“Como bien lo ha mostrado la historia social, ‘los hombres muchas veces hacen historia delinquiendo.’”

Darío Betancourt & Martha García. Contrabandistas, marimberos y mafiosos. Historia social de la mafia colombiana (1963-1992). Pág. 65.

Desde hace algún tiempo para acá, y con justicia, se ha venido advirtiendo sobre la arbitrariedad con que a las jornadas de protesta del 9 de abril se las nominaron con el adjetivo “Bogotazo”. A pesar de que los primeros disturbios se presentaron en Bogotá, las más duraderas y extraordinarias revueltas del 9 de abril tuvieron lugar en los departamentos de Santander, Tolima, Valle del Cauca, Cundinamarca y Antioquia.

Se ha estimado que el “Bogotazo es un calificativo ms bien limitado para lo que ocurrió en Colombia en la segunda y la tercera semanas de abril de 1948: En más de 200 municipios (incluyendo las ciudades más grandes) se presentaron rebeliones y enfrentamientos armados.” (Sáenz Rovner, 2007, pág. 168)

Compartimos el punto de vista de Eduardo Rovner cuando sugiere que el “El Bogotazo, que mejor debía ser llamado el ‘Colombianazo’, ocurrió a lo largo y ancho del país.” (Sáenz Rovner, 2007, pág. 175) Sin embargo, se ha aceptado el término “Bogotazo” por cuanto el presente estudio se ha limitado a examinar las revueltas únicamente en Bogotá bajo la hipótesis de que allí tomaron la forma de la multitud y la turba preindustrial.

A su vez, la alusión a la dinámica de la revuelta en otras ciudades pretende resaltar las particularidades de la experiencia de las clases populares bogotanas desde “sus creencias, concepciones del mundo, tradiciones”. (Rudé, 2009, pág. xvii-xix) Esa reconstrucción de la

experiencia de las clases populares permite, siguiendo a George Rudé, explicar por qué sus formas de acción fueron más similares a las de la multitud, la turba o la revuelta del periodo preindustrial.

Por ejemplo, en un estudio reciente sobre la ciudad de Cali se ha advertido que “algunos autores se han esforzado en señalar que en Cali se dio lugar a un ‘caleñazo’”, pero que en realidad “los sucesos en Cali distaron del caos, las pérdidas humanas y la destrucción urbana que se presentaron en Bogotá.” (Morera Aparicio, 2019, pág. xxiv)

Gonzalo Sánchez también ha resaltado la particularidad de las revueltas en Bogotá comparándola con lo ocurrido en otras ciudades y poblaciones. En palabras del historiador,

cualesquiera fuesen los resultados de una aproximación más cuidadosa a lo ocurrido en Bogotá, hay que subrayar que el 9 de abril no fue solo un ‘Bogotazo’. El 9 de abril afectó profundamente la provincia, la pequeña población, la aldea, la vereda colombiana. Fue, en realidad, una insurrección nacional que, sobre todo fuera de Bogotá, puso al descubierto la enorme capacidad creativa de las masas para la acción revolucionaria. (Sánchez Gómez, 1984, pág. 19)

En este sentido, en ciudades como Cali, Medellín, Barranquilla e, incluso, Bogotá

el 9 de abril fue innegablemente una explosión esencialmente anárquica y de muy corta duración. En cambio, en pueblos y villorios – si miramos los eventos en su conjunto – podemos afirmar que, si bien el apetito de venganza, destrucción y saqueo, no estaban ausentes de las motivaciones, la primera e instintiva reacción del pueblo fue, sin embargo, la de darse sus propias

autoridades, elegir órganos de dirección político-militar y luego convocar a la formación de milicias populares y al generalizado aprovisionamiento de armas. (Sánchez Gómez, 1984, pág. 32)

En opinión del historiador Apolinar Díaz Callejas, existieron

factores que determinaron que en el conjunto del país la reacción por el asesinato de Gaitán no hubiera podido ser más de lo que fue y que, por contraste, fuera en Barrancabermeja y solo ahí donde se conformó un poder popular y obrero que sustituyó totalmente el gobierno local existente al momento de la muerte de Gaitán. (Díaz Callejas, 1988, pág. 18)

A la luz de los conceptos formulados por George Rudé y que hemos tomado como punto de partida, esos factores que determinaron los distintos modos de reacción de los centros urbanos y de los pueblos y villorios están relacionados con la forma en que el proceso de industrialización capitalista los afectó de manera particular y, además, de cómo aquello se relacionó con el ambiente ideológico del momento. En el caso de Bogotá, la industrialización no había llegado a su máximo punto desarrollo, es decir, era una sociedad preindustrial. Por ello, el gaitanismo y el fenómeno de La Violencia impactaron con mayor ahínco la cultura y la tradición de los artesanos y los sectores más tradicionales de la ciudad.

Por el contrario en Barrancabermeja, por ser un centro industrial de vieja data, afectó sobre todo a los obreros petroleros del puerto. Mientras en el Líbano el Bogotazo caló en la tradición insurreccional y política de los campesinos que en 1929 habían protagonizado la fallida insurrección bolchevique y que en la etapa agraria del gaitanismo había constituido un fuerte nicho de simpatizantes.

En Bogotá, como vimos en el capítulo anterior, el ambiente ideológico y las causas que determinaron el fuerte acento preindustrial de las revueltas de la multitud estaba se relacionaba con:

1) Las transformaciones urbanas de las décadas de 1930 y 1940 que eran, al mismo tiempo, consecuencia del lento tránsito al mundo industrializado que realizaba el conjunto del país por aquella época y que había molestado particularmente a los habitantes más tradicionales de la ciudad de Bogotá;

2) La aparición de novedosos fenómenos sociopolíticos en la vida nacional, entre los que estaban: a) La Violencia; b) la figura del político y flamante héroe del pueblo Jorge Eliecer Gaitán y del movimiento político gaitanista.

3) Las creencias, concepciones del mundo y tradiciones de protesta del pobre urbano bogotano que eran amplias pero aún muy limitadas en sus dimensiones, alcances y consignas. La motivaciones de las protestas en muchos casos se basaban “en visiones culturales provenientes del pasado y sus acciones de protesta adoptaban primordialmente la forma del motín.” (Rudé, 2009)

En Barrancabermeja, por ejemplo, se ha indicado que es en la tradición de las huelgas petroleras de 1924, 1927 y 1948 donde “se encuentran elementos fundamentales para explicar por qué en Barrancabermeja la explosión de ira por la muerte de Gaitán tomo rápidamente el rumbo de experiencia de poder popular.” (Díaz Callejas, 1988, pág. 54. El subrayado es propio)

A su vez, en el caso del departamento del Tolima se ha mencionado que,

los acontecimientos del 9 de abril tuvieron la más amplia y variada cobertura: de norte a sur, de oriente a occidente; en la capital departamental y en los pueblos y veredas; como movimiento ofensivo y como respuesta defensiva; como expresión coyuntural y como reafirmación de una tradición secular de lucha. (Sánchez Gómez, 1983, pág. 53. El subrayado es propio)

A continuación se propone el estudio de la multitud en la acción siguiendo el método planteado por George Rudé para el estudio de la multitud en la era preindustrial. De este modo, se parte de las siguientes preguntas a las que se dan algunas respuestas provisionales: A) ¿Qué pasó realmente, tanto con respecto al hecho mismo como con respecto a sus orígenes y consecuencia?; B) ¿Cuál fue la pauta de la conducta de la multitud preindustrial y por qué tendió a comportarse de ciertas maneras y no de otra?; C) ¿Cómo se desarrolló la ‘mentalidad colectiva’ de la multitud, es decir, sus formas de violencia, audacia y heroísmo?; D) ¿Cuáles eran las relaciones de la multitud con sus dirigentes y cómo se transmitían los lemas o las ordenes de la marcha? (Rudé, 2009)

Además, insistiendo en las sugerencias de George Rudé, se intenta “estudiar el papel que la ideología popular jugó en la revuelta”. Así, se trata de describir el modo en que la ideología inherente y la ideología derivada se manifestaron en las acciones de la multitud. En consecuencia, se relacionan algunos elementos del contexto descrito en el capítulo dos con el hecho mismo de la revuelta analizada en presente capítulo. El capítulo se desarrolla respondiendo a las siguientes preguntas: 1) ¿Cuáles fueron las secuencias de los hechos?; 2) ¿Qué eficacia tuvieron las fuerzas de represión o las de la ley y el orden?; 3) ¿cuál ha sido su significación histórica?; y 4) ¿cuáles fueron los rostros de la multitud? Las tres preguntas son retomadas del modelo analítico de George Rudé.

3.1. El levantamiento.

3.1.1. A partir de la 1:05 p.m.

Jorge Eliecer Gaitán, el famoso héroe del pueblo y en torno a quien se congregaban artesanos, emboladores, voceadores y todas las clases populares de Bogotá, había estado desde la noche del 8 de abril de 1948 litigando en defensa de un tal teniente Cortes, perteneciente al ejército nacional, al que se le acusaba de asesinar a un periodista por cuestiones honor. Gaitán pasó en los juzgados buena parte de la noche y la madrugada del 9 de abril. Lo que se supo al final es que sus habilidades oratorias permitieron al teniente Cortes salir libre de todo cargo y responsabilidad penal.

El 9 de abril, y después de la agitada noche, Gaitán fue invitado por algunos amigos y conocidos a almorzar a un restaurante cercano al despacho de su oficina donde se encontraba atendiendo algunos asuntos políticos. Es así como a la 1:05 de la tarde salió de su oficina en compañía de tres personas más (Pedro Eliseo Cruz, senador por Cundinamarca; Alejandro Vallejo, director del periódico Jornada; Jorge Padilla, escritor y tesorero de Bogotá). Según el testimonio de Ema Cruz, una mesera del café Gato Negro,

tres tiros sonaron y repercutieron en el café Gato Negro. La clientela se lanzó a la puerta a ver qué pasaba. Casi todos se volaron sin pagar. ‘¡Mataron a uno!’ fue el primer grito y la curiosidad. De pronto un hombre gritó más fuerte que los demás: ‘¡Mataron a Gaitán!’ Las meseras comenzaron a repetir: ¡Mataron a Gaitancito! (Citada en Alape, 1982, pág. 225)

A partir de la una y cinco de la tarde del 9 de abril el pobre urbano de Bogotá vivió los momentos más sórdidos y angustiantes de su existencia. Las primeras palabras que

empezaron a circular fueron: “Llevémoslo de aquí, gritaban los que estaban más junto. Se oían voces por todos lados. Se daban órdenes y contraórdenes.” (Alape, 1982: 226)

Como magistralmente ha anotado un historiador contemporáneo,

Los momentos más dramáticos en la historia moderna de Colombia se produjeron después de la 1:05 del 9 de abril. Todo habitante urbano del país se enteró de los disparos que le habían hecho a Gaitán. La noticia se difundió en instantes por la ventanilla y hacían sonar sus campanillas. Hombres, mujeres y niños recorrían las calles vociferando la noticia. Los taxistas hacían sonar sus bocinas. Los buses se detenían en las estaciones y los conductores transmitían el mensaje por teléfono. Redoblaban las campanas de las iglesias. Los trenes llevaban el informe a los pueblos aledaños. (Braun, 2013, pág. 273)

Una de las primeras formas de acción de la multitud preindustrial bogotana fue, además de pensar que hacer con el casi moribundo jefe Gaitán, mojar los pañuelos en la sangre del mismo. Según el testimonio de Plinio Mendoza Neira una de las primeras cosas que vio fue a “un hombre arrodillado que chupaba un pañuelo empapado en la sangre dejada por Gaitán sobre el pavimento.” (Citado en Alape, 1982, pág. 236) Además, en otro costado de la carrera séptima,

hombres y mujeres lloraban mientras miraban el sitio donde había caído Gaitán. Josué Gómez Eslava, un pequeño comerciante de veintinueve años, empapo su pañuelo en la sangre de Gaitán. Mariano López Lucas, abogado y refugiado de la Guerra Civil Española, estallo en lágrimas cuando mojó su pañuelo en la sangre del jefe. (Braun, 2013, pág. 271)

Desde la una y cinco de la tarde se tiene registro de que hombres y mujeres gritaron a las personas que empezaban a aglutinarse en la Carrera séptima con Avenida Jiménez: “Mataron a Gaitán (ellos, los conservadores, estaba implícito en la frase)”; de modo que ese lema “se convirtió desde entonces en el grito de batalla de aquellos liberales que tenían puestas sus esperanzas en la casi segura elección de Gaitán como presidente en 1950.” (Sáenz Rovner, 2011, pág. 168)

En general, en los minutos posteriores al asesinato de Jorge Eliecer Gaitán las acciones de la multitud fueron espontaneas. Una de las más llamativas fue el linchamiento y posterior asesinato de Juan Roa Sierra, a quien se señaló de ser el perpetrador del crimen contra Gaitán. Pese a que la multitud y la turba preindustrial inusualmente hicieron ataques “indiscriminados a las personas”³⁴ y, más bien, se caracterizaron por los ataques “contra la propiedad tanto en el campo como en la ciudad, pero no contra la vida ni la integridad de las personas”.³⁵ Durante el Bogotazo esta característica brilló por su ausencia desde muy tempranas horas del levantamiento. Según testimonios recuperados por Braun,

El hombre que atacó a Gaitán fue aprehendido inmediatamente por un suboficial de la policía, Carlos Alberto Jiménez Díaz, que pasaba por allí. El hombre dio la vuelta, levantó las manos y soltó el revolver. Otro policía, Ciro Efraín Silva Gonzales, le ayudó a Jiménez a llevar al hombre en medio del escaso público hasta la Droguería Granada, al otro lado de la calle, mientras

³⁴ RUDE, George, (2009), La multitud en la historia. Los disturbios populares en Francia e Inglaterra, 1730-1848. Siglo XXI Editores. Pág. 303

³⁵ CANTOR VEGA, Renán. (2002) Gente muy rebelde, Volumen 1, Enclaves, transportes y protestas obreras Colombia, Editorial Pensamiento Crítico. Pág. 29

un empleado trataba frenéticamente de bajar la reja del establecimiento”
(Braun, 2013, pág. 268)

Pero era inútil salvarlo de la muerte pues en la mentalidad de la multitud la venganza y el deseo de hacer justicia por mano propia fue una reacción espontánea y llevada a cabo sin mediar palabra. Según relató Luis Eduardo Ricaurte, un activista del gaitanismo en los barrios populares, él

llevaba una especie de estilógrafo, pero era como una lezna. Inmediatamente lo saqué y le di no sé cuántas puñaladas en el estómago y cerca de la sien. Entonces lo sacaron de la droguería y algunas personas gritaban, ‘Que no lo maten’, pero cuando lo traían, un embolador levantó la caja y le dio en la cabeza. (Citado en Alape, 1981, pág. 246)

Por otro lado, y según testimonios recuperados por Braun, José Jaramillo Gaviria, un hombre que había estado años antes con la guerrilla liberal en el Sumapaz “fue de los primeros en llegar hasta la figura encogida. Agarrándose del pelo, lo arrastro hasta la calle, donde lo arrojó violentamente contra el pavimento. Alguien lo acometió con una zorra”.
(Braun, 2013, pág. 270)

Lo anterior, como ha observado George Rudé, debe explicarse teniendo en cuenta que “aun cuando los motivos inmediatos o evidentes salten a la vista, debemos todavía explorar aquellas que permanecen bajo la superficie [...] sino intentamos hacer cierta distinción entre lo que podremos llamar motivos o creencias dominantes y subyacentes.” (Rudé, 2009, pág. 260)

Era apenas lógico que, para usar una expresión de George Rudé, “la violencia asesina de la multitud” se dirigiera contra el homicida de su aclamado héroe. Era un hecho evidente que ahí estaba el asesino del Jefe y debía ser ajusticiado. Pero, más que una provocación, la muerte de Jorge Eliecer Gaitán significó, en la mentalidad del pobre urbano, una frustración de “sus expectativas de recibir de él toda clase de cosas: ‘paz’ (al menos para los liberarles), colocar a los godos ‘arrogantes’ en su lugar, y **volver a los días felices en que el poder no tenía que compartirse con los conservadores.**” (Sáenz Rovner, 2007, pág.168. El subrayado es propio)

De modo que no solo en Bogotá sino en todo el país los ataques de la multitud contra la vida y la integridad de las personas se hicieron patentes en la pautas de su conducta. Estos ataques contra la vida de algunas personas eran motivados por el intransigente ambiente social que había ocasionado la instalación del fenómeno de La Violencia. En su mayoría, los muertos por la violencia iracunda de la multitud fueron personas acusadas de pertenecer al Partido Conservador.

Por ejemplo, en Caicedonia (Valle del Cauca) además de que se apresaron cuatro militantes del Partido Conservador se asesinó a otros dos. En Ibagué los disturbios por la muerte de Jorge Eliecer Gaitán, que habían iniciado sobre la 1:30 de la tarde, terminaron con “la muerte violenta del Director del Penal” y según explicaron algunos testigos esto se debió a la conocida “filiación partidista del Director, [y] sus vínculos directos con los golpistas de 1944.” (Sánchez Gómez, 1981, pág. 61)

Pero no todo en las reacciones espontaneas de la multitud fue venganza y desconsuelo, aunque habría que señalar cuanta tristeza y desconcierto debió significar la sangre derramada del “jefe” para esos rostros humildes de la ciudad tradicional en vías de extinción. Las

consignas y acciones de la multitud pusieron de presente fuertes acentos políticos. De este modo, “no todos quisieron volcarse contra el agresor.” (Braun, 2013, pág. 271)

Volviendo a Bogotá, en la Clínica Central, a donde había sido trasladado el cuerpo moribundo de Gaitán a unas pocas cuadras de su oficina, la multitud aglomerada era amplia. En poco tiempo la noticia de la muerte de Gaitán se difundió por las pequeñas y tradicionales calles de la ciudad. Según el testimonio de Alejandro Vallejo, periodista y dirigente gaitanista, al poco tiempo de enterarse de lo sucedido decidió dirigirse a la Clínica Central en compañía de Darío Echandía, un destacado jefe del Partido Liberal. “Al llegar ante la Clínica, la multitud que frente a ella se había congregado vivó al doctor Echandía. El pueblo veía ya en él a la única persona capaz y con suficiente autoridad para ponerse al frente de la situación. Y la situación era el poder.” (Citado en Alape, 1982, pág. 236)

Desde el principio, la multitud tuvo entre sus motivaciones un carácter altamente político o prepolítico –según vimos en el capítulo anterior-. No solo por el hecho evidente del deseo de venganza representado en el Partido Conservador sino por sus demandas y aclamaciones a otras figuras políticas vinculadas al sentimiento liberal en cabeza de Darío Echandía. Según testimonio del propio Echandía, cuando llegó al balcón de la Clínica Central:

vio a una turba muy distinta a cualquiera que había visto antes. La recuerda como una multitud dando alaridos, gente que no se dejaba hablar ni decir nada. Nadie aguardo en silencio sus palabras. En cambio, una y otra vez proclamaban su nombre: ¡Viva Echandia! ¡Viva Echandia! ¡Viva el Partido Liberal! (Citado en Braun, 2013, pág.285)

A la 1:55 se había declarado oficialmente la muerte de Gaitán. Mientras tanto en la Carrera Séptima con Avenida Jiménez la multitud se iba nutriendo de más rostros y la cólera iba aumentando. A Gabriel Muñoz Uribe, un gaitanista de barrio, la ira contra el cuerpo inerte del asesino de Gaitán “lo indujo a darle un par de patadas con toda satisfacción” y además comenta que

personalmente di la orden, aprovechando la cierta autoridad que tenía como presidente del directorio liberal de Bogotá, di la orden de llevarlo a Palacio. Tal vez ya estaba muerto y nos lo llevamos semidesnudo al Palacio y lo arrojamamos contra la puerta principal, de allá salió un disparo que hirió en el pecho a un muchacho de unos veinte años. (Citado en Alape, 1982, pág. 250)

Según Raúl Alameda Ospina, un estudiante de 23 años de edad, él había intervenido antes para que no asesinaran a Juan Roa Sierra pero ante la furia popular y el deseo de venganza “lo cogieron a cajonazos, ahí lo mataron en segundos, ¡horrible!, porque fuera de eso le daban patadas y le escupían, y en un momento dado dije yo a ¡A Palacio!, ¡A Palacio con él! y automáticamente todos pensamos que el crimen de Gaitán era un crimen oficial.”³⁶ Sin embargo, según ha comentado Gabriel Muñoz Uribe él fue quien “dio la orden que llegó a todos los labios: A Palacio. Lo siguieron dos loteros, Jesús Delgadillo Morales y Lázaro Amaya.” (Citado en Braun, 2013, pág. 277)

Sea como fuere, tanto en la Clínica Central como en la Carrera séptima con Avenida Jiménez, era claro en la mentalidad de la multitud que: 1) el crimen de Gaitán era un crimen oficial, perpetuado por los conservadores; 2) “ellos habían matado a Gaitán, los de arriba que

³⁶ Archivo Raúl Alameda Ospina (R.A.O). Fondo fonoteca R.A.O. Biblioteca Andrés Alameda Rubiano. Academia Colombiana de Ciencias Económicas.

se le oponían, que le temían, que lo combatían, que lo llamaban el ‘Negro Gaitán’ ¿Quién más podría haber querido matar a Gaitán?” (Braun, 2013, pág. 69)

Esto no era de extrañar. Como ha advertido Rudé, era común en la multitud preindustrial que sus miembros actuaran en “bandas errantes, que marchaban (o corrían) [...] por lo general eran habitantes de la zona perfectamente reconocibles para los posaderos y otros testigos locales. Estas bandas estaban frecuentemente ‘capitaneadas’ por hombres que gozaban de una autoridad temporaria [...] estos hombres pueden también haber inventado para sus seguidores los lemas del día.” (Rudé, 2009, pág. 73)

3.1.2. A partir de las 2: 00 p.m.

Se ha estimado que sobre “las dos de la tarde, una hora después del atentado, no menos de diez mil personas enfurecidas asediaban el Palacio Presidencial.” (De Roux, 1981, pág.120) La multitud había empezado por llevar a rastras el cuerpo inmóvil de Roa Sierra hacia el Palacio, al sur por la carrera Séptima, y según testimonio de Luis Eduardo Ricaurte, uno de los amotinados, con “los materiales esos que había en la puerta de Palacio tratamos de amarrarlo, crucificarlo, pero en esas salió el pelotón y tuvimos que defendernos.” (Citado en Alape, 1982: 251)

A partir de las 2: 00 p.m. la multitud había despojado de los pantalones al cuerpo inmóvil de Juan Rosa Sierra para colocar al lado banderas con colores amarillos, azules y rojos. Según testimonios, las primeras consignas gritadas allí fueron:

¡Viva Colombia!, gritaban, ¡Abajo los conservadores!, sintiendo acaso que representaban a la nación que Gaitán había defendido contra los traidores del conservatismo [...] Marcharon hacia el Palacio, no contra él, sin ánimo de

atacarlo o de capturarlo. La idea de tomarse el poder llegó solo fugazmente a los gaitanistas más fervorosos. (Braun, 2013, pág. 279)

A partir de las 2: 00 p.m., la pauta de la protesta preindustrial se hizo manifiesta en las acciones de la guacherna bogotana. Además, la ideología popular de la revuelta “se ajustaba, en términos generales, a lo que se ha dicho antes: era abrumadoramente ‘inherente’, tradicional”. (Rudé, 1981, pág. 196) La multitud empezó la revuelta marchando al Palacio como cuando lo hizo en las jornadas de protesta del 16 de marzo de 1919 o en las de junio de 1929. Al parecer, durante los disturbios nueve abribeños el elemento inherente se sobrepuso al elemento derivado aun cuando este último compartía muchas características del primero. En palabras del historiador Herbert Braun, las primeras acciones de la multitud demostraron que por su tradición aquellos rebeldes no

estaban preparados para disputarle el poder al régimen conservador. Iban a Palacio para protestar contra una transgresión del orden moral, arrastrando el cuerpo del asesino como prueba visible de la transgresión y como signo de que habían tomado la ley en sus propias manos. ¡A Palacio! ¡A que expliquen!, gritaban. Mientras aguardaban una explicación del crimen, arrojaron el cuerpo desnudo del asesino contra la puerta del Palacio. (Braun, 2013, pág. 279)

Casi de inmediato la represión oficial no se hizo esperar. Debido al carácter espontáneo de la revuelta la primera disputa armada con el destacamento militar que custodiaba el Palacio se inclinó a favor de los militares. Sorprendentemente, esta primera derrota sucedió

cuando las condiciones estaban a favor de los amotinados pues en el Palacio no había más de 40 soldados ya que hacía diez o quince días que habían licenciado la tropa.³⁷

Según el testimonio de Luis Eduardo Ricaurte después de que un primer grupo de la multitud llegó a las puertas del Palacio, al costado sur de la Plaza de Bolívar, un segundo grupo de soldados salió a la ofensiva y en esos momentos él y otros más se unieron a otra bandada de rebeldes. A partir de ese momento los “soldados doblaron la rodilla e hicieron algunos disparos. Después de eso regresamos para la plaza de Bolívar [...] se veía por la calle diez y por la calle once, cómo bajaban de los barrios altos, miles de personas.” (Citado en Alape, 1982, pág. 251)

Sobre las dos de la tarde también comenzaron a arder los más distinguidos edificios públicos, “recién pintados para la Conferencia Panamericana: el Palacio de Justicia, La Cancillería, los Ministerios de Justicia, de Comunicaciones, de Educación, el edificio de la Gobernación de Cundinamarca y el periódico conservador El Siglo.” (De Roux, 1981, pág. 120)

De estos edificios el primer blanco del ataque fue la Gobernación de Cundinamarca. Quizás fue el primer blanco atacado por la multitud debido a su cercanía al lugar donde había perecido Gaitán. Manuel Salazar, un dirigente medio del gaitanismo, afirma que “hacia la una y treinta la plaza de Bolívar estaba congestionada. Nadie sabía qué hacer, entonces comienza la destrucción. Serían las dos de la tarde y el edificio de la Gobernación ya ardía en llamas.” (Citado en Alape, 1982, pág. 283)

³⁷ Archivo Raúl Alameda Ospina (R.A.O). Fondo fonoteca R.A.O. Biblioteca Andrés Alameda Rubiano. Academia Colombiana de Ciencias Económicas.

En un gesto habitual para el género de la multitud preindustrial, la guacherna bogotana impuso su autoridad y obtuvo “una silenciosa aquiescencia de la mayoría, por medio del terror de la violencia destructiva”. (Rudé, 2009, pág. 251) La acción directa contra la propiedad era una característica típica de la multitud preindustrial y en Bogotá había sido norma desde las revueltas contra las chicherías en agosto de 1923 o en las revueltas contra la mala calidad de las corridas de toros en julio de 1911. La acción directa se concebía como medio para “la imposición de cierta forma de justicia ‘natural’ elemental.” (Rudé, 2009, pág. 284) La destrucción de la propiedad como medio para manifestar su inconformidad era un recuerdo vivaz en la memoria de la multitud que en 1946 había apedreado la sede del Partido Liberal ante los resultados negativos de los comicios electorales.

Como ha detallado Herbert Braun, “aunque violentos, los primeros actos de la multitud siguieron lineamientos tradicionales. Los primeros manifestantes tenían motivaciones partidistas. Marcharon a Palacio para buscar justicia de un gobierno conservador por la muerte de un jefe liberal”. (Braun, 2013, pág. 307)

Como ha señalado de manera muy elocuente un atento observador de la época, mientras “unos asaltaban los edificios para destruir lo que contenían y para expulsar a sus ocupantes, otro preparaban cocteles molotov. La idea era destruir edificios, más que matar gente.” (Citado en Braun, 2013, pág. 314) Luis Emilio Valencia, un joven estudiante universitario, anotó que “el pueblo se votaba a armarse, no a robar.” (Citado en Alape, 1982, pág. 284) Y una ciudadana extranjera de apellido Bergson, esposa de un alto funcionario de la industria del petróleo, comentó de manera curiosa que aquello parecía “una escena de la Revolución Francesa con trajes modernos: todo el mundo deseaba la destrucción.” (Citada en Alape, 1982, pág. 288)

A partir de ese momento fueron muchos los ataques a la propiedad y a los símbolos del poder. Por ejemplo, “los amotinados asaltaron el elegante Palacio de San Carlos, que el gobierno había reamoblado a gran costo para la Conferencia Panamericana. A través de las ventas arrojaron mesas, escritorios, sillas, archivos, máquinas de escribir y de sumar.” (Braun, 2013, pág. 313)

Como ha advertido Rudé en sus estudios sobre las revueltas preindustriales, los motivos de los ataques contra la propiedad “no solo variaban de una acción a otra sino también entre los diferentes grupos que participaban en el mismo disturbio.” (Rudé, 2009: 260) Así, por ejemplo, en el ataque al elegante palacio de San Carlos, Ezequiel Benavides estuvo motivado a participar por la simple curiosidad de “ver como era de adentro.” Según el testimonio de Felipe Gonzales Toledo, un joven periodista, en el asalto al palacio de San Carlos vio que:

por las ventanas botaban archivos, papelotes y cosas de la Cancillería [...] botaron un cojín de cuero azul muy lujoso, y un muchacho de unos quince años lo recogió [...] una mujer del pueblo se lo quitó y le dijo: ‘Aquí no vinimos a robar’, con un cuchillo le hizo una cruz al cojín y lo tiró a la hoguera, formada por los archivos y los papelotes. (Citado en Alape, 1982, pág. 254)

El saqueo y el crimen, según la perspectiva de George Rudé, eran “compañeros casuales” más que una acción premedita y frecuente en las revueltas de la multitud y la turba preindustrial. Los blancos del ataque solían ser muy específicos y rara vez se desviaban de aquellos con la pretensión de hacer “saqueo” y simple pillaje. Pese a que algunos observadores quisieron atribuirle este carácter a las revueltas abrileñas desde su inicio aquello no fue así.

Una de las razones para tal afirmación radica en el saqueo generalizado que efectuaron las multitudes a muchos establecimientos comerciales desde tempranas horas de la revuelta. Pero, lejos de representar la supuesta naturaleza criminal de la multitud, la “clara intención política se advierte incluso en relación con los primeros asaltos a los comercios. En un comienzo los establecimientos saqueados no fueron los de expendios de licores, ni los almacenes de artículos de lujo sino las ferreterías.” (Medina, 1984, pág. 70)

El saqueo a las ferreterías constituye, acaso, uno de los ejemplos más asombrosos de la forma en que los diferentes grupos sociales implicados en las revueltas se relacionaron y de cómo los “conceptos ‘derivados’ quedaron injertados en los conceptos y creencias ‘inherentes’ y la nueva ideología popular tomó la forma de una amalgama de ambos tipos de concepto.” (Rudé, 1981, pág. 43) Por lo que se sabe, y hasta donde hemos visto, en la ideología inherente de la guacherna el saqueo no había aparecido nunca en sus experiencias de lucha, ni formaba parte de su tradición política. La guacherna había marchado, apedreado, destruido y se había enfrentado a la policía pero nunca había saqueado.

La idea del saqueo con fines políticos provino de las clases medias que se unieron al levantamiento. Según el testimonio de Carlos Hernández, un obrero y declarado militante comunista, él y un grupo de amotinados directamente no participaron en los incendios. Según atestiguó:

nosotros teníamos un fin único, era buscar armas, hacernos a las armas. En el centro asaltamos la primera ferretería, que estaba ubicada en la calle catorce. Y sacamos destornilladores, machetes, cuchillos, escopetas, todo lo que nos sirviera como arma. Todavía se conseguían armas de cacería en las ferreterías. (Citado en Alape, 1982, pág. 297)

La orden del saqueo con fines políticos e insurreccionales provino, incluso, de uno de los grupos más destacados y con más alta formación ideológica en la década de 1940, a saber: los estudiantes. Mientras algunos se dedicaban a incendiar y a destruir edificios públicos, los estudiantes se habían tomado las instalaciones de la Radio Nacional y otras radiodifusoras. Desde allí los rebeldes arengaron: “El pueblo se levanta grandioso e incontenible para vengar a su Jefe y pasean por la calle el cadáver de Ospina Pérez! Pueblo ¡A la carga!, ¡A las armas! ¡Tomaos las ferreterías y armaos con las herramientas!!!...” (Citado en Alape, 1982, pág. 256.)

Este hecho explica, por un lado, el carácter elaborado de las consignas transmitidas por radio en las que se retomaban algunos lemas del gaitanismo como, por ejemplo, “¡A la carga!” Pero, además, esto explica porque aquella forma de acción de la multitud no fue exclusiva de la experiencia y la tradición bogotana sino que fue un modo de acción generalizado en otras ciudades y villorios donde también se presentaron revueltas el 9 de abril.

En Cali, por ejemplo, fue asaltada la Ferretería Arciniegas en busca de armas³⁸. En Manizales “las ferreterías y almacenes similares fueron desocupados en busca de rudimentarias armas.” (Sánchez Gómez, 1984, pp. 38-39) En Ibagué “de la ferretería ‘Torres y Torres’ por ejemplo, se limitaron a sustraer los machetes ‘para armar al pueblo’.” (Sánchez Gómez, 1984, pp. 38-39)

En el Líbano (Tolima), por otro lado, se cuenta con uno de los hechos más curiosos en la oleada de asaltos a ferreterías. Allí “el objetivo era claro y no tenía nada que ver con una

³⁸ Véase: BETANCOURT ECHEVERRY, Darío, El 9 Abril en Cali y en el Valle, acciones de la muchedumbre, En: Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura, N°. 15, 1987, Pág. 279.

indiscriminada operación de saqueo [...] En el almacén de Ignacio Pineda dejaron incluso inventario de los objetos expropiados.” (Sánchez Gómez, 1984, pág. 74. El subrayado es propio)

Retomando el caso de Bogotá, uno de los factores que determinó la decidida participación de la clase media en las revueltas del 9 de abril tenía que ver con el hecho de que allí el avance violento del capitalismo industrial había hecho estallar por los aires las antiguas jerarquías sociales con las que la clase media

ya no era la ‘gente de bien’ que en el pasado había compartido la misma iglesia, vecindario, e incluso, algunas fiestas con los ricos, sintiéndose halagados e importantes cada vez que estos los saludaban. Ahora la clase media miraba a los ‘de arriba’ como la ‘oligarquía’, una alianza de capitalistas y políticos arrogantes buscando la manera de enriquecerse y adquirir más poder a costa de los demás. (Sáenz Rovner, 2007, pág. 177)

¿En qué medida las acciones de la multitud fueron organizadas o espontáneas? Entre las 1:05 p.m. y las 2:00 p.m. podría afirmarse que las acciones de la muchedumbre bogotana fueron exclusivamente espontáneas. Sin embargo, aquello no le quitaba el carácter partidista y político a las revueltas. Desde el inicio mismo de la revuelta se arengó espontáneamente: ¡Mataron a Gaitán! ¡Viva el Partido Liberal! ¡A Palacio! ¡Viva Echandía! ¡Abajo los godos!

Según el testimonio de Gerardo Molina, rector de la Universidad Nacional en 1948: entre las dos y las cuatro de la tarde, las acciones de la muchedumbre tomaron “un carácter netamente político. No fue una revolución en el pleno sentido de la palabra, no se trataba de

tomar el poder para las clases trabajadoras, nadie hablo de eso, sino de cambiar el conservatismo por el liberalismo.” (Citado en Alape, 1983, pág. 326)

El incendio de las instalaciones del periódico *El Siglo* confirma el carácter espontaneo de los ataques pero, a su vez, develan hasta qué punto, usando la expresión de Rudé, “conceptos ‘derivados’ quedaron injertados en los conceptos y creencias ‘inherentes’”. La Violencia que, como consecuencia del mismo desarrollo del capitalismo industrial, había producido una masiva expulsión de campesinos a las ciudades y, además, había exacerbado los “odios heredados” y los sentimientos prepoliticos de la ya tradicional pugna bipartidista afloró en las revueltas del 9 de abril con mucha fuerza. Según el testimonio de Rodolfo Acosta, un estudiante universitario, cuando se empezó a echar fuego a las instalaciones del periódico conservador *El Siglo* la gente comentaba “este es El Siglo, esto hay que acabarlo, destruirlo son los autores de la violencia, son los asesinos de Gaitán.” (Citado en Alape, 1983, pág. 307)

Así mismo, hay que destacar que de los múltiples incendios provocados por la multitud desde las dos de la tarde ninguna de las sedes de los periódicos liberales, como *El Tiempo* y *El Espectador*, resultaron ser presa de los incendiarios de abril. Un hecho curioso fue perpetrado por “un amotinado que trató de agredir a Roberto García-Peña” [y éste] “se sosegó cuando le mostraron una foto del director en amable chara con Gaitán. Mas entrada la tarde, El Espectador se salvó cuando alguien recordó que Jornada se imprimía allí.” (Braun, 2013, pág. 308)

En consecuencia, durante la primera parte de la revuelta las acciones de la multitud tuvieron objetivos claros y una ideología popular bien definida. Para Gilberto Vieira, un dirigente del Partido Comunista, “los incendios no son un acto de vandalismo, son un acto

de venganza y hay que mirar claramente qué fue lo que incendiaron; incendiaron los símbolos que ellos creyeron habían acabado con la vida de su Jefe.” (Citado en Alape, 1983, pág. 337)

Tomando prestada una expresión de Rudé “hasta en los levantamientos aparentemente más espontáneos existió siempre cierto grado de unidad, impuesta no solo por las ideas subyacentes o ‘creencias generalizadas’ sino también por los lemas, los dirigentes o cierta forma de organización elemental o más desarrollada.” (Rudé, 2009: 293)

Una de las acciones y formas de organización que contribuyeron a dar cierto grado de unidad a la muchedumbre durante las primeras horas de la revuelta fue la toma de varias radiodifusoras por parte estudiantes universitarios. Por ejemplo, a la Radiodifusora Nacional la habían capturado Raúl Alameda Ospina, Eduardo Gaitán Duran y Tito Caldas. A ellos se fueron sumando un capitán del ejército, un destacado poeta, la hermana y la mamá de Raúl y muchos estudiantes.

De acuerdo con el testimonio de Raúl Alameda él, una vez tomada la Radiodifusora, se dedicó a escribir “rápidamente diez puntos de organización, ya para que más exaltación si el pueblo estaba era en el delirio ya. Y los leí varias veces. Yo estuve hasta último momento en la Radio Nacional, hasta último momento, con Jorge Zalamea. Estuvieron tres veces un coronel con su hija que duró como dos horas allá que no dio su nombre. El capitán Phillips por allá paso y a él le hicieron un consejo de guerra después.”³⁹

Comenta que después llegó “un pelotón como de seis o siete soldados al mando de un capitán y con un teniente. Todo el mundo creyó que venían a tomarse la Radio Nacional a rescatarla, entonces salieron corriendo, nosotros dijimos, de aquí no salimos hasta que no

³⁹ Archivo Raúl Alameda Ospina (R.A.O). Fondo fonoteca R.A.O. Biblioteca Andrés Alameda Rubiano. Academia Colombiana de Ciencias Económicas.

podamos ya transmitir, entonces nos quedamos adentro del estudio y resulta que esos tipos no venían a atacarnos, venían sino a apoyarnos, que es inversamente proporcional que les paso a los que pensaban que los famosos tanques iban a apoyar la cosa y los tipos empezaron a disparar. Aquí creímos que venían a atacarnos, no, venían era a ayudarnos.”⁴⁰

Por otro lado, resalta que ese “estudio estaba lleno de gente, no se podía casi transmitir, había casi 200 personas”. Como dirigente espontaneo Raúl dio algunas órdenes -auspiciado de los soldados sublevados- con el fin de hacer más eficaz su intervención. Según comentó, tuvo oportunidad de decirles al capitán y a los soldados “yo le digo aquí quienes se quedan y por favor el resto sáquelo y por favor no deje entrar gente. Allá pusieron la guardia, cuando llegaba alguien y quería entrar, entonces por ejemplo mis hermanas, yo salía y decía si pueden entrar o no pueden entrar.”⁴¹

Infortunadamente, para el comando universitario, desde muy temprano el gobierno y los militares leales al mismo sabían de la noticia sobre la muerte de Jorge Eliecer Gaitán y de las acciones que había emprendido la muchedumbre. Desde los cuarteles militares ubicados en Usaquén, situado a varios kilómetros al norte de la ciudad, “fue enviado a Bogotá un escuadrón de caballería que acababa de regresar de la feria agropecuaria. El escuadrón, con los oficiales a caballo, troto todo el camino hacia la ciudad y se encamino directamente a la estación de radio situada al noroccidente del centro, Benito Rojas un soldado del escuadrón, no sabía a donde iban hasta que se le ordenó desalojar del edificio a los estudiantes que se habían apoderado de él.” (Braun, 2013, pág. 299)

⁴⁰ Archivo Raúl Alameda Ospina (R.A.O). Fondo fonoteca R.A.O. Biblioteca Andrés Alameda Rubiano. Academia Colombiana de Ciencias Económicas.

⁴¹ Archivo Raúl Alameda Ospina (R.A.O). Fondo fonoteca R.A.O. Biblioteca Andrés Alameda Rubiano. Academia Colombiana de Ciencias Económicas.

Con la llegada de los militares a las instalaciones de la Radiodifusora Nacional Raúl Alameda y su hermana se quedaron hasta los últimos momentos; además, según su testimonio “mi hermana nos ayudó en salir y además la actitud de ella nos hizo reaccionar del pánico al heroísmo en segundos. Uno dice voy a morir y voy a morir decentemente, heroicamente; y desea la muerte, ya no le teme, la quiere, como la enfrenta y es ineludible pues carajo morir como un héroe.”⁴²

Aunque la mayoría de radiodifusoras fueron tomatadas por estudiantes, también estos reflejaron en sus consignas algún aspecto de la lógica del mundo preindustrial. Algunas de las primeras consignas emitidas por los rebeldes desde las emisoras de radio tomaban “las frases elocuentes de José Acevedo y Gómez el veinte de julio de mil ochocientos diez, ‘Antes de doce horas la democracia y la libertad serán tratadas en Colombia como insurgentes’. Aprovechemos estas horas.” (Alape, 1983, pág. 319) Tomando prestada una expresión de George Rudé, también “en este caso se apeló constantemente a los precedentes, a las glorias de un pasado distante o imaginario antes que a las posibilidades ofrecidas por el presente.” (Rudé, 2009, pág. 275)

En Cali también se tomó la radiodifusora *La Voz del Valle* y allí también se hizo manifiesto el carácter espontáneo y desorganizado de la revuelta –muy similar a lógica de la turba bogotana-. De este modo, “hubo manifestaciones que arrasaron literalmente con las instalaciones de La Voz del Valle, causando destrozos, rompiendo ventanas y lanzando los discos a la calle, mientras impulsaban a la gente a través de los micrófonos mediante consignas revolucionarias.” (Morera Aparicio, 2019, pág. 87) En consecuencia, a la vez que

⁴² Archivo Raúl Alameda Ospina (R.A.O). Fondo fonoteca R.A.O. Biblioteca Andrés Alameda Rubiano. Academia Colombiana de Ciencias Económicas.

se destrozaba el equipamiento de la radiodifusora se la intentaba utilizar de un modo “racional”, arengando desde allí consignas revolucionarias y difundiendo las versiones exageradas que desde la radiodifusoras de Bogotá se hacían sobre la muerte de Ospina Prez y Laureano Gómez.

¿Cuál era, en general, la composición de la multitud? Hasta las 2: 00 p.m. puede decirse que, como había sido tradición en la era preindustrial, fue bastante heterogénea y multclasista pero con un fuerte acento en los sectores tradicionales como el artesanado. Algunos testimonios de la época han resaltado dicho aspecto. Se ha afirmado en varias ocasiones que los sectores más tradicionales de la ciudad, esos mismos que despectivamente las clases dominantes llamaban guacherna, fueron los más beligerantes durante los disturbios.

Según el testimonio de Luis Emiro Valencia, estudiante universitario y dirigente socialista, “se veía mucho pueblo, mucha gente, clase media y pueblo. Mucho artesano, tipo embolador y todos los moradores del barrio La Concordia, Egipto y algo de La Perseverancia, pero obrero proletario yo no lo vi. Ellos aparecieron tal vez como a las cuatro de la tarde cuando salieron de las fábricas.” (Citado en Alape, 1983, pág. 285)

Muy seguramente, como han expresado rigurosos estudios, “la muchedumbre era urbana pero no con predominio de la clase obrera. Muchos trabajadores, como los de la cervecería Bavaria, se mantuvieron alejados del centro y es posible incluso que hubieran defendido sus fábricas.” (Braun, 2013, pág. 336.)

La muchedumbre del 9 de abril expresaba una composición multclasista como era común en la época preindustrial. Para Herbert Braun la multitud nueve abriléña se nutría de: A) trabajadores de las pequeñas fábricas, empleados y autoempleados; B) profesionales de clase

media, empujados del Estado y del municipio; C) obreros de la empresa de energía eléctrica, de los teléfonos, del acueducto, conductores de tranvías y taxis; D) trabajadores de los ferrocarriles, artesanos, carpinteros y obreros independientes de la construcción. (Braun, 2013, pág. 336.)

Similar percepción expone Eduardo Umaña Luna, profesor universitario, para quien la muchedumbre nueve abrilera estaba compuesta mayoritariamente de las personas que venían de los barrios “estrictamente populares, diga usted son los barrios tradicionales de Bogotá. Se baja toda la gente de Egipto, barrio Belén hasta el Llano de la Mosca; barrio Girardot, del otro lado, todo el sector de La Perseverancia” Y además, agrega, que durante los disturbios influyó con mucha fuerza en la multitud “la antigua artesanía, plomeros, carpinteros, zapateros; artesanos, mucho, mucho artesano.” (Citado en Alape, 1983, pág. 356)

Según el testimonio de Luis Eduardo Ricaurte “la plaza de mercado era espantosa porque ese era un fuerte gaitanista sincero, apasionado. Se veían esas mujeres y hombres desesperados con cuchillos y palos y con la gritería ‘A Palacio’, el decir de todos.” (Citado en Alape, 1983, pág. 346) Para Luis Carlos Pérez, abogado y simpatizante gaitanista, “el mayor flujo fue de los barrios orientales y de los barrios del sur, del norte venían más bien pocos.” (Citado en Alape, 1983, pág. 335)

En este sentido los sucesos del Bogotazo, por lo menos en este aspecto, constituyen una mínima excepción de la tendencia general expuesta por George Rudé y para la cual los grupos de revoltosos de la época preindustrial rara vez provenían de los “habitantes de los barrios bajos y los elementos criminales no fueron la principal fuerza de choque de la multitud preindustrial o el estado mayor de la revuelta”. (Rudé, 2009, pág. 242) Sin embargo, como ya se ha expuesto, en los barrios populares de la Bogotá de 1940 era común ver tanto a

estudiantes, profesionales de clase media, empleados públicos, obreros, artesanos, emboladores y hasta delincuentes vivir juntos.

Además, en el caso de Bogotá y otras partes de Colombia, por cuenta del ataque generalizado que se hizo a penitenciarias y cárceles se ha querido argumentar que la composición de las masas fue exclusivamente de esos supuestos “elementos criminales” y que por ello la conducta de la multitud fue igualmente criminal. Un comentario exagerado, desde nuestro punto de vista, argumenta que fueron los “centenares de presos comunes que escaparon de las cárceles de la picota y municipal, que hicieron su agosto en la ciudad, fueron otro factor que influyó en el desbordamiento de la población hacia el saqueo y la anarquía.” (Alape, 1989, pág. 43)

En el caso de Bogotá durante los dispersos y simultáneos ataques a edificios públicos fueron blanco de ataque “tanto el Palacio de Justicia, donde había muchos presos, como el Ministerio de Justicia [...] Se abrieron las celdas y se liberó a los presos.” (Braun, 2013, pág. 314) También se colgaron banderas rojas y tricolores en honor al héroe muerto, al Partido Liberal y a la decidida voluntad de sumarse a la revuelta.

Pese a ello no todos los presos aportaron ese supuesto patrón de pillaje y crimen. Según el gaitanista Ezequiel Benavides; durante los sucesos:

fue herido en el hombro bien entrada la tarde, cuando trataba de acercarse a Palacio. Otros dos hombres murieron a su lado. No supo si lo había herido un soldado, un amotinado o uno de los presos que habían sido liberados. Recuerda que un hombre vestido de civil lo llevo a una casa cercana. Después

supo que el hombre era un preso y que lo había cargado en sus hombros hasta la Clínica Santa Lucia. (Braun, 2013, pág. 327)

Además, basta con poner atención a las consignas que presos de otras ciudades gritaron al ser liberados durante las revueltas del 9 de abril para darse cuenta que aquellos, inclusive, se movían a partir de creencias y sistemas de valores racionales. En Ibagué, por ejemplo, un preso interrogado después de los sucesos opino que “como el pueblo fue el que nos sacó en libertad, me pareció legal”; y, meses después de la revuelta, un detective “se quejaba ante el Jefe de Seguridad e Identificación que no había podido detener a uno de los fugitivos que se encontraba en el Guamo porque ocupaba la Secretaria de la Personería de dicho municipio.” (Sánchez Gómez, 1984, pág. 61)

3.1.3. A partir de las 3: 00 p.m.

A medida que avanzaba el tiempo era lógico que las energías y la creatividad de los amotinados se fuera desgastando. Asimismo, las acciones de la multitud, sus ideas, blancos de ataque y, en general, lo que George Rudé ha llamado la “mentalidad colectiva de la multitud” también mutaron. En términos de Braun “en las dos horas y media que siguieron al asesinato de Gaitán la actividad de la multitud se diversificó y se intensificó.” (Braun, 2013, pág. 308)

Hubo, no obstante, tres motivos de peso por los cuales el desarrollo de la mentalidad colectiva de la multitud varió con mucha agresividad desde por lo menos las tres de la tarde. En primer lugar, estaba el impacto que generó la férrea defensa que lograron hacer los cuarenta hombres que custodiaban el Palacio y que cobró la vida de varios rebeldes. En segundo lugar, estaba el arribo de personas y rostros que llegaron a la ciudad de lugares lejanos con la intención de sumarse a las revueltas. Finalmente, se encuentra la influencia

que generó la ingesta de licores y bebidas embriagantes por parte de los amotinados como consecuencia del saqueo a establecimientos comerciales (que había empezado bajo la forma de asalto a ferreterías).

Frente al primer elemento, según el testimonio de Luis Carlos Pérez, y que transcribimos literalmente por la agudeza de su análisis:

No habiendo cómo avanzar hacia Palacio, que era el objeto que estaba en mente de todos, habiendo sido detenida, replegada sobre sí misma, no le quedaba más camino que la expansión lateral y ésta eran los establecimientos de comercio, las ventas de licores y eso explica, no que hubiera habido un propósito deliberado de saqueo, sino que fuera una fuerza física, la expansión de la multitud, que no podía avanzar hacia el Palacio presidencial para aprehender al Presidente, considerándolo como el símbolo del poder constituido, la obligó a expandirse lateralmente y fue lo que hizo ver que dentro de los almacenes había cosas que sustraer y entonces se dedicaron a eso. (Citado en Alape, 1983, pág. 335)

La influencia de estas primeras derrotas militares determinó en gran medida que la multitud orientara sus energías a pensar en otras formas de acción e incluso a conducir su violencia justiciera a otros blancos. El saqueo a los establecimientos comerciales había iniciado desde muy temprano en la revuelta nueve abrileña pero a partir de las tres de la tarde, e influenciada por las primeras impresiones que causó las ráfagas de la Guardia Presidencial, se intensificó. Según se ha relatado,

El saqueo se extendió después de que los amotinados hubieran sido barridos a tiros en la Plaza de Bolívar, como si esas muertes hubieran hecho volver a la vida a los sobrevivientes. Lentamente, las mercancías arrojadas a la calle empezaron a ser recogidas por saqueadores que pensaban en el día de mañana. Las puertas abiertas de las ferreterías y de los almacenes de rancho resultaban muy tentadoras. (Braun, 2013, pág. 319)

Frente al segundo elemento, George Rudé ha indicado que “a veces la diversidad podía asumir otras formas y el ingreso de nuevos elementos sociales en una revuelta ya en marcha podía cambiar su sentido.” (Rudé, 2009, pág. 246. El subrayado es propio) Durante las jornadas de protesta del 9 de abril a un estudiante de nacionalidad cubana, Alfredo Guevara, le pareció ver “cambiar totalmente la composición humana de la ciudad. Algunas gentes no sé, están bajando, bajando de lejos, no de la ciudad misma. Porque era físicamente distinta. Yo sentía una creciente presencia india inclusive, de nosotros más indígenas, y además yo creo, más pobre.” (Citado en Alape, 1983, pág. 304)

Para Luis Emiro Valencia “la nueva ola de saqueos como a las tres, ya habían cambiado, había ahora como de tristeza, como de pesadumbre, de dolor, la atmósfera era distinta. No había la energía del primer momento.” (Citado en Alape, 1983, pág. 446) En resumen, y tomando prestada una expresión de Rudé, a partir de las tres de la tarde “la aparición de estos elementos nuevos causó un cambio de actitud entre los más respetables de los primitivos partidarios del movimiento.” (Rudé, 2009, pág. 246)

Para algunos estudiosos de las revueltas del 9 de abril de 1948, en Bogotá a las tres de la tarde “ya el movimiento estaba bifurcado entre los que querían vengar a su jefe y exigir el

poder como homenaje póstumo al líder caído, y los que se dedicaron al pillaje y al alcohol.”

(De Roux, 1981, pág.120)

Pero incluso, frente al tercer elemento, la actitud de los amotinados tenía una pauta establecida de acuerdo a su cultura, tradición y memoria colectiva. De este modo, fue en el saqueo a los establecimientos comerciales y en la ingesta de licores donde se manifestó con gran elocuencia la ideología inherente del pobre urbano.

Como ya se ha mencionado en este trabajo, durante la década de 1940 era común ver a los trabajadores, artesanos e inmigrantes de primera generación departir en las tradicionales chicherías donde “el rito colectivo, ancestral, muy arraigado entre la población de tomar la chicha en totumas y hacerla circular, como una manera de rebelarse contra la tendencia a la individualidad promovida por la sociedad moderna.” (Carreira, 2019, pág. 206)

De acuerdo con el trabajo de Herbert Braun, durante los saqueos a establecimientos comerciales y en la ingesta de licores

La muchedumbre bebió en un velorio masivo para conmemorar a un jefe cuyo cadáver le había sido arrebatado. Muchos bebían para ahogar la pena. Bebían para consolarse. Bebían para que las lágrimas fluyeran con más facilidad. Bebían para tener el valor de seguir destruyendo la ciudad. [...] **El compartir botellas se volvió un rito. [...] Esta era su oportunidad de beber el trago de los ricos.** (Braun, 2013, pág. 312. Los subrayados son propios)

Desde nuestro punto de vista, el compartir botellas no se volvió un rito durante las revueltas nueve abribeñas sino que, al contrario, era una vieja tradición de la muchedumbre

bogotana que significaba una manera de rebelarse contra la tendencia a la individualidad promovida por la sociedad moderna. En resumen,

Se comprende entonces que desde niños hasta ancianos encorvados se dedicaron a saquear a las vitrinas que hasta momentos antes eran el simple objeto de sus miradas frustradas. Un testigo me contó que, cuando en esas horas se topó con un grupo de ‘saqueadores’, les oyó decir: ‘**Bendito nuestro padre Gaitán que nos dio de comer para estos días**’.” (De Roux, 1981, pág. 122. El subrayado es propio)

Según el testimonio de Manuel Galich, un escritor Guatemalteco, en los disturbios del nueve de abril vio grupo de hombres incendiar un automóvil y comentó que eso “era un espectáculo muy frecuente; automóviles ardiendo.” (Citado en Alape, 1983, pág. 410) Seguramente en la mentalidad colectiva de la multitud los automóviles fueron vistos como el símbolo del nuevo orden excluyente. Las reformas urbanas de la década de 1940 habían sido pensadas por Karl Bruner para la masificación del automóvil en Bogotá. El automóvil como blanco de ataque evidenció las molestias que el pobre urbano tenía con las modernización violenta que había emprendido la burguesía industrial en ascendencia.

¿Cuáles eran las relaciones de la multitud con sus dirigentes y cómo se transmitían los lemas o las ordenes de marcha? En general, las relaciones entre la multitud y los dirigentes fueron variopintas y hasta contradictorias. Desde sus mismos inicios el gaitanismo había sido un movimiento de ambivalencias entre su jefe natural, Jorge Eliecer Gaitán, y sus simpatizantes. En 1936, Gaitán había tenido un fuerte choque con los choferes de la ciudad de Bogotá por querer modernizar sus anticuados trajes y, sin embargo, aquellos siguieron

fieles al Jefe. Durante los levantamientos esta característica, que puede ser leída como un componente adicional de la ideología inherente del pobre urbano, no fue la excepción.

Por otro lado, George Rudé ha llamado la atención sobre el hecho de que en las revueltas de la época preindustrial “era frecuente encontrar lo viejo y lo nuevo unidos en difícil equilibrio dentro del mismo movimiento político.” (Rudé, 1981, pág. 210) Y allí también las relaciones de la multitud con sus dirigentes se encontraron en difícil equilibrio. Según se ha dicho, desde tempranas horas, y una vez el rumor de la muerte de Gaitán se confirmó en la mayoría de los barrios populares, “se determinó la huelga general y ésta se produjo, no como fuerza de convicción, sino por un proceso de arrastre espontáneo de la población, que sin plan de ninguna naturaleza paralizó la ciudad”. (Alape, 1989, pág. 44)

Por otro lado, había quienes no sentían ningún tipo de vínculo con los dirigentes que mediante discursos callejeros intentaban dar orientaciones a la muchedumbre soliviantada. Carlos Fernández, uno de los amotinados, atestiguó que “cada cual actuaba por su propia cuenta. Personalmente a mí nadie me dirigía. Llegué y vi una ventana de hierro, cogí un tubo, y con el tubo le di unas veinte veces a la ventana hasta que se fueron desplomando las varillas. Los otros hicieron lo mismo hasta que rompimos eso y se salieron los presos.” (Citado en Alape, 1983, pág. 300)

Raúl Alameda Ospina comenta que, apenas iniciadas las revueltas con el linchamiento de Roa Sierra, intento dar una directriz: “cuando le digo yo que no lo maten ¿Qué pasó? pues éste es cómplice, sino es porque ahí estaban unos estudiantes amigos. Si no están los tipos ahí que me defienden, ¡me matan!”⁴³

⁴³ Archivo Raúl Alameda Ospina (R.A.O). Fondo fonoteca R.A.O. Biblioteca Andrés Alameda Rubiano. Academia Colombiana de Ciencias Económicas.

Pero, además, habría que distinguir entre los varios tipos de dirigentes que surgieron en el transcurso de la revuelta. Siguiendo los planteamientos de George Rudé, en las revueltas de carácter preindustrial era posible distinguir al menos dos tipos de dirigentes, a saber:

A) **Dirigentes que actuaban desde afuera de la multitud:** más bien podrían ser llamados los ‘héroes’ de la multitud, por ser hombres en cuyo nombre se levanta o se rebela, a cuyos llamados responde y cuyos discursos, manifiestos o ideas sirven como respaldo o justificación ideológica de sus actividades.

B) **Dirigentes extraídos de la multitud misma:** aquellos que momentáneamente daban rienda suelta a su entusiasmo, demostraban mayor temple, decisión o arrojo que sus compañeros, entonaban estribillos [...] Un rasgo distintivo de estos dirigentes es que sus autoridad era puramente local y absolutamente temporaria [...] Su militancia, como liderazgo (fuese real o supuesto) fue en realidad ocasional y no tuvo ni futuro ni continuidad. (Rudé, 2009, pp. 295-299-300-301. Los subrayados son propios)

Frente al primer tipo de dirigente era claro que ya no existía, había sido miserablemente asesinado a la 1:05 p.m. y en su nombre se levantaba y se rebelaba la muchedumbre bogotana. Quizás uno de los jefes del Partido Liberal, Darío Echandía, pudo constituir un segundo dirigente que actuaba desde afuera de la multitud. Era reconocido por la muchedumbre como un liberal de izquierdas y hombre cercano a Jorge Eliecer Gaitán. En la clínica central había sido aclamado con la consigna ¡Viva Echandía! ¡Viva el Partido Liberal!

En este caso, y también con otros, ocurrió lo que con frecuencia ocurría en los motines urbanos de la era preindustrial cuando a estos dirigentes se los hacía “líderes a la fuerza y

rehusaban aceptar toda responsabilidad por lo que se hacía en su nombre.” (Rudé, 1981, pág. 195)

Según varios testimonios, Darío Echandía rehusó aceptar mezclarse con la muchedumbre y rehusó dirigir el levantamiento armado que apenas se estaba gestando, arguyendo que todas las acciones que se emprendieran debían hacerse en el marco constitucional y democrático de la Republica. Sin duda, fue este también un gran motivo de peso para que las multitudes se desviaran hacia el saqueo y el pillaje. Sin dirección, ¿qué más podían hacer los amotinados? Para un político de profesión como Pedro Gómez Valderrama y que además acompañó a Echandía y otros tantos en su recorrido de la Clínica Central hacia el Palacio,

se corrió la voz de que entráramos al Nuevo Teatro, que quedaba en la mitad de la cuadra, entre doce y trece. Se entró todo el mundo, eso era una asamblea multitudinaria, pero hicieron pasar a algunas personas a un cuarto pequeño, ese teatro tenía comunicación con el Teatro Atenas y ahí decidieron que ellos se iban a Palacio por la carrera sexta. Así lo hicieron y finalmente llegaron a Palacio después de muchas dificultades, a eso de las seis de la tarde. (Citado en Alape, 1983, pág. 331)

Aunque ha habido una confusión en los lugares a los que se hace referencia, hay un acuerdo generalizado en afirmar que “la muchedumbre que rodea a los jefes liberales camino a la Presidencia perdió ímpetu cuando estos se escabulleron en el Teatro Nuevo y no volvieron a ser vistos durante varias horas.” (Braun, 2013, pág. 219)

En las revueltas del 9 de abril, como era costumbre en los estallidos de la era preindustrial, fueron más frecuentes los dirigentes extraídos de la multitud misma. Raúl Alameda Ospina,

Luis Eduardo Ricaurte, Jorge Uribe Márquez, el capitán Phillips, el teniente Tito Livio Orozco, Álvaro Ayala o Francisco Chaux dieron rienda suelta a su entusiasmo, demostraron mayor temple, decisión y arrojo que sus compañeros; fueron ellos quienes entonaron los estribillos: ¡A Palacio!; ¡Viva el Partido Liberal!; ¡Abajo los godos!; ¡A la carga!

Según el testimonio de Luis Eduardo Ricaurte, “varios de nosotros enfilamos hacia jefes como Jorge Uribe Márquez, Francisco de J. Chaux y otros personajes destacados, muy cercanos al jefe.” (Citado en Alape, 1983, pág. 348) El mismo Ricaurte asegura haber visto a esos “capitanes de chusma” como

Álvaro Ayala, Jorge Villaveces y otros dando órdenes a los distintos barrios de no ceder y continuar la lucha. Ahí los encontramos los más caracterizados gaitanistas, los de barrio, los de base, porque los grandes estaban en Palacio, pero no había comunicación con ellos. Se creía que los iban a secuestrar en Palacio. (Citado en Alape, 1983, pág. 348)

Gabriel Muñoz Uribe, un enérgico gaitanista de base relató luego de los hechos que,

veía a las masas proletarias que se congregaban tras él [...] con la mayoría de sus hombres por la calle diez hacia la carrera cuarta, en un intento por llegar a Palacio desde el oriente. Pero detrás de él otros avanzaron por la séptima, contra la guardia Presidencial. Muñoz Uribe recuerda haber oído el silbido de las balas; y que le dijeron que algunos de los que no habían querido seguirlo habían muerto. Fue la segunda confrontación entre la multitud y la guardia. (Braun, 2013, pág. 294)

Según un testimonio recuperado por el historiador Herbert Braun,

Al lado sur del Palacio, José Jaramillo Gaviria trató de coordinar su propio asalto. Después de correr del Palacio cuando vio a la Guardia, tomó por la carrera octava hasta la calle segunda, donde había una estación de policía. Le exigió al comandante Hernando Albornoz plata que le entregara las armas al pueblo. Después, con sus hombres haciendo disparos al aire, siguió a la calle cuarta, a solo tres cuerdas del Palacio, donde había otra estación de policía. Tras la puerta abierta, un agente enarboló una pequeña bandera blanca. Se abrieron paso, se apoderaron de las armas y siguieron hacia Palacio desde occidente; otro tomaría por la séptima, y con su propio grupo se encaminó por la sexta para atacar desde el oriente. Algunos hombres penetraron los edificios que rodeaban al Palacio. (Braun, 2013, pág. 294)

También, “un testigo recuerda que ‘algunos de los más vehementes y corajudos integrantes de la muchedumbre fueron las mujeres de los mercados’.” (Braun, 2013, pág. 321) Mención aparte merecen los dirigentes que conformaron la Junta Revolucionaria de Gobierno; los que tuvieron oportunidad de tomarse las radios de la ciudad y desde allí formular algunas directrices; y, finalmente, los que se tomaron las Divisiones de Policía. Como nos recuerda Rudé, este tipo de dirigentes parecían actuar “como intermediarios” entre los gaitanistas de barrio y los grandes dirigentes del partido liberal, extraídos desde fuera de la multitud.

Un hecho bastante curioso lo constituyen los mensajes enviados desde el radio periódico “Última Hora” que transmitía desde la radiodifusora *La Voz de Bogotá* y que había sido tomada por los rebeldes desde tempranas horas. Desde allí Carlos H. Pareja dijo que:

se ha constituido la Junta Revolucionaria de Gobierno presidida por el doctor Darío Echandía y con un comité ejecutivo compuesto por los doctores Gerardo Molina, Restrepo Piedrahita, Adán Arriaga Andrade y Carlos H. Pareja. Voy a leer en seguida el primer decreto por el cual se nombra a Ultimas Noticias como su órgano oficial de difusión... (Citado en Alape, 1983, pág. 422)

Mientras los miembros de esa autoproclamada Junta Revolucionaria de Gobierno designaban como líder a Darío Echandia en un intento de mediar lo que ocurría en Palacio y lo que ocurría en las calles, decretaban directrices que poco efecto tenían en la multitud. Se ordenaba a la turba dirigirse a la Quinta División para recibir armamento e instrucción militar y se prohibía, so pena de encarcelamiento, el saqueo y destrucción de establecimientos comerciales. Como era evidente, ni lo uno ni lo otro fue acatado por la multitud. Desde muy temprano, los dirigentes perdieron muy pronto su autoridad temporaria. “La muchedumbre asumió el mando, destruyendo sistemáticamente los símbolos de poder, de la desigualdad y de la exclusión, que antes habían sido aceptados con tanta facilidad.” (Braun, 2013, pág. 310)

Similar situación ocurrió en la Quinta División de Policía, la más beligerante de todas. Como ha señalado George Rudé, “la multitud podía estar compuesta en general por un cuerpo de decididos militantes, que habían elegido deliberadamente reunirse y cuya devoción, determinación y lucidez política los distinguen más o menos agudamente de sus conciudadanos más pasivos.” (Rudé, 2009, pág. 250) En las diferentes Estaciones de Policía

que existían en la ciudad⁴⁴ ésta línea divisoria entre militantes decididos y conciudadanos pasivos fue más clara que en otros lugares. Según el relato del teniente Luis Eduardo Aldana,

infortunadamente, en muchas Divisiones, los oficiales superiores trataron de retirarse de las Divisiones hacia sus hogares. Eso sucedió en la Novena División. En la Novena División me dejaron al mando y el capitán que era el encargado se fue diciendo que él tenía mujer e hijos que defender [...] resolvimos venimos para la Quinta División que era o parecía ser la única División que tenía un mando. Nos tuvimos que venir a pie. Éramos unos ciento cincuenta; la mayoría resolvió quedarse en el cuartel o retirarse hacia sus casas. (Citado en Alape, 1983, pág. 435)

Pero incluso, en la Quinta División de Policía, la ambivalencia entre dirigentes espontáneos y la multitud misma se hizo evidente. Pese a que aquella había sido tomada desde muy temprano y algunos de sus integrantes se habían acuartelado y sumado a la muchedumbre fue muy poco lo que pudo aportar en términos de dirección y organización. Se repartieron algunos fusiles a los amotinados que iban llegando, se estableció contacto con algunas emisoras y, bien entrada la tarde, la Junta Revolucionaria de Gobierno designó al capitán de la Quinta División, Tito Livio Orozco, miembro del comando de policía revolucionario. Pero, más allá de eso, la relación de los dirigentes de la Quinta División y la multitud fue muy débil. Según el testimonio del policía Miguel Ángel Cubillos Castro,

⁴⁴ En la época existían once estaciones de policía, entre las que se encontraban: “1) Estación 2° (carrera 7 con calle 8); 2) Estación 3° y 4° (carrera 7 con calle 4); 3) Estación 7° (carrera 5 con calle 29, detrás de la Plaza de Toros); 4) Estación 8° (av. Primero de Mayo n.º 1-40, San Cristóbal); 5) Estación 9° (carrera 13 con calle 39); 6) y las siguientes ubicadas en: calle 12 con carrera 24; calle 13 con Monserrate; calle 50 con carrera 13 y calle 63 con avenida Caracas. En relación con las inspecciones de policía, luego del 9 de abril de 1948, cuando se reorganizó la policía, por Decreto 95 de 1950, la ciudad fue dividida en 18 inspecciones de policía.” (Carreira, 2019: 261)

Cuando yo llegué al cuartel ya había civiles adentro. Ya esto estaba desorganizado y yo quedé nulo, yo quedé loco. Los superiores no daban órdenes, no hacían nada. Estaba todo mundo congestionado [...] no logró el capitán Tito Orozco ordenar ese personal, porque él era muy valiente, pero no logró organizar. Ya iban siendo como las cinco de la tarde. A esa hora no cabía un alma más en ese cuartel. Eso subía y bajaban. (Citado en Alape, 1983, pág. 438)

Este hecho se explica por la gran diferencia que existía entre la muchedumbre y estos dirigentes intermedios, casi extraídos de fuera de la multitud. Mientras la turba estaba compuesta, en su mayoría, por los artesanos y los sectores más tradicionales de la ciudad, la Junta Revolucionaria de Gobierno, los locutores de radio y las Divisiones de Policía fueron conformados por la clase media. Gerardo Molina era rector de la Universidad Nacional, Raúl Alameda Ospina era estudiante universitario, Jorge Zalamea y Gaitán Duran eran poetas e intelectuales de la clase media. En resumen,

“una de las razones de esta ambivalencia del liderazgo fue que los dirigentes provenían casi invariablemente de clases sociales diferentes de las de sus seguidores [...] Un resultado de ello fue que hubo siempre una cierta falta de concordancia entre las aspiraciones sociales y políticas de los dirigentes y las de sus seguidores.” (Rudé, 2009, pág. 297)

Por ejemplo, la Junta Revolucionaria en Cali estuvo presidida por Humberto Jordán Mazuera quien era un destacado simpatizante gaitanista y, además, se desempeñaba como personero de Cali. Fue el mismo Humberto Mazuera quien fuera designado por la Junta

Revolucionaria alcalde popular durante la revuelta y que solo duró tres horas.⁴⁵ Otros dirigentes que se sumaron a la Junta fueron: Luciano Wallis López, funcionario público; Hernán Isaías Ibarra, representante a la Cámara; Luis Ángel Tofiño; y Juan Julián Donneys. Similar situación ocurrió en Ibagué, Libano y Honda. (Ver anexos 1, 2 y 3)

En Barrancabermeja, “En la experiencia de poder popular en Barranca se hizo presente la herencia que representaba una larga historia de luchas obreras y sindicales, de solidaridad y de confrontación con el poder económico, político e imperial de la Tropical Oil Company, subsidiaria de la Standard Oil Company.” (Díaz Callejas, 1987, pág. 53)

3.1.4. A partir de las 4:00 p.m.

Durante el transcurso de la revuelta, como ya se anotó, la mentalidad colectiva de la turba mutó rápidamente. Tomando prestadas expresiones de George Rudé podríamos decir que, en cuestión de horas, las formas de “audacia”, “heroísmo” y “violencia” de la multitud se modificaron de acuerdo al contexto en el que se iban situando. Sin embargo, algunos tipos de disturbio y formas de acción se mantuvieron constantes en la revuelta, aunque, eso sí, con otro sentido y finalidad. El caso del saqueo y la destrucción de establecimientos comerciales es el más interesante. Según el testimonio de Abelardo Forero Benavidez, un político liberal, exministro de Estado y periodista,

Millares de gentes humildes y paupérrimas, desde las cuatro de la tarde, al liquidarse en el torbellino del motín la fuerza de policía y habiendo saltado en

⁴⁵ Existe, sin embargo, otra información al respecto. Para un autor como Darío Betancourt Echeverry no fue Humberto Jordán Mazuera quien fuera designado como alcalde popular sino el “doctor Luis Ángel Tofiño”. “La misma junta nombró al doctor Luis Ángel Tofiño, alcalde de la ciudad de Cali.” BETANCOURT ECHEVERRY, Darío, El 9 Abril en Cali y en el Valle, acciones de la muchedumbre, En: Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura, N°. 15, 1987, Pág. 279.

añicos todo el orden social, se dedicaron a saquear sin discriminación las tiendas y los almacenes. Ni lo hacen con método, no movidos por un criminal impulso de robo. [...] Ha llegado sencillamente el momento de divertirse y hacer naufragar en el alcohol los recuerdos de la miseria. (Citado en De Roux, 1981, pág. 122)

El saqueo y la destrucción de almacenes habían comenzado con la noción política de armar a la multitud con el fin de asaltar el Palacio, pero a las tres de la tarde empezó a mutar hacia el pillaje y el robo. A las cuatro de la tarde era un hecho que el saqueo y la destrucción de almacenes ya no se hacía selectivamente, buscando ferreterías; ahora se hacía sin método y con un sentido fiestero y de venganza. Ese viraje en el sentido político del saqueo, como vimos, tuvo su origen en el ingreso de nuevos elementos sociales a la revuelta pero, más allá de eso, tuvo también un significado mucho más profundo que lo explica.

Tal como lo ha advertido George Rudé, “al indagar los motivos no debemos ser tan sutiles o tortuosos como para ignorar la intención evidente o primaria. No obstante, esta última solo nos proporciona una clave para la naturaleza general de un disturbio.” (Rudé, 2009, pág. 260)

De este modo, el elemento derivado de la ideología popular de la protesta no solo se manifestó en el incendio y la destrucción de los símbolos del poder asociados al Partido Conservador. Pese a que el saqueo no era una tradición en la memoria de las luchas populares en Bogotá, en alguna medida tenían relación con el ambiente social e ideológico de la muchedumbre. Según ha advertido Rudé “los motivos no solo variaban de una acción a otra sino también entre los diferentes grupos que participaron en el mismo disturbio.” (Rudé, 2009, pág.260)

En consecuencia, con un ambiente caracterizado por la restricción del suministro de agua y energía eléctrica, precios de los víveres por las nubes y acaparadores justificando alzas con ocasión de la IX Conferencia Panamericana, “la más afectada fue la séptima, con sus pequeños almacenes de ropa, propiedad de sirios, libaneses, judíos, denominados colectivamente ‘polacos’ y **conocidos por sus altos precios y por su intransigencia como acreedores.**” (Braun, 2013, pág. 321. El subrayado es propio) De algún modo el saqueo a partir de las cuatro “**expresó el odio de clase en forma ciega y primitiva.**” (De Roux, 1981, pág. 147. El subrayado es propio)

Darío Samper, director de *Jornada*, comentó que “la mayor parte de los incendios se produjo en los almacenes de los judíos. Porque toda la séptima estaba ocupada por inmigrantes judíos que habían puesto sus comercios allí.” (Citado en Alape, 1983, pág. 332) En cierto sentido, se confirma el hecho de que “las revueltas urbanas, en las cuales intervenían por lo general cuestiones políticas, tuvieron lugar frecuentemente dentro de un panorama de precios ascendentes o escasez de mercaderías.” (Rudé, 2009, pp. 261-262) Un hecho curioso fue descrito por el mismo Darío Samper. Según recuerda,

hubo muchos liberales que saqueaban y se llevaban las máquinas de escribir, las llevaban a los locales de la dirección liberal. Otros, los que se robaron una gran cantidad de ropa de los almacenes de los judíos se la llevaron para los lados del Circo y pusieron almacén. Después de varios días las damas encopetadas de Bogotá iban a comprar sus abrigos, en el mercado persa que se formó en la ciudad. (Citado en Alape, 1983, pág. 332. El subrayado es propio)

En general, “la destrucción de los edificios públicos se interrumpió hacia las cuatro cuando tres tanques rodearon por la séptima hacia Palacio.” (Braun, 2013, pág. 317) Pese a ello, la revuelta no dejó de tener el carácter político y partidista con el que habían sido iniciados el incendio y la destrucción de los edificios públicos. Algunos de los símbolos del poder asociados a los conservadores, y que habían permanecido intactos durante buena parte de la revuelta, fueron los edificios relacionados con la Iglesia Católica. Según se ha explicado,

Por regla general la Iglesia Católica apoyaba a los conservadores y la mayoría de los curas eran miembros o simpatizantes del Partido de Ospina Pérez. Se comprende entonces que la institución eclesiástica haya sido un blanco favorito de los amotinados que la veían como parte del régimen dominante, como brazo eficiente del sistema que controlaba sus vidas. (De Roux, 1981, pág. 129)

Según Armando Aljure “A las seis de la tarde nos llamaron del Colegio de La Salle, que lo estaban incendiando.” (Citado en Alape, 1983, pág. 354) En general,

Fueron asaltados y reducidos a cenizas la Nunciatura y el Palacio Arzobispal. La Catedral Metropolitana fue profanada y se trató de prenderle fuego por cuatro puntos, la Universidad Javeriana Femenina, dirigida por los jesuitas fue arrasada. El Colegio de La Salle fue asaltado e incendiado. Los templos de la Capuchina, Las Nieves, Santa Bárbara, San Agustín, San Ignacio, La Candelaria y San Victorino sufrieron abaleos o tentativas de incendio; la iglesia del Hospicio quedó en carbones. Numerosas casas cúrales, conventos y colegios dirigidos por religiosos y religiosas fueron abaleados y también tuvieron que luchar contra el fuego. (De Roux, 1981, pág. 129)

Aunque es verdad que después de las cuatro de la tarde el carácter político de la revuelta fue cada vez menos generalizado en los ataques de la muchedumbre, algo del elemento derivado y del elemento inherente sobrevivían en la ideología popular de los rebeldes que aún se encontraban en las calles. Se ha documentado, por ejemplo, que bien entrada la noche las multitudes “pusieron fuego a la casa de Laureano Gómez, situada lejos, hacia el occidente, en el pueblo de Fontibón. Quemaron también el Venado de Oro, el lujoso restaurante en las alturas de la ciudad.” (Braun, 2013, pág. 328) El odio partidista derivado de La Violencia y la herencia incuestionada del partido tuvo manifestaciones hasta el final de la revuelta. No fue una coincidencia que la casa del reconocido líder conservador, Laureano Gómez, hubiera terminado en llamas.

Probablemente el incendio del lujoso restaurante Venado de Oro expresó un viejo ajuste de cuentas que la muchedumbre hacía con motivo de la expulsión de la que había sido víctima durante las reformas urbanas de la década de 1940 en el sector del Paseo Bolívar.

3.1.5. A partir de las 5:00 p.m.

¿Qué eficacia tuvieron las fuerzas de represión o las de la ley y el orden? Desde inicios de la revuelta el batallón que custodiaba el Palacio jugó un papel preponderante en el desarrollo de los acontecimientos. Aunque solo contaba con cuarenta hombres sin mayor instrucción militar la eficacia del batallón impidió, desde muy temprano, el asalto a Palacio y contribuyó a la desviación de los objetivos de la multitud. Esta relativa eficacia de las fuerzas de represión contribuyó, además, a consolidar la tendencia de las revueltas y los levantamientos preindustriales que “aun cuando alcanzan grados inusitados de violencia, son incapaces de articular un proyecto político como alternativa a las formas vigentes de dominación social.” (Rudé, 1981)

De acuerdo con la investigación de Herbert Braun, la acción de las fuerzas de represión durante las primeras horas de la revuelta fue mínima. Las órdenes lanzadas desde Palacio como la de “cortar el suministro de energía eléctrica no fueron atendidas sino al anochecer. La orden tenía como propósito callar estaciones de radio, pero muchas siguieron transmitiendo hasta las diez y media de la noche.” (Braun, 2013, pág. 301)

Pero es entre las cuatro y las cinco de la tarde cuando las fuerzas de represión actuaron con mayor determinación sobre los amotinados. A las cuatro de la tarde la incursión militar sigue la dirección norte-sur, por la carrera séptima. El objetivo es llevar refuerzos a los cuarenta hombres que custodian el Palacio, donde se encuentra atrincherado el presidente Mariano Ospina Pérez, pues los intentos de ataque subsisten por la calle diez hacia la carrera cuarta. Según los testimonios, a las cuatro de la tarde aparecen los tres primeros tanques de guerra.

En un gesto bastante peculiar, la muchedumbre que se encuentra apostada sobre la carrera séptima, incendiando y destruyendo todo símbolo del Partido Conservador y del rico usurero, le abre paso a los tres tanques que se aproximan lentamente. Entre vivas y aclamaciones, la muchedumbre piensa que los tanques están del lado de su causa incendiaria y que aquellos van a ejercer la justicia natural sobre los culpables de la muerte de Gaitán, el alto precio de los víveres, las reformas urbanas y la incesante Violencia. Algunos amotinados se suben triunfantes a los tanques y los envuelven con banderas rojas y banderas tricolores.

Al llegar a la esquina suroriental dos de los tanques siguieron hacia Palacio y el último dio la vuelta hacia los manifestantes que le seguían; apuntó y disparó varias ráfagas. Este constituye, quizás, el momento de mayor represión y bajas contra la multitud. Aunque algunos observadores han señalado en el hecho cierto grado de ingenuidad de parte de la

muchedumbre, lo cierto es que había razones de peso que explican esta forma de reacción. Desde tempranas horas muchos policías y cuarteles se habían sumado a los manifestantes, así como algunos militares. Según se supo después, uno de los capitanes al mando de un tanque tenía filiaciones liberales y gaitanistas pero una bala le impactó antes de llegar a Palacio con lo cual fue reemplazado por otro militar leal al gobierno.

Pero además de estos hechos evidentes, esta reacción hacia la incursión miliar expresaba el carácter de la ideología popular de la revuelta. Tomando prestada la expresión de George Rudé, la ideología popular de la revuelta fue influenciada por “la naturaleza de las creencias ‘derivadas’ resultantes de las circunstancias imperantes”. (Rudé, 1981, pág. 45) La restauración moral y democrática de la república de la que tanto había hablado Jorge Eliecer Gaitán en sus discursos se manifestó en la necesidad de la restauración del orden y la moral hasta ese momento alterados por los odiosos conservadores. En resumen, esa “reacción instintiva expresaba un anhelo por el orden y la disciplina simbolizados en los soldados con sus vistosos uniformes.” (Braun, 2013, pág. 292)

Lo que vino a continuación solo fue la confirmación de la efectividad de la represión. Según el testimonio de Manuel Salazar,

A las cinco de la tarde el ejército se toma la plaza de Bolívar; a las seis comienza a avanzar por la carrera séptima disparando, matando a diestra y siniestra; a las siete de la noche llega a la carrera séptima con calle diecisiete, donde el saqueo fue violento [...] a la siete y media comenzó a avanzar poco a poco, iban tomando con mucha precaución cuadra por cuadra, iban desalojando a los borrachines porque ya no era pueblo revolucionario, y lo

que había en los almacenes era ya muy poco. (Citado en Alape, 1983, pág. 418)

A las siete de la noche, un tal Estrada Monsalve, contemporáneo de la época, “había llegado a la conclusión de que el último intento revolucionario ha sido vencido. La revolución se convirtió en una asonada.” (Braun, 2013, pág. 300) Algunos ataques aislados persistieron después de las siete. Se incendió la casa del político conservador Laureano Gómez y el restaurante Venado de Oro. Además, sobre las nueve de la noche, aproximadamente, Manuel Salazar comenta que fueron blanco de la multitud “los dos principales hoteles de Bogotá: el Ritz y el Regina. Esto tal vez si tuvo un carácter político porque en el Regina y en el Ritz estaban hospedados gran cantidad de los delegados de la Panamericana”. (Citado en Alape, 1983, pág. 419)

La multitud nueve abrileña tuvo algunas excepciones respecto de la turba clásica. Tomando prestadas expresiones de Eric Hobsbawm, la multitud nueve abrileña no manifestó la clásica “hostilidad hacia los forasteros” o “patriotismo municipal”⁴⁶. Si bien el incendio de los hoteles Ritz y Regina podía expresar un odio político a los delegados extranjeros a la IX Conferencia Panamericana, en la multitud participaron también muchos forasteros. Desde exiliados de la guerra civil española hasta estudiantes cubanos entre los que se encontraban Fidel Castro, Alfredo Guevara y otros.

⁴⁶ Desde otro punto de vista se ha resaltado un hecho muy importante y es que los almacenes destruidos por la multitud fueron “aquellos que por su nombre el pueblo asoció a la empresa extranjera: almacenes Croydon, Willy Bickenbach, J. Glotman, Schmindt Hermanos, y las lujosas joyerías de Erwin Kraus y K. L. Bauer. Este hecho como el del intento de incendio del edificio donde funcionaba la embajada americana estuvo seguramente asociado a la agitación anti-imperialista de los días anteriores con motivo de reunirse la IX Conferencia Panamericana, bajo la presidencia del Secretario de Estado, George Marshall.” (Sánchez Gómez, 1984: 24)

Por otro lado, desde nuestro punto de vista, el ataque a la embajada de Estados Unidos reveló, desde otra arista, el elemento inherente de la ideología popular de la revuelta. La aversión contra la presencia estadounidense en Colombia había sido expresada en las jornadas de protesta de marzo de 1909; y marzo y octubre de 1910. La aversión a los estadounidenses era parte de la tradición y la memoria colectiva del pobre urbano, no solo en Bogotá sino en buena parte de la nación.

Manuel Salazar anduvo sobre las diez de la noche en el barrio La Perseverancia pero se encontró con la sorpresa de que sus “habitantes estaban en la batalla. Nadie sabía dónde estaba nadie.” La multitud no atacó los barrios del norte, ni tampoco el Jockey Club donde frecuentaba la clase alta de la ciudad. En realidad, en muchos de los edificios a los que se le atribuye su destrucción a la multitud hay serios indicios sobre el verdadero origen de tales destrucciones. Gloria Gaitán señala que,

vale la pena anotar también que los incendios de la carrera séptima y de la plaza de mercado fueron realizados, bien entrada la tarde, en la misma forma como los urbanizadores habían señalado previamente como manera para reurbanizar a Bogotá y ‘crear plusvalía’, como ellos mismos lo anotaban [...] Sin conexión ninguna con los incendios que devoraban el corazón de la ciudad, principiaron a quemarse los edificios de las manzanas en torno a la plaza de mercado, zona de la ciudad de la cual había dicho dos meses antes la revista *Proa*, que era necesario ‘reurbanizar oficialmente el sector más desaseado, el llamado Plaza de Mercado. (Gaitán, 1997, pág. 7)

Por otro lado, en un estudio reciente se ha señalado que “nunca se registró la destrucción total de la que el despliegue periodístico informó o, más bien, desinformó.” (Carreia, 2019,

pág. 132) En general, resultaron afectados por los ataques de la multitud 136 edificios que se situaban desde la calle 10 a 22, entre carreras 2 y 13⁴⁷. Específicamente, las jornadas del 9 de abril afectaron fundamentalmente tres zonas que comprendían

cuatro cuadras sobre la carrera 7 (entre calles 19 y 23); las manzanas comprendidas por las calles 11 y 12, y las carreras 4 a 8; y una zona alrededor de la plaza de San Victorino que sufrió especialmente los destrozos, porque concentraba la mayoría de las ferreterías de la capital, las cuales fueron saqueadas por personas que se armaron de machetes, herramientas y peinillas. (Carreira, 2019, pág. 133)

La Violencia derivó en la ideología popular de la revuelta sobre todo en su aspecto de versión tardía de las guerras civiles decimonónicas. El odio partidista de la herencia incuestionada se sobrepuso al componente clasista y social del conflicto. El Jockey Club y los barrios del norte no fueron destruidos porque para la muchedumbre la oligarquía seguía siendo conservadora más que una antagónica clase industrial y financiera. Según la perspectiva de Herbert Braun,

La multitud destruyó el Ministerio de Hacienda, pero no asaltaron los bancos: estos no simbolizaban de la misma manera el orden social. Atacó la sede del Ministerio de Relaciones Exteriores, el Palacio de San Carlos, pero ignoró al Jockey Club y al Gun Club [...] La multitud respondió al impacto directo que la política ejercía sobre sus vidas personales. La parte del orden social que atacaron fue aquella en la que fácilmente veían como se tomaban

⁴⁷ Datos tomados de: APRILE-GNISET, Jacques, (1983), El impacto del 9 de abril sobre el centro de Bogotá, Colombia, Centro Cultural Jorge Eliecer Gaitán.

determinaciones acerca de sus vidas. Los símbolos del poder económico pasaron a segundo plano. (Braun, 2013, pág. 328)

Entre los muchos comercios destruidos sobre la carrera séptima, la librería del papá de Jorge Eliecer Gaitán permaneció intacta. Así mismo, el famoso Buick verde en el que se transportaba Gaitán fue dejado a un lado por los incendiarios. En resumen,

los pobres se lanzaban sobre el centro de la ciudad y los liberales ‘decentes’, los dirigentes del partido, cuyo odio no era social sino político, trataban de sacar ventaja para forzar un derrocamiento del régimen conservador. **Si socialmente el 9 de abril fue una confrontación de clases, políticamente fue una lucha entre liberales y conservadores.** (De Roux, 1981, pág. 135. El subrayado es propio)

Por su evidente contraste con los disturbios de Bogotá, merece una mención aparte lo ocurrido en Barrancabermeja con su Junta Revolucionaria. A causa de la arraigada tradición obrera, huelguística y política de Barrancabermeja los disturbios en esa zona

representaron uno de los más sobresalientes experimentos de emancipación del movimiento popular con respecto a las practicas centenarias del enfrentamiento liberal-conservador. [Contrastan] los actos del poder de las autoridades revolucionarias con los de la tradición bipartidista de las guerras civiles, durante las cuales era más que frecuente que los costos de la guerra corrieran por cuenta de los sectores populares del bando contrario. (Sánchez Gómez citado en Díaz Callejas, 1987, pp. 14-15)

Además, las particularidades de cada región, villorio y ciudad, y en razón de sus propias tradiciones de lucha, el Bogotazo tomó una lógica totalmente contraria. En consecuencia, fuera de Bogotá,

aunque los motines comenzaron como la rebelión de los liberales contra las autoridades conservadoras y sus símbolos de poder, rápidamente una buena parte del territorio se convirtió en espacio de lucha de clases: así, muchos campesinos invadieron tierras en disputa llegando inclusive a ajustar viejas cuentas con los terratenientes; también los trabajadores petroleros fueron bastantes combativos e inclusive amenazaron con volar las refinerías y los oleoductos. (Sáenz Rovner, 2007, pág. 175)

Pero a pesar de que la opinión generalizada era que después de las siete de la noche el último intento revolucionario había sido vencido, fueron muchos los elementos rebeldes que se mantuvieron fieles a las consignas políticas después de las siete y hasta la madrugada del diez de abril. Por ejemplo, según el testimonio de Julio Posada, miembro del comité ejecutivo del Partido Comunista, “llegando la noche, nuevamente la gente empezó a aglutinarse en torno a la casa del partido, a tratar de encontrar una orientación. La gente entraba y salía y discutía.” (Citado en Alape, 1983, pág. 413)

Uno de los elementos sociales que más tiempo duró fiel a la consigna de la toma del Palacio fue la policía de la Quinta División, ubicada en el barrio La Perseverancia. Allí se había constituido el cuartel general de la revolución después de que la Junta Revolucionaria hubiese sido expulsada por el ejército de las instalaciones de la radiodifusora La Voz de Bogotá hacia las ocho de la noche. En medio de las tinieblas y del cruce de balas habían

arribado a la Quinta División algunos miembros de la Junta y otros tantos rebeldes que buscaban el modo de planear el asalto al Palacio.

Según el testimonio de Miguel Ángel Cubillos, agente de policía acuartelado en la Quinta División,

como a las seis de la tarde, comenzaron a darnos noticias por la radio de que el personal que estaba en el cuartel se rindiera porque iba a ser bombardeado el cuartel [...] a las once de la noche eran más frecuentes las arengas del gobierno contra nosotros, nos declararon subversivos, que debíamos entregar las armas porque en breves minutos bombardeaban el cuartel y claro, nosotros no podíamos esperar cosa distinta. (Citado en Alape, 1983, pp. 439-440)

Mientras tanto, ya llegada la noche, en la Quinta División, Adán Arriaga comenta que “llegaron los obreros ferroviarios a ponerse a las órdenes de la Junta Revolucionaria y a decir: ‘Nosotros ya nos robamos un poco de dinamita y estamos haciendo bombas’.” (Citado en Alape, 1983, pág. 448)

3.2 ¿Cuál ha sido la significación histórica del Bogotazo?

Existen tres elementos generales desde donde puede responderse esta pregunta, a saber:

A) significación histórica del Bogotazo en relación con el gaitanismo; B) significación histórica del Bogotazo en relación con las transformaciones urbanas de la década de 1940; C) significación histórica del Bogotazo en relación con el fenómeno de La Violencia.

Frente al primer elemento, que es el más sobresaliente, podría afirmarse que el Bogotazo significó para el movimiento gaitanista su muerte, literalmente hablando. Según cálculos hechos con posterioridad al 9 de abril de 1948 se “indica un número mínimo de 2.538 muertos

en Bogotá.” (Oquist, 1978, pág. 234) Debido a que muchos de los muertos y heridos fueron recogidos en volquetas y arrojados a fosas comunes no es posible conocer cuántos de ellos eran miembros activos del gaitanismo, simpatizantes y afiliados de los comités barriales. Además, de los pocos cuerpos que se identificaron y se recogieron, por parte de amigos o familiares, aquellos se sepultaron en el completo anonimato por el temor a la efectiva represión que sobrevino después del 9 de abril.

Por otro lado, el gaitanismo en tanto expresión disidente del liberalismo oficial o decimonónico también cerró filas. A raíz del Bogotazo la tradición del liberalismo de izquierda fue expulsada definitivamente del Partido Liberal. La última etapa del gaitanismo, o etapa poselectoral (1947-1948), había dejado muy claro para el ala oficial del liberalismo que las consecuencias de las aceleradas transformaciones económicas y urbanas de 1940 podían afectarlos también a ellos y sus privilegios. El consecuente surgimiento de héroes de izquierda como Jorge Eliecer Gaitán ponía en jaque la tradicional lealtad partidista de la herencia incuestionada sobre la cual se cimentaban los privilegios de los que gozaban las elites liberales y conservadoras. ¡Por la reconquista del poder: A la carga! Fue aquel el último lema lanzado por Gaitán y ante el cual sucumbieron del miedo tanto los oligarcas conservadores como los oligarcas liberales.

Según se ha podido comprobar, la iniciativa de dialogar entre los miembros de ambos partidos no provino ni del presidente Ospina ni de Darío Echandía. Fue un hecho espontáneo y accidental en el que el secretario de la presidencia, sin autorización del presidente, llamó a Alfonso Araujo a la Clínica Central para extenderle la supuesta invitación de la presidencia. Para los liberales esta llamada fue la oportunidad de negociar de nuevo su participación en los altos cargos burocráticos del Estado. Así, negociar un pacto de Unidad Nacional con los

conservadores ya no sería ilegítimo pues beneficiándose de la muerte del “Jefe” era fácil limpiarse las manos y decir que se “actuaba de buena fe”.

Fue inútil que la multitud hubiera gritado vivas a Darío Echandía y hubiese buscado entre los jefes del partido a los dirigentes que coordinaran su accionar. Tanto Echandía, como los que lo acompañaron, habían rehusado sumarse a la multitud y se habían convertido en dirigentes extraídos de fuera, que condenaron la violencia que se hizo en nombre de Gaitán y también del partido. Aunque se argumentó que la intempestiva desaparición de los jefes liberales a través del Teatro Nuevo se hizo porque iban a exigir la renuncia de Mariano Ospina Pérez, lo cierto fue que a su llegada a Palacio, sobre las ocho o nueve de la noche, lo único que ofrecieron fue su respaldo al gobierno conservador y recibieron de aquel las migajas de un reparto burocrático de los ministerios.

Qué más podía esperarse de figuras como Carlos Lleras Restrepo quien fuera sobrino nieto de Alberto Lleras Camargo el perpetuador de la primera oleada de Violencia y represión sindical⁴⁸. O de Luis Cano, periodista liberal, quien a su llegada a Palacio y en medio del tensionado ambiente dijo al presidente Mariano Ospina en términos patéticos: “le expreso la profunda admiración que por usted siento y le recuerdo nuestra vieja amistad para que vea con cuanta sinceridad le hablo.” (Citado en Alape, 1983, pág. 384) Allí, en Palacio, Darío Echandía, Carlos Lleras, Alejandro Vallejo, Alfonso Araujo, Luis Cano y Plinio Mendoza Neira permanecieron desde la noche hasta la madrugada del diez de abril obstaculizando cualquier nuevo intento de organización de la turba.

⁴⁸ Véase SÁNCHEZ, Gonzalo, & MEERTENS, Donny, (1992), *Bandoleros, gamonales y campesinos*. El ancora Editores. Pág. 33.

Para Gerardo Molina era claro que “la ausencia de jefes y el no retorno de los comisionados de Palacio, desmoralizó a la gente, que se quedó sin directores.” (Citado en Alape, 1983, pág. 442) Según el testimonio de Adán Arriaga, cuando él y otros rebeldes se amotinaron en la Quinta División de Policía, el último bastión rebelde de la ciudad, a la espera de órdenes para tomarse el Palacio:

de Palacio nos decían: ‘no vayan a hacer nada, que esto está marchando’. **La comunicación permitió que desde Palacio mantuvieran un control de prudencia**, frente a una Junta que los que quería era actuar. Nosotros nos comunicamos con todos ellos: con Carlos Lleras, Echandia, Arango, Luis Cano. Ellos llamaban para hablar. (Citado en Alape, 1983: 450. El subrayado es propio)

En resumen,

Recuperado el control del amotinamiento en Bogotá, el Presidente Ospina Pérez emitió el mismo día 10 de abril los tres primeros decretos: el primero, declarado turbado el orden público y en Estado de Sitio todo el territorio nacional; el segundo, rindiendo honores al líder popular asesinado, y tercero, nombrando el nuevo gabinete ministerial de Unión Nacional, encabezado por Darío Echandia como Ministro de Gobierno. (Sánchez Gómez, 1984, pág. 139)

Por ejemplo, en la oleada de represión que inicio inmediatamente en Bogotá se

procedió a las destituciones masivas de oficiales: el 6 de mayo son dados de baja 12 Comandantes Segundos, 10 Subcomandantes, entre ellos el célebre

Segundo Tito Orozco, 37 Tenientes Primeros y 63 tenientes Segundos; el 2 de julio son dados de baja 2 Comandantes Segundos, 4 Subcomandantes, 5 Tenientes Primeros y 10 Tenientes Segundos. **Los decretos respectivos llevaban naturalmente la firma del Ministro de Gobierno [Darío] Echandia, quien el día 10 de abril había prometido a la V División de Policía no ejercer retaliaciones.**” (Sánchez Gómez, 1984, pág. 147. El subrayado es propio)

Como ha advertido George Rudé, en las revueltas preindustriales podía producirse un proceso donde los insurrectos de una clase social inferior continuaran un movimiento comenzado por una clase social superior o “bien podía producirse un proceso similar pero a la inversa: los insurrectos de una clase social superior continuaron un movimiento comenzado por obreros o por pobres urbanos.” (Rudé, 2009, pág. 246) En el caso del Bogotazo las circunstancias fueron, más bien, las últimas. Pero con la excepción de que allí los miembros de la clase superior no dieron continuidad al movimiento iniciado por la multitud y más bien contribuyeron a su represión. Con la excepción de los miembros de la Junta Revolucionaria que decididamente se sumaron a los eventos pero que no lograron establecer ninguna dirección efectiva.

La derrota de la muchedumbre nueve abrileña y la extinción del gaitanismo estuvieron signadas tanto por la actitud de los jefes liberales como por las expectativas que la muchedumbre tenía sobre los fines de la protesta. Como ya se ha insistido en el presente trabajo, era una característica de las revueltas de la época preindustrial que “aun cuando alcanzan grados inusitados de violencia, son incapaces de articular un proyecto político como alternativa a las formas vigentes de dominación social.” (Rudé, 1981) Para un autor como

Díaz Callejas, en las revueltas abrileñas “la máxima aspiración del gaitanismo, del liberalismo y de todos los grupos y movimientos de izquierda y revolucionarios, no fue nunca más allá de la protesta demandando la renuncia del presidente de la República, Mariano Ospina Pérez.” (Díaz Callejas, 1987, pág. 191)

Al poco tiempo de terminadas las revueltas fueron muchos los conservadores que “desearon la violenta represión de los ‘nueve abrileños’ [...] La policía fue purgada de liberales y se unió con la ya beligerante ‘Policía Política’ en la violenta represión contra los liberales en muchas áreas y su persecución en todas partes.” (Oquist, 1978, pág. 236)

Frente a la significación histórica del Bogotazo en relación con las transformaciones urbanas de la década de 1940 puede decirse que también significó una derrota para la multitud y, en particular, para el pobre urbano y los elementos más tradicionales de la ciudad. El gaitanismo había puesto al descubierto el dramatismo de muchos habitantes de la ciudad que sufrían las consecuencias de las transformaciones urbanas emanadas del desarrollo del capitalismo industrial. Además, el gaitanismo había articulado también los anhelos de muchos de esos habitantes por resistir a esas transformaciones urbanas en curso y a regresar a un orden espacial preestablecido.

El levantamiento popular del 9 de abril no logró el cometido de resistir a las transformaciones urbanas ni tampoco regresar a un orden espacial preestablecido. Todo lo contrario. Según se ha comentado recientemente,

El Bogotazo, como hecho físico de la destrucción del centro de Bogotá fue un episodio que, en lugar de obstaculizar, facilitó ‘avanzar’ sin trabas el proceso

de transformación urbana y arquitectónica que, enmascarado en la imagen del progreso, se basaba en una lógica mercantil. (Carreira, 2019, pág. 330)

Con la declaración del Estado de Sitio la ciudad se militarizó. La violenta represión a los gaitanistas de base que sobrevivieron a la matanza y a cualquier intento de la movilización popular atemorizó a los ciudadanos en su conjunto. El tránsito por la ciudad se limitó a las funciones más básicas, tal como lo había propuesto el reformador urbano Karl Brunner a mediados de la década: vivienda, comercio y circulación se convirtieron en las únicas prácticas autorizadas en la ciudad.

Las clases más opulentas se refugiaron, cómodamente, en sus amplias y lujosas casas del norte de la ciudad a la espera de la derrota de la guacherna. En cuanto a las clases medias, se ha dicho que “fueron las más perjudicadas. Pues luego de ser dueñas del centro, fueron obligadas a recluirse en sus hogares a escuchar la programación de emisoras de radio.” (Carreira, 2019, pág. 324) Finalmente, al pobre urbano y a los elementos más tradicionales de la ciudad se los desterró hasta su extinción. Así,

“se arrinconó a las clases bajas en sus miserables espacios privados, se prohibió el consumo de la chica, el funcionamiento de las chicherías y las movilizaciones populares. A cambio, se incentivaron las procesiones religiosas, los desfiles militares y los eventos deportivos, que convocaban a la población a presenciar pasivamente ceremonias donde se alardeaba y se enfatizaba la jerarquización social preconstruida.” (Carreira, 2019: 324. El subrayado es propio)

En efecto, después del 9 de abril y de la extinción a sangre y fuego del movimiento gaitanista, “la iniciativa pasa al campo de la iglesia. No solamente porque la gran burguesía encuentra en ella como preservar sus intereses y su poder, sino también porque nace, bajo su égida, un verdadero movimiento social” (De Roux, 1981, pág. 201) Así, los sindicatos de filiación católica como la U.T.C. y todas las iniciativas de la Coordinación Nacional de Acción Católica vinieron a llenar el espacio dejado por Gaitán legitimando el nuevo orden social.

No solo fue exagerado el despliegue periodístico acerca de la magnitud de los destrozos e incendios de la ciudad por cuanto la IX Conferencia Panamericana (con cerca de mil delegados extranjeros participando) pudo, a los siguientes días de la revuelta, continuar su agenda en completa normalidad.

También fue exagerada la cantidad de destrozos que se le achacaron a la acción de la turba. Existen serios indicios que permiten dar cuenta de la existencia de manos e intereses muy ajenos a los de la multitud nueve abrileña durante los destrozos. Por ejemplo: 1) el incendio de los tranvías terminó perjudicando sobre todo al pobre urbano y beneficio a los nuevos empresarios del transporte urbano; 2) el incendio de los edificios de las manzanas en torno a la Plaza de Mercado que, sin ninguna conexión con los incendios del centro de la ciudad, perjudicó a las vendedoras de la Plaza y favoreció a los especuladores del suelo urbano que meses atrás habían declarado el sector al sur del Palacio como de máximo interés para los reformadores urbanos.

Con la excusa de la reconstrucción de la ciudad por los destrozos ocasionados por la supuesta locura criminal de la muchedumbre se procedió a “socializar las pérdidas”, “mediante el establecimiento de una ‘cuota de restablecimiento del orden público’, según la

cual cada contribuyente debía aportar el 10% de lo que había pagado por su liquidación en el año gravable de 1946 por concepto de impuesto sobre la renta, patrimonio y complementarios.” (Sánchez Gómez, 1984, pág. 151)

Finalmente, el Bogotazo y su significación histórica en relación con el fenómeno de La Violencia. En este punto el significado histórico del levantamiento es más complejo que hablar de una simple derrota. Como era lógico, el avance de la modernización capitalista continuó después del 9 de abril y las respuestas conflictivas también. La Violencia, que era una respuesta conflictiva de la sociedad preindustrial a la modernización capitalista, continuó su tortuoso camino. Según ha comentado Rodolfo De Roux, si socialmente el 9 de abril fue una confrontación de clases, políticamente fue una lucha entre liberales y conservadores. En su aspecto social,

Pero fue sobre todo a nivel de la relación con otros fenómenos de la Violencia en donde resulta más llamativa la significación del Bogotazo. Si bien el gaitanismo desapareció después del nueve de abril no sucedió lo mismo con la totalidad de sus integrantes y simpatizantes. Según ha señalado George Rudé, “si en la protesta industrial se mezclaron así lo viejo y lo nuevo, la protesta rural resulto mucho más resistente al cambio.” (Rudé, 1981, pág. 211)

En efecto, después del 9 de abril fue mucho menos frecuente ver las tradicionales revueltas espontaneas del pobre urbano. El 20 de abril es tal vez uno de los últimos vestigios de la muchedumbre preindustrial en Bogotá. Con ocasión del sepelio de Jorge Eliecer Gaitán ese día más cien mil personas se congregaron desde la madrugada frente a la residencia de Gaitán para aclamar, por última vez, al jefe.

Pero a nivel de la protesta rural la persistencia de la lógica del mundo preindustrial continuo vigente por un tiempo. La represión y los efectos del cada vez más consolidado capitalismo industrial llevaron a que las formas de resistencia se trasladarán de mundo urbano al mundo rural. Los comités de resistencia, las guerrillas liberales y el bandolerismo político bebieron directamente de la derrota de la turba, la muchedumbre y la turba preindustrial nueve abrialeña. De este modo,

En las zonas rurales la violencia no amainaba, fue la época en que se crearon en los llanos los grupos guerrilleros de origen liberal. Además, muchos de los que participaron del 9 de abril, los ‘nueveabrialeños’, fueron durante los gobiernos conservadores y el del general Rojas Pinilla, protagonistas de actos de resistencia contra la violencia oficial, pero no en la ciudad, sino en la zona rural. (Vega Cantor y Rodríguez, 1990, pág. 16)

En el caso del fenómeno del bandolerismo –que es el equivalente rural de la turba y la muchedumbre preindustrial- puede decirse que aquel también alcanzo a beber de las consecuencias de la derrota de la muchedumbre nueve abrialeña. Para Gonzalo Sánchez y Donny Meertens, después del 9 de abril “la resistencia aparece entonces como una combinación a gran escala de diversas expresiones políticas y diferentes niveles de conciencia de clase, los cuales varían históricamente, no solo de una región a otra, sino también al interior de cada una de ellas.” (Sánchez Gómez & Meertens, 1992, pág. 39)

Como fenómeno rural y expresión de una época de transiciones el bandolerismo en Colombia resulto más resistente al cambio incluso en la composición de sus miembros. Estuvo anclado con cierto grado de fuerza a su predecesora la turba preindustrial nueve abrialeña pues al interior del bandolerismo, que inicio con mucha fuerza a partir de 1957, se

encontraban participando muchos “expolicías ‘nueve-abrileños’; expresidarios, fugados de las cárceles de las cárceles a raíz del ‘Bogotazo’, y campesinos pobres, como Guadalupe Salcedo, convertido en símbolo nacional de la resistencia durante el periodo.” (Sánchez Gómez & Meertens, 1992, pág. 40)

A diferencia de la ideología derivada que aparecía mediante “sistemas estructurados de ideas políticas o religiosas” en la ideología inherente era la “experiencia directa, la tradición oral y la memoria colectiva” los medios predilectos con los que se hacía manifiesta. La ideología inherente no era “algo que se aprende escuchando sermones o discursos o leyendo libros” (Rudé, 1981, pág. 33)

En el caso del Bogotazo la ideología derivada apareció con la figura del político liberal Jorge Eliecer Gaitán y, en general, del gaitanismo. Como ya vimos, el gaitanismo era una ideología derivada de una tradición liberal popular izquierdista pero que en algunos de sus conceptos e ideas básicas seguía anclado a la lógica del mundo preindustrial. En el gaitanismo aun latía con fuerza el “deseo de restaurar o mantener el pasado en vez de pedir algo nuevo”. Era un hecho el que a través de ideas como *pueblo y oligarquía, restauración moral y democracia* los gaitanistas “reclamaban la restauración de derechos perdidos o amenazados de expropiación” más que cambios o reformas radicales. Este hecho, en buena medida, facilitó un fuerte vínculo entre Gaitán y las multitudes urbanas.

En los disturbios del 9 de abril de 1948, en Bogotá, la ideología inherente estaba constituida por una larga “tradición” y “experiencia” de levantamientos populares de la más diversa índole. Es llamativo ver como ya desde 1909 era costumbre que se planteara la necesidad de un *cabildo abierto*. En el Bogotazo este planteamiento se hizo manifiesto bajo la figura de la Junta Revolucionaria a donde acudieron comisiones de ciudadanos notables

como los empleados, los estudiantes y los políticos profesionales. Además, es curioso observar que desde 1909 fue tradicional en las muchedumbres atacar las imprentas y sedes de periódicos, así como también apedrear las casas de los considerados enemigos de la protesta y del pobre. Este hecho se repitió en los espontáneos levantamientos del 5 de mayo de 1946 y, luego, en los del Bogotazo.

A su vez, la experiencia popular indicaba, desde inicios del siglo XX, que era costumbre el que las protestas fueran multclasistas y con una fuerte presencia de grupos tradicionales como los artesanos, los estudiantes, los obreros y el pobre urbano. En el Bogotazo fueron, de nuevo, estos grupos sociales tradicionales los que mantuvieron viva la llama de la insurrección popular, aunque de ningún modo de forma coordinada. Y esto fue así debido a que desde las jornadas de 1929 era costumbre el que “la protesta no desborda[ra] aun los marcos de una sociedad rígidamente estratificada. La protesta evoca, vagamente, por algunas de sus características, las pautas de conducta de la turba en los tiempos coloniales.”

El terreno que abono la agitada movilización de ambas ideologías estuvo precedido por:

- 1) La aproximación del país a los límites de un proceso *sui generis* de industrialización que, aun en la década de 1940, mantenía a buena parte de las ciudades en su etapa preindustrial, pero no por mucho tiempo;
- 2) Las violentas transformaciones urbanas que, en Bogotá venían haciéndose desde la década de 1930, como consecuencia de la inminente consumación del proceso industrializador degradaron la situación social de los grupos tradicionales de la ciudad;
- 3) finalmente, el auge de un fenómeno atípico llamado Violencia que, como consecuencia del mismo desarrollo del capitalismo industrial, había producido una masiva expulsión de campesinos a las ciudades y, además, había exacerbado los “odios heredados”

y los sentimientos prepolíticos de la ya tradicional pugna bipartidista, acaso una versión tardía de las guerras civiles decimonónicas.

Sin duda, en este agitado terreno social hubo encuentros entre la ideología derivada y la ideología inherente. Al haberse identificado como gaitanistas desde 1934, y con mayor fuerza desde 1944, los grupos tradicionales de la ciudad habían bebido de las concepciones del flamante y novedoso héroe de izquierdas Jorge Eliecer Gaitán. A través de la prensa (*Unirismo* y *Jornada*), pero sobre todo de la radio y la chicha, el pobre urbano había ampliado su léxico político con palabras como oligarquía, democracia, restauración moral etc. De este modo, se iba cocinando la ideología popular, una especie de “mezcolanza resultante” que podía tomar “una forma militante y revolucionaria como si era de índole conservadora y contrarrevolucionaria, ello dependía menos de la naturaleza de los receptores o de las creencias ‘inherentes’ de las que estos habían partido, que de la naturaleza de las creencias ‘derivadas’ resultantes de las circunstancias imperantes.” (Rudé, 1981, pág. 45)

Es decir, para entender porque el Bogotazo fue uno de los últimos, sino el último, de los conflictos preindustriales en la ciudad y de la manifestación de la turba en Colombia y Bogotá “hay que tener en cuenta tres factores en lugar de dos: el elemento ‘inherente’ que como hemos apuntado antes, era la base común; el elemento ‘derivado’ o externo, que solo podía absorberse efectivamente si el terreno era preparado de antemano; y la circunstancias y experiencias que, en último término, determinaban la naturaleza de la mezcla final.” (Rudé, 1981, pág. 46), es decir, de la ideología popular resultante.

Si el carácter revolucionario o contrarrevolucionario del estallido dependía más de la naturaleza del elemento derivado que de la naturaleza del elemento inherente resulta comprensible porque el Bogotazo fue una de esas “insurrecciones que, aun cuando alcanzan

grados inusitados de violencia, son incapaces de articular un proyecto político como alternativa a las formas vigentes de dominación social.” (Rudé, 1981) Al parecer, durante los disturbios nueve abrileros el elemento inherente se sobrepuso al elemento derivado aun cuando este último compartía muchas características del primero.

La razón por la cual durante El Bogotazo predominaron los motines, la espontaneidad y la falta de organización, acciones directas contra la propiedad como saqueos, incendios y pedradas a periódicos y casas de dirigentes conservadores, así como la composición de la multitud por grandes sectores tradicionales se debía a que en 1948 “la tradición revolucionaria popular, tras vivir bajo tierra para ocultarse de la mirada de las autoridades, sobrevivió y reapareció bajo nuevas formas y bajo nuevas condiciones históricas cuando el pueblo también había sufrido grandes transformaciones.” (Rudé, 1981, pág. 48)

Hubo un Bogotazo y nunca más habrá uno igual porque después de él, la turba, la muchedumbre y la multitud preindustrial desaparecieron definitivamente. El artesano, el voceador, el limpiabotas y el tradicional pobre urbano se extinguieron para darle paso a la moderna ciudad industrial, a los obreros, a las huelgas y a los paros cívicos generalizados. En palabras de un atento observador: “Los incendiarios del 9 de abril habían sido los parteros de una nueva era: la de la jungla de concreto; la de las ingentes moles de propiedad aérea, horizontal, sin contacto alguno con el suelo” (AA.VV, 1988, pág. 223)

Tabla 10

Emisoras Tomadas en Bogotá y otras Ciudades	
Ciudad	Emisoras

Bogotá	Nueva Granada, Radio Cristal, La Voz de Colombia, La Voz de Bogotá, Radio Panamericana, Ondas Bogotanas
Medellín	La Voz de Antioquia, Emisora Cultural de la Universidad de Antioquia
Cali	Radio Pacífico, La Voz del Valle
Buga	Guadalajara
Cartago	La Voz del Palatino
Pasto	Ecos de Pasto
Manizales	Radio Manizales
Barranquilla	Emisoras Unidas
Honda	Ecos del Gualí
Ibagué	Ecos del Combeima
Bucaramanga	Radio Santander

(**Tomado de:** PITA PICO, Roger, (2018), Violencia, censura y medios de comunicación en Colombia: los efectos del Bogotazo y el colapso en las transmisiones radiales. Pág. 161 En: Anagramas Rumbos y Sentidos de la Comunicación, Vol. 17 Núm. 33. Pág. 153-173)

Tabla 11

Inmuebles Atacados por la Multitud en Bogotá
Palacio de San Carlos
Gobernación de Cundinamarca

Ministerio de Justicia
Procuraduría General de la Nación
El Siglo
Ministerio de Gobierno
Palacio de Justicia
Ministerio de Comunicaciones
Ministerio de Educación
Ministerio de Hacienda
Oficinas de la empresa aérea Avianca
Ministerio de Salud Pública
Embajada de Estados Unidos
Restaurante Venado de Oro
Hotel Regina
Hotel Ritz
34 Coches del tranvía
Nunciatura Apostólica
Palacio Arzobispal.
La Catedral Metropolitana
Universidad Javeriana Femenina
El Colegio de La Salle
Templo de la Capuchina
Templo de Las Nieves
Templo de Santa Bárbara
Templo San Agustín
Templos San Ignacio

Templos La Candelaria

Templo San Victorino

Iglesia del Hospicio

Ministerio de Relaciones Extranjeras

Central de Teléfonos, ubicado en Las Nieves

(Elaboración propia. A partir de: *BRAUN*, Herbert. (2013). *Mataron a Gaitán. Vida Pública y Violencia urbana en Colombia*. Penguin Random House Editorial; *ALAPE*, Arturo. (1983) *El Bogotazo: memorias del olvido*. Planeta Editores; *De Roux*, Rodolfo, (1981) *Iglesia y sociedad en Colombia*. 9 de abril de 1948. Inédito; *GÓMEZ SÁNCHEZ*, Gonzalo. (1984) *Los días de la revolución. Gaitanismo y 9 de abril en provincia*, Centro Cultural Jorge Eliecer Gaitán)

Tabla 12

Consignas de la Multitud en Bogotá

¡A Palacio!

¡Viva Colombia!

¡Abajo los conservadores!

¡Por la restauración moral!

¡A la carga!

¡Viva la revolución!

¡Viva el Partido Liberal!

¡Viva Echandía!

“Parodiando el texto de la Marsellesa, se elevó el grito de ‘a formar vuestro batallón’, y se evocó el espíritu de las proclamas de los insurgentes en el momento de la Independencia”.

¡A Granada!

¡A Palacio, a que expliquen!

(**Elaboración propia. A partir de:** BRAUN, Herbert. (2013). Mataron a Gaitán. Vida Pública y Violencia urbana en Colombia. Penguin Random House Editorial; ALAPE, Arturo. (1983) El Bogotazo: memorias del olvido. Planeta Editores; Archivo Raúl Alameda Ospina (R.A.O). Fondo fonoteca R.A.O. Biblioteca Andrés Alameda Rubiano. Academia Colombiana de Ciencias Económicas; GÓMEZ SÁNCHEZ, Gonzalo, Los días de la revolución. Gaitanismo y 9 de abril en provincia, Centro Cultural Jorge Eliecer Gaitán, 1984.)

Tabla 13

Víctimas de la Multitud en Bogotá	
Nombre	Descripción
Álvaro Ruiz Holguín	Teniente del Batallón Guardia Presidencial que custodiaba el Palacio. Murió en los combates de Palacio.
Manuel Manrique	Soldado del Batallón Guardia Presidencial que custodiaba el palacio. Murió en los combates de Palacio.
Luis E. Cruz	Soldado del Batallón Guardia Presidencial que custodiaba el palacio. Murió en los combates de Palacio.
Mario Serpa Cueto	Capitán de la Escuela de Motorización. Murió por el impacto de una bala mientras capitaneaba uno de los tanques que llegaron a la Plaza sobre las cuatro de la tarde.
Santos Suarez	Soldado de la Escuela de Infantería.

German Pulido	Soldado de la Escuela de Infantería.
José R. Serrano	Soldado de la Escuela de Infantería.
Luis E. Belén	Soldado de la Escuela de Infantería.
José I. Franco	Soldado de la Escuela de Caballería.
Alberto A. Rosas	Soldado de la Escuela de Caballería.
Pedro P. Romero	Soldado de la Compañía terrestre de la Escuela de Caballería (base Madrid, Cundinamarca)
Luis G. Porras	Cabo de la Escuela de Infantería.
Rafael Duarte	Soldado de la Escuela de Infantería.
Ramón Peñalosa	Soldado de la Escuela de Infantería.
Ignacio Blanco	Soldado de la Escuela de Infantería.
Víctor J. Cáceres	Soldado de la Escuela de Infantería.
Juan J. Gámez	Soldado de la Escuela de Infantería.
Luis Matavita	Soldado de la Escuela de Infantería.
Jesús A. Rodríguez	Soldado de la Escuela de Infantería.

(Elaboración propia. A partir de: Cuellar de la Vega, Paula. (2018) Todo el nueve. Crónicas completas y archivos secretos del asesinato de Jorge Eliecer Gaitán. Cuellar Editores.)

3.3. Los rostros de la multitud

Es escribir en el libro del pueblo con sangre y fuego,

Los nombres de los anónimos forjadores de estas siembras,

Es hablar de la esperanza y del amor que nos cuesta,

Hacer crecer en el vientre de la Historia nuestra huella.

Amparo Ochoa. Para amar en tiempos de guerra.

Según ha señalado George Rudé “la tarea de identificar caras está rodeada de obstáculos y problemas.” (Rudé, 2009, pág. 19) En el caso del Bogotazo se confirma este hecho. Hay que advertir que existen múltiples inconvenientes para responder a la pregunta⁴⁹ ¿cuáles eran los rostros de la multitud? Para el historiador Herbert Braun, en la tarea de identificar las caras de la multitud no hay elementos suficientes que permitan llegar a eso que Rudé llama “respuestas razonablemente adecuadas”. Según palabras del mismo Braun,

“¿Quiénes fueron? ¿Quiénes integraron las muchedumbres? ¿Quiénes eran los amotinados y los saqueadores? No hay elementos suficientes para contestar estas preguntas. Fue un proceso fugaz y espontáneo, y el gobierno mostró poco interés en obtener una respuesta. Las largas listas de muertos y heridos aparecidos en la prensa durante el mes siguiente no dan indicación alguna de su filiación política, su clase social, su ocupación o su lugar de residencia.” (Braun, 2013, pág. 335)

⁴⁹ Entre los obstáculos cabe resaltar el hecho de que después de terminadas las revueltas en Bogotá “Aparentemente el municipio no pensó en incluir en sus estadísticas a los muertos del Bogotazo.” (Braun, 2013, pág. 334)

En consecuencia, a la pregunta ¿cuáles eran los rostros de la multitud? Habría que responder: “la muchedumbre del ‘Bogotazo’ sigue siendo fundamentalmente anónima.” (Braun, 2013: 336)

Para aproximarse mínimamente a la tarea identificar a la muchedumbre, ha señalado Rudé, “por lo general tenemos que complementar lo que podemos saber por los relatos unilaterales de los testigos con muestras de los muertos, heridos o arrestados en los disturbios como los que podemos encontrar en los archivos policiales, hospitalarios y judiciales.” (Rudé, 2009, pág. 18) Haciendo caso a dichas recomendaciones el presente apartado retoma los relatos testimoniales consignados en Braun (2013) y Alape (1983). Además los complementa con muestras de los archivos hospitalarios recuperados por Cuellar de la Vega (2018). Finalmente, se los combina con la información encontrada en el Archivo Raúl Alameda Ospina y con el estudio hecho por Miguel Torres en su novela *El incendio de abril* que, pese a ser un estudio literario, cuenta con todo el rigor de una investigación historiográfica muy profunda.

3.3.1. Raúl Alameda Ospina. Un rostro para la eternidad

Parafraseando a Hobsbawm y Rudé, durante las revueltas del 9 de abril “probablemente el rebelde autentico y publico fuese un individuo mucho más raro, una figura cuyo humilde heroísmo es difícil de concebir actualmente.” (Hobsbawm & Rudé, 2009, pág. 80) Uno de esos hombres fue Raúl alameda Ospina.

Raúl Alameda Ospina nació en Bogotá el 27 de marzo de 1925. El 9 de abril de 1948 tenía 23 años de edad y se encontraba estudiando en el Instituto de Economía de la Universidad Nacional. La edad con la que contaba Raúl pudo constituir un denominador común entre los amotinados, por lo menos de los que se conoce su edad. Hasta donde se ha podido comprobar

el rango de edades de los amotinados estuvo en un mínimo de 22 años y un máximo de 43 años. Pese a que muchos testimonios han hablado de la participación de niños y ancianos no se tiene certeza de la identidad ni la edad exacta de aquellos.

En general, los amotinados fueron personas muy jóvenes. Según el testimonio de Miguel Ángel Cubillos Castro, policía de la Quinta División, en las patrullas que custodiaron el cuartel revolucionario a partir de las ocho de la noche había “un joven alto de cuerpo de unos veintidós o veintitrés años, yo sabía que era civil, pero era muy impulsivo y él ayudaba a organizar.” (Citado en Alape, 1983, pág. 439)

La extracción social de la cual venía Raúl Alameda no fue la más generalizada durante la revuelta. La mayoría de amotinados provenía de los sectores más pobres de la ciudad. Sin embargo, el hecho de ser estudiante le había permitido a Raúl vincularse tempranamente al mundo intelectual y político del momento. Los estudiantes tenían una larga tradición política que se remontaba a inicios de siglo y que los hacía muy propensos a promover revueltas o participar en ellas. Aunque la clase media en su conjunto no tuvo un papel destacado durante los levantamientos, el elemento estudiantil sí tuvo una activa participación.

En 1948 Raúl se desempeñaba como destacado líder estudiantil y tenía relaciones cercanas con el Partido Comunista. Había participado en la marcha del silencio y en 1948 había organizado junto a otros compañeros varios mítines y manifestaciones políticas. Aunque no todos los amotinados tenían el bagaje cultural y la alta formación política de los estudiantes y de la clase media en general, sí hubo muchos amotinados de otros grupos sociales que tenían amplia experiencia en la organización y dirección política.

Durante la revuelta Raúl Alameda asumió diversos roles. La experiencia como líder estudiantil y simpatizante comunista le permitió dar rienda suelta a su entusiasmo y decisión de dirigencia. Primero intento evitar el linchamiento de Juan Roa Sierra argumentando la necesidad de escucharle y llegar a los responsables intelectuales del crimen contra Gaitán. La característica ambivalencia entre los dirigentes y la multitud preindustrial llevo a que este primer intento de dirigencia de Raúl terminara en un casi linchamiento de su persona. Algunos conocidos de Raúl impidieron que se le linchara argumentando que él era revolucionario. Finalmente, y herido de muerte Roa Sierra, Raúl tomo la iniciativa de lanzar la famosa consigna ¡A Palacio!

Después de iniciado el levantamiento, Raúl Alameda decidió, en compañía de otros rebeldes, dirigirse a la Radiodifusora Nacional. Según su propio testimonio, después de ser herido en el hombro por una bayoneta al tomarse a la fuerza un bus que iba con estudiantes de la Universidad Nacional hacia Palacio, “entonces cogí la Caracas y se me ocurrió ir a la Radio Nacional porque estaba a pocas cuerdas, la gente que estaba al lado mío me decía: ‘no, no, no, eso está jodido por allá’. Así llego al frente del antiguo edificio de la Radio Nacional, muy cerca del viejo edificio de Bavaria, parqueo el bus y baje a mirar si no había moros en la costa. Entre al edificio de dos pisos y me encontré con un personaje al que le decían ‘Mosareque’.”⁵⁰

Con un humilde heroísmo difícil de concebir actualmente relata Raúl que entonces el tipo (Mosareque) se queda abajo “cuando le digo yo: queda bajo el control de la revolución la Radio Nacional, y me dice: ‘no sea pendejo cuál control y cuál revolución’. Entonces me

⁵⁰ Archivo Raúl Alameda Ospina (R.A.O). Fondo fonoteca R.A.O. Biblioteca Andrés Alameda Rubiano. Academia Colombiana de Ciencias Económicas.

devolví y empecé a gritar porque la mayor parte de los estudiantes se bajaron en la última y se pasaron al otro lado de la Caracas, empecé a gritar que no había tropa que estaba libre.”⁵¹

Finalmente, cuando lograron hacerse con el control de la Radiodifusora Raúl y otros rebeldes notaron que las agujas de la consola no se movían. Así, Raúl Alameda, tuvo que acudir a su experiencia propia para hacerla funcionar; estaba más o menos familiarizado con estos equipos porque su mamá trabajaba en el medio radial y muchas veces la había acompañado a transmitir el programa por radio. Según relata, “mi preocupación cuando llegaron los estudiantes fue, no se vayan a tirar los longplay -claro, los primeros discos que llegaron de música clásica-; empezamos a transmitir y éramos los tres. El de izquierda yo, el del centro Eduardo Gaitán Duran y Tito Caldas y a cada ratico decía: aló, aló macheteros del Tolima, habla aquí Tito Caldas.”⁵²

Como ya se ha comentado en el apartado anterior, no fue mucho el tiempo que Raúl y el resto de rebeldes pudieron permanecer en las instalaciones de la Radiodifusora. Bien entradas las dos de la tarde fueron desalojados por un batallón del ejército leal al gobierno. Después de los sucesos de la Radiodifusora, la autoridad temporaria de la que gozo Raúl durante las primeras horas de la revuelta se diluyó, como era frecuente que pasara entre los dirigentes extraídos de la multitud preindustrial. Sin embargo, el rostro de Raúl también constituyó una excepción a la tendencia generalizada de las revueltas de esa época de transiciones. Según ha señalado Rudé, los rostros de la multitud preindustrial eran efímeros y no era frecuente volverlos a ver en revueltas posteriores. Así,

⁵¹ Archivo Raúl Alameda Ospina (R.A.O). Fondo fonoteca R.A.O. Biblioteca Andrés Alameda Rubiano. Academia Colombiana de Ciencias Económicas.

⁵² Archivo Raúl Alameda Ospina (R.A.O). Fondo fonoteca R.A.O. Biblioteca Andrés Alameda Rubiano. Academia Colombiana de Ciencias Económicas.

“Su militancia, como liderazgo (fuese real o supuesto) fue en realidad ocasional y no tuvo ni futuro ni continuidad [...] una de las características de la nueva sociedad industrial fue el surgimiento, desde la multitud misma, de sus propios militantes y dirigentes, no ya ocasionales, esporádicos y anónimos sino permanentes y abiertamente declarados.” (Rudé, 2009, pág. 301)

Antes y después de las revueltas Raúl se había declarado abiertamente simpatizante comunista y había organizado algunos mítines y manifestaciones políticas. Según se cuenta, después de los disturbios Raúl ayudó en la búsqueda de algunos de los desaparecidos.

Posteriormente, Raúl Alameda

en 1957 organizó la huelga de Talleres Centrales, la primera después de los años de represión de Mariano Ospina, Roberto Urdaneta, Laureano Gómez y Gustavo Rojas Pinilla. Pero antes había estado promoviendo, con actos y volantes que se sacaban en un mimeógrafo, la caída del general Rojas Pinilla. Paralelamente, trabajaba en un comité de ayuda a los presos políticos, entre otras personas, con Isabel Restrepo (madre de Camilo Torres), y también con su amigo Rafael Maldonado y con Victoria de Silva. (Velázquez, 2013, pág. 13)

También se dijo que Raúl Alameda se convirtió en Andrés Caribe entre los años de 1958 a 1965, en el periodo de auge de la etapa del bandolerismo político en Colombia. Se unió, bajo ese seudónimo, a la fundación del Movimiento Obrero Estudiantil Campesino 7 de

Enero (MOEC-7 de Enero). Allí tuvo la oportunidad de viajar a Cuba y entrevistarse con el ya famoso guerrillero Che Guevara.⁵³

Teniendo como antesala el histórico paro cívico del año 1977 Raúl Alameda “estuvo pensando en nuevas relaciones entre las personas, las comunidades, las regiones y los países. En un sistema de cooperación, de complementación, de respeto a la diferencia y, sobre todo, de control del poder. Un sistema que tomara lo mejor del capitalismo y lo mejor del socialismo. De ahí la propuesta de El comunitarismo, que desarrolló con un grupo en el 2000.” (Velásquez, 2013, pág. 13)

Como economista egresado del Instituto de Ciencias Económicas de la Universidad Nacional de Colombia, Raúl ancló gran parte de su vida y actividades a su línea profesional, es decir, al pensamiento y a la acción académica. Así, “iba semanalmente y desde 1972 a la Comisión de Vocabulario Técnico de la Academia Colombiana de la Lengua.” (Velásquez, 2013, pág. 17)

Posteriormente, y durante la década de 1980, tras el inicio de una década de intensificación de la movilización popular que tuvo su cenit en los memorables diálogos de paz con la guerrilla de las FARC-EP en La Uribe (Meta) y que culminaron con la creación del partido Unión Patriótica (UP), Raúl optó por

dedicar sus esfuerzos a gestar y consolidar una institución nacional, la Academia Colombiana de Ciencias Económicas y no a disfrutar de un patrimonio personal. Una academia, símbolo de señorío, cordialidad,

⁵³ Véase: FRANCO MENDOZA, Ricardo. (2012) El MOEC 7 de Enero, origen de la guerrilla revolucionaria en Colombia. Tesis de grado. Pág. 136-139

controversia, conocimiento y libertad. De ella fue su secretario perpetuo desde la fundación en 1984 hasta el 30 de abril de 2011. (Velásquez, 2013, pág. 16)

Una institución nacional que en la concepción de Raúl tendría por ejes la cordialidad, la controversia, el conocimiento y la libertad coincidían con un contexto de búsqueda de profundización de la democracia, la paz y la libertad del pueblo colombiano.

En general, puede decirse que Raúl fue sembrador y fruto de un particular momento de la historia nacional. La transición del mundo preindustrial al mundo industrial durante el siglo XX no solo repercutió las primeras décadas de este siglo, sino que, por el contrario, es el hilo conductor que permite leer coherentemente la complejidad de este paisaje de la historia más allá de una simple modernización “maquinista” y “tecnológica”. Los nuevos modos de organizar el mundo del trabajo, las nuevas formas de concebir la producción de riqueza, su distribución y acumulación, es decir, una nueva cultura y mentalidad atravesada por profundas tensiones que tienen su origen en esta transición conforman el núcleo de este siglo.

Tabla 14

Los Rostros de la Multitud en Bogotá					
Nombre	Edad	Profesión/Ocupación	Ciudad de actuación	Rol en la revuelta	Descripción
José Jaramillo Rivera	S.I.	S.I	Bogotá	Ayudó a linchar a Juan Rosa Sierra. Coordinó un asalto al Palacio.	Hombre alto, había estado antes con la guerrilla liberal.
Raúl Alameda Ospina	23 años	Estudiante del Instituto de Economía de la Universidad Nacional.	Bogotá	Intentó dar dirección a la multitud impidiendo el linchamiento de Juan Rosa Sierra. Fue de los primeros en lanzar la consigna, ¡A Palacio! Su máxima participación se asoció a la conformación del comando universitario que se tomó la Radiodifusora Nacional.	Era simpatizante del Partido Comunista y tenía activa participación en los mítines políticos y estudiantiles de la época.
Yolanda Alameda Ospina	S.I.	S.I.	Bogotá	Ayudó a Raúl Alameda y a los amotinados en la transmisión de consignas por la Radiodifusora. Una vez llegó el batallón	Era hermana de Raúl Alameda Ospina

				del ejército a la retoma de la Radiodifusora fue la que más opuso resistencia destruyendo varios objetos de la Radiodifusora e interviniendo para que los soldados no golpearan a su hermano y el resto de amotinados.	
Josué Gómez Eslava	29 años	Pequeño comerciante	Bogotá	Empapó su pañuelo en la sangre de Gaitán.	S.I.
Mariano López Lucas	S.I.	S.I.		Empapó su pañuelo en la sangre de Gaitán.	Exiliado de la Guerra Civil Española en Colombia
Jorge Cagua	S.I.	Obrero de los ferrocarriles	Bogotá	Uno de los rebeldes muertos en la revuelta	Gaitanista
José María Córdoba	S.I.	Secretario del movimiento Gaitanista.	Bogotá	Se sumó a las revueltas. Intento dar dirección a varios grupos de rebeldes.	Secretario del movimiento gaitanista.
Gabriel Muñoz Uribe	S.I.	Abogado	Bogotá	Fue dirigente espontaneo y dio dirección a varios grupos de amotinados. Coordinó un ataque por la calle 10 con carrera 4	Dirigente gaitanista. Presidente del Directorio Liberal.

Jesús Delgadillo Morales	S.I.	Lotero	Bogotá	Acompaño a Luis Eduardo Ricaurte con el cuerpo de Roa Sierra hacia Palacio.	S.I.
Lázaro Amaya	S.I.	Lotero	Bogotá	Acompaño a Luis Eduardo Ricaurte con el cuerpo de Roa Sierra hacia Palacio.	S.I.
Jorge Uribe Márquez	S.I.	S.I.	Bogotá	Fue dirigente espontaneo y dio dirección a varios grupos de amotinados	S.I.
Julio Cesar Turbay	32 años	Bachiller.	Bogotá	Se subió en un tranvía e intento dar un discurso a la multitud, pero no fue escuchado.	S.I.
José Vicente García	S.I.	S.I.	Bogotá	S.I.	Gaitanista.
Hernando Restrepo Botero	S.I.	S.I.	Bogotá	S.I.	Líder laboral gaitanista.
Luis Cano Jacobo	S.I.	Abogado	Bogotá	S.I.	Gaitanista.
Sergio Céspedes	S.I.	S.I.	Bogotá	S.I.	Gaitanista. Recibió un tiro en la pierna poco después de que los tanques llegaron a Palacio.

Ezequiel Benavides (seudónimo)	S.I.	S.I.	Bogotá	Fue herido en los disturbios	S.I.
Agustín Utrera	S.I.	Barbero	Bogotá	Participo en la primera marcha a Palacio	S.I.
Eduardo Fajardo Motta	S.I.	Comandante de Policía	Bogotá	Se acuartelo con otra parte de los miembros de la Novena División de Policía. Colaboro con un grupo de estudiantes provenientes de la Universidad Nacional.	S.I.
Pio Nono Barbosa	S.I.	Carpintero y tallador de piedra.	Bogotá	Estuvo en la Plaza de Bolívar y sobre la carrera séptima buscando rostros conocidos y dirigentes para sumarse a las revueltas.	Dirigente gaitanista de la clase obrera. Miembro de la Asamblea de Cundinamarca.
Jorge Corredor	S.I.	S.I.	Bogotá	Se sumó a los motines del nueve de abril.	Miembro de los comités que organizaron la Marcha del Silencio.
Adelmo Toro	S.I.	S.I.	Bogotá	Participo en el ataque a Palacio, fue herido por los militares.	Simpatizante gaitanista.

Gerardo Molina Ramírez	42 años.	Intelectual, abogado, escritor, político y rector de la Universidad Nacional.	Bogotá	Formo parte de la Junta Revolucionaria de Gobierno conformada en la radiodifusora <i>La Voz de Bogotá</i> . Asumió la presidencia del Comité Ejecutivo de la Junta Revolucionaria.	S.I.
Luis Eduardo Ricaurte	S.I.	S.I.	Bogotá	Fue dirigente espontaneo y dio dirección a varios grupos de amotinados. Lidero la primera de las marchas a Palacio.	Líder Gaitanista barrial y de base. También era conocido como ‘el Coronel’ o ‘el Chiquito’. Fue guardaespaldas de confianza de Gaitán.
Adán Arriaga Andrade	41 años	Abogado.	Bogotá	Lidero un grupo de rebeldes que se amotinó en la Quinta División de Policía. Fue nombrado miembro de la Junta Revolucionaria de Gobierno.	Intelectual de izquierda, consejero ocasional de Gaitán. Había sido Ministro de Trabajo en la segunda administración de López Pumarejo. Era gobernador del Chocó en 1948
Hernando Restrepo Botero	S.I.	S.I.	Bogotá	Se sumó a los motines del nueve de abril.	Líder laboral gaitanista

Salvador Millán	S.I.	Policía	Bogotá	Se sumó a los motines del nueve de abril. Fue encarcelado después por el Ejército leal al gobierno.	Miembro de la Octava División de Policía. Simpatizante gaitanista.
Octavio López	S.I.	S.I.	Bogotá	Se sumó a los motines del nueve de abril.	Secretario de Gaitán durante su periodo como alcalde 1936-1937.
Guillermo Vargas	S.I.	S.I.	Bogotá	Se sumó a los motines del nueve de abril.	Líder gaitanista del Barrio La Perseverancia.
Felipe González Toledo	37 años	Periodista	Bogotá	Se sumó a los motines del nueve de abril.	Era periodista del periódico liberal <i>El Tiempo</i>
Capitán José Phillips	S.I.	Capitán del Ejercito	Bogotá	Acompañó, junto a su hija, a Raúl Alameda Ospina y el comando universitario en la toma de la Radiodifusora Nacional. Dirigió algunos grupos de amotinados sobre el lado sur del Palacio.	Acompañó a Jorge Eliecer Gaitán como abogado militar en el caso del teniente Cortés. Después de los sucesos le siguieron consejo de guerra.
Valerio Valverde	S.I.	S.I.	Bogotá	Se sumó a los motines del nueve de abril	Dirigente gaitanista del barrio El Vergel.

Bernardo Valverde	S.I.	S.I.	Bogotá	Se sumó a los motines del nueve de abril	Dirigente gaitanista del barrio El Vergel.
Jaime Celis	S.I.	S.I.	Bogotá	Se sumó a los motines del nueve de abril	Simpatizante gaitanista
Tito Orozco	S.I.	Capitán de la policía y comandante de la Quinta División de Policía.	Bogotá	Se acuartelo en la Quinta División junto con otros policías. Desde allí dio algunas directrices y armamento. Fue nombrado miembro del Comando Revolucionario de la Policía por la Junta Revolucionaria de Gobierno.	Después de los acontecimientos fue destituido de su cargo y fue perseguido político. Murió asesinado en 1953.
Jorge Gaitán Durán	24 años	Abogado de la Universidad Javeriana.	Bogotá	Junto con Raúl Alameda Ospina ayudó a tomarse la Radiodifusora Nacional.	Trabajo en el diario liberal <i>El Tiempo</i> como crítico de cine y literatura. Escribió algunas antologías de poesía.
Jorge Zalamea Borda	43 años	Intelectual, escritor, poeta y periodista.	Bogotá	Junto con Raúl Alameda Ospina y Jorge Gaitán Durán ayudó a tomarse la Radiodifusora Nacional. Además, fue	Había sido Ministro de Educación durante el primer mandato de

				nombrado miembro de la Junta Revolucionaria de Gobierno.	Alfonso López Pumarejo.
Carlos Hernández	S.I.	Artesano	Bogotá	Se sumó a los motines del nueve de abril	Gaitanista de base.
Manuel Salazar	S.I.	S.I.	Bogotá	Se sumó a los motines del nueve de abril	Dirigente medio del gaitanismo.
Tito Livio Caldas	26 años	Estudiante	Bogotá	Junto con Raúl Alameda Ospina, Jorge Gaitán Durán y Jorge Zalamea ayudó a tomarse la Radiodifusora Nacional.	Estudiante de la Universidad Nacional.
Carlos Restrepo Piedrahita	32 años	Abogado	Bogotá	Fue nombrado miembro de la Junta Revolucionaria de Gobierno.	S.I.
Rómulo Guzmán	S.I.	Locutor	Bogotá	Se tomó la Radiodifusora La Voz de Bogotá.	Era locutor del radioperiódico <i>Ultimas Noticias</i> que se transmitía por la radiodifusora La Voz de Bogotá. Ferviente gaitanista. Al ser el locutor principal del radioperiodico que

					transmitía diariamente a partir de la 1:30 p.m. le fue fácil arengar a la muchedumbre desde muy temprano.
Juan Valencia	S.I.	S.I.	Bogotá	S.I.	Entró herido a la Clínica Santa Fe
Jaime Pinzón	S.I.	S.I.	Bogotá	S.I.	Entró herido a la Clínica Santa Fe
Luis Antonio Fajardo	S.I.	S.I.	Bogotá	S.I.	Hijo de un empleado de <i>El Liberal</i> . Entró herido al Hospital de la Misericordia
Fidel Castro Ruz	22 años	Estudiante	Bogotá	Fue dirigente espontaneo y dio dirección a varios grupos de amotinados. Lidero un grupo de estudiantes de la Universidad Nacional que se sumó al amotinamiento de policías de la Novena División. Fue de los últimos rebeldes acuartelado en la Quinta División de Policía.	Estudiante de nacionalidad cubana. Se encontraba en Bogotá como delegado de la Federación de Estudiantes Universitarios de Cuba al Congreso Estudiantil Latinoamericano. Había tenido contactos con Jorge Eliecer Gaitán y pretendía reunirse con él ese 9 de abril.

Benicio Arce Vera	S.I.	Comandante de Policía	Bogotá	Fue nombrado, por la Junta Revolucionaria, miembro del comando de Policía revolucionario	S.I.
Alberto Lara	S.I.	Comandante de Policía	Bogotá	Fue nombrado, por la Junta Revolucionaria, miembro del comando de Policía revolucionario	S.I.
Jesús Jiménez	S.I.	Teniente de la Policía	Bogotá	Fue nombrado, por la Junta Revolucionaria, miembro del comando de Policía revolucionario	S.I.
Antonio Soto Grajales	S.I.	Teniente de la Policía	Bogotá	Fue nombrado, por la Junta Revolucionaria, miembro del comando de Policía revolucionario	S.I.
Miguel Ángel Cubillos Castro	26 años	Policía	Bogotá	Se acuartelo junto a otros policías en la Quinta División al mando de Tito Orozco. Presto guardia a la Quinta División contra los ataques del ejército.	Era policía de la Quinta División.
Manuel Zapata Olivella	28 años	Estudiante	Bogotá	Junto a Julio Posada y el camarada Velásquez (zapatero muy antiguo) estuvo en la casa del partido comunista y	Estudiante de medicina de la Universidad Nacional. Activo intelectual

				ayudo a auxiliar un hombre y una mujer heridos cerca al Capitolio.	
María Vieira White	26 años	Poeta e intelectual	Bogotá	Pidió que se desocuparan unas vitrinas y preguntó dónde había una bandera. Le puso un cinturón negro a la bandera como símbolo de aflicción ante lo cual un grupo de amotinados rindió luto.	Era novia de Jorge Gaitán Duran
Justiniano Pedraza**	S.I.	Electricista	Bogotá	Se sumó a los motines del grupo que se encontraba en la Plaza de Bolívar.	Soltero
Isaías Arana**	S.I.	Escribidor de cartas de amor	Bogotá	Preguntó por el líder gaitanista Ricaurte. Se sumó a un grupo de amotinados que bajaron del barrio La Perseverancia	Casado y con hijos. Habitante del barrio La Perseverancia
Humberto Suarez**	S.I.	Linotipista	Bogotá	Se encontraba en un puesto de salud, junto a su esposa, llevando a su hija de urgencias. Se	Casado y con una hija.

				sumó a un grupo que bajaba por avenida Jiménez.	
Epaminondas Rojas**	S.I.	Ebanista	Bogotá	Se sumó al primer grupo de amotinados que llevaban el cuerpo muerto de Roa Sierra.	S.I.
Fabio Sastoque**	S.I.	Relojero	Bogotá	Se unió a un grupo de amotinados que se encontraban en la Plaza de Bolívar. Alguien le puso una manguera en la mano y se puso a chuparle la gasolina al tanque de un carro para tener gasolina con que incendiar.	Habitante del barrio Germania.
Rosalinda Salguero**	S.I.	Costurera	Bogotá	Se unió a un grupo de sublevados que asaltó el Ministerio de Gobierno. Dijo a un joven que pretendía robarse algunos objetos: “Nosotros no somos rateros. No vinimos a robar. Somos gaitanistas y vinimos a destruir y a quemar los edificios del gobierno, las iglesias de	S.I.

				los curas y los negocios de los ricos.”	
Leónidas Ormizo**	S.I.	Topógrafo	Bogotá	Se sumó al grupo de amotinados que atacó al Palacio desde la Plaza de Bolívar. Llegó a la Plaza en busca de un arma y nadie la tenía.	S.I.
Otoniel Martínez**	S.I.	Pintor de brocha gorda	Bogotá	Junto con su hermano Gabriel y un amigo apodado ‘Pecoso’ se unieron a un grupo de amotinados que venían de asaltar las ferreterías de San Victorino. En la carrera Quinta fueron interceptados por militares del Batallón Guardia Presidencial y allí murió su hermano.	Habitante del barrio Egipto.
Adalberto Pinzón**	S.I.	Ferroviario	Bogotá	Junto con el ‘Coronel’ Ricaurte intentó dar dirección política al grupo de amotinados que destruían el edificio de la Gobernación de Cundinamarca. Después, se sumó a un grupo de	Simpatizante y activista gaitanista del barrio La Perseverancia.

Reinaldo Espitia**	S.I.	Tornero	Bogotá	amotinados que llegaron la Plaza de Bolívar. Se sumó a un grupo de rebeldes que se dirigía a la Estación de Policía de las Cruces donde se le armó con un machete. Después de que fuera replegado del Palacio Presidencial se dirigió al Palacio de San Carlos donde participo de su destrucción.	S.I.
Julio Romero**	S.I.	Preso	Bogotá	Fue uno de los tantos presos liberados durante el Bogotazo. Después de salir libre por orden del pueblo se cobró la deuda de su inocencia.	S.I.
Luis Antonio Acero**	S.I.	Tenedor de libros	Bogotá	Se había sumado a los amotinados que se encontraban en la Plaza de Bolívar cuando tres tanques entraron por la carrera séptima y uno de ellos atacó a la muchedumbre. Sobrevivió al ataque.	S.I.

Evaristo Buitrago**	S.I.	S.I.	Bogotá	Junto con el apodado ‘Coronel’ Ricaurte fue de los primeros rebeldes en tomarse la Quinta División. Con las armadas y municiones sacadas de allí entabló combates con los militares.	Miembro del comité gaitanista del barrio La Perseverancia
Tiberio Patiño**	S.I.	Desempleado	Bogotá	Se sumó a los amotinados que prendieron fuego a la finca del dirigente conservador Laureano Gómez ubicada en el pueblo de Fontibón.	Habitante del pueblo de Fontibón a unos kilómetros de Bogotá
Luz María Piñeros**	S.I.	Modista	Bogotá	Cuando tropas del ejército incursionaron en el barrio Las Cruces, bien entrada la tarde, junto con otras mujeres, lanzo piedras e improperios a los soldados que dispararon y mataron muchos habitantes que se encontraban en la plaza.	Habitante del barrio Las Cruces.
Tarsicio Gallo**	S.I.	Mecánico	Bogotá	Junto con otros rebeldes mantuvo	S.I.

				combates con soldados del ejército.	
Cipriano Tibocha**	S.I.	Zapatero	Bogotá	Armado de un machete se juntó con un grupo de presos y saqueó un almacén. Dio muerte a otro amotinado que, por efectos del licor, lo intento agredir y robar lo que había saqueado con anterioridad.	Habitante del barrio San Bernardo
Javier Tibaduiza**	S.I.	Pequeño comerciante	Bogotá	Junto a sus amigos Gerardo, Alfonso y René se sumó a los motines, armado tan solo de una varilla y un martillo. Sobre la avenida Jiménez una bala asesinó a su amigo Gerardo y Javier acomodó el cuerpo dentro de un almacén.	Habitante del barrio El Vergel
Indalecio Forero**	S.I.	Albañil	Bogotá	Se sumó a los motines. Abaleado desde el campanario de la iglesia de Santa Bárbara cuando trataba de auxiliar a un herido.	S.I.

Santiago García Pinzón**	S.I.	Estudiante de arquitectura de la Universidad Nacional	Bogotá	Junto a su hermano Arturo dirigió un pequeño grupo de amotinados sobre la calle 26 con la consigna de llegar a Palacio. Después de que un grupo de soldados los detuviera desistieron de la dirección de los amotinados.	Habitante del barrio La Concepción
-----------------------------	------	---	--------	--	---------------------------------------

Notas:

*S.I.: Sin Información

** Datos tomados de: *TORRES*, Miguel, (2019), El incendio de abril. Editorial Planeta.

(Elaboración propia. A partir de: *BRAUN*, Herbert. (2013). Mataron a Gaitán. Vida Pública y Violencia urbana en Colombia. Penguin Random House Editorial; *ALAPE*, Arturo. (1983) El Bogotazo: memorias del olvido. Planeta Editores; Archivo Raúl Alameda Ospina (R.A.O). Fondo fonoteca R.A.O. Biblioteca Andrés Alameda Rubiano. Academia Colombiana de Ciencias Económicas; *CUELLAR DE LA VEGA*, Paula. (2018) Todo el nueve. Crónicas completas y archivos secretos del asesinato de Jorge Eliecer Gaitán. Cuellar Editores)

Anexo 1. El levantamiento en Cali y Valle del Cauca

Lugar	Duración de la revuelta	Acciones de la multitud									Blanco del ataque	Dirección	Composición de las masas
		1	2	3	4	5	6	7	8	9			
Cali	9 de abril	x	x	x	x					x	- Diario del pacifico - Radiodifusora La Voz del Valle	Humberto Jordán Mazuera, se	Multclasista: Hubo sectores populares, pobres urbanos y sectores medios

[illegible]

Buga	9 de abril		x	x						x	• Instalaciones del Acueducto. • Instalaciones de la Telefónica. • Emisora Guadalajara. • Colegio Académico de Buga.	Jorge Ayala Moreno.	Multiclasista: Sectores populares, pobres urbanos y sectores medios entre los que se encontraban el Comandante de la Policía, un militante del Partido Comunista, abogados, estudiantes del Colegio Académico, algunos funcionarios judiciales.
Caicedonia	9, 10, 11, 12 y 13 de abril.			x				x		x	• Manuel Álzate, simpatizante y miembro del directorio del Partido Conservador. • Juan Bautista Giraldo, simpatizante y miembro del directorio del Partido Conservador. • Luciano Atehortua, simpatizante y miembro del directorio del Partido Conservador. • Iglesia y Casa Cural, fueron dinamitadas. • Azael Ceballos, simpatizante y miembro del directorio del Partido Conservador.	El Alcalde del municipio y varios miembros del Concejo lideraron la Junta Revolucionaria.	Multiclasista con destacada presencia de la clase media encabezada por el mismo alcalde y otros funcionarios públicos.

													Otros dos simpatizantes del Partido Conservador a los cuales que fueron asesinados.		
--	--	--	--	--	--	--	--	--	--	--	--	--	---	--	--

Acciones de la multitud:

1. Pedreas, incendios y ataques a periódicos Conservadores.
2. Toma de radiodifusoras y emisoras.
3. Toma de sedes de gobierno e instituciones (Gobernaciones, Alcaldías, Colegios, Universidades, Inspecciones de Policía)
4. Saqueo de ferreterías.
5. Saqueo y pillaje de establecimientos comerciales.
6. Ataques a fábricas, compañías y empresas.
7. Ataque a viviendas y a simpatizantes del Partido Conservador.
8. Ocupación de cárceles y fuga de presos.
9. Formación de Juntas Revolucionarias.

(**Elaboración propia. A partir de:** BETANCOURT ECHEVERRY, Darío, El 9 Abril en Cali y en el Valle, acciones de la muchedumbre, En: Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura, N°. 15, 1987, Pág. 279; GÓMEZ SÁNCHEZ, Gonzalo, (1984) Los días de la revolución. Gaitanismo y 9 de abril en provincia, Centro Cultural Jorge Eliecer Gaitán; MORERA APARICIO, Esteban, (2019) La ciudad gaitanista. Santiago de Cali en la década de 1940, Editorial Universidad del Rosario)

Anexo 2. El levantamiento en Ibagué y Tolima

Lugar	Duración de la revuelta	Acciones de la Multitud									Blanco del ataque	Dirección	Composición de las masas
		1	2	3	4	5	6	7	8	9			
Ibagué	9 de abril	x		x	x	x		x	x	x	Félix Nústes, propietario del almacén “La Enmarcadora”, situado en la calle 17 Nos. 2-109.	Jorge Perea, Vicepresiden te del Concejo	Gentes de los barrios que se desplazaron hacia la Plaza Murillo Toro.

												- Vía férrea, en el sector de Buenos Aires. - Panóptico. Allí murió el director del Penal Eugenio Varon.	del colegio San Simon. German Torres Barreto.	
Líbano	9, 10, 11, 12, 13, 15, 16, 17, 18 y 19.			x	x	x		x		x		Sede de la Alcaldía. Gerardo Echeverry, simpatizante conservador, se le quitaron 106 fulminantes de dinamita y 21 cartuchos de revolver. Andrés Peralta, propietario de un establecimiento comercial. Ignacio Pineda, propietario de un establecimiento comercial. Jaime Herrera, representante de la Casa Comercial American Coffee Corporation. Almacenes y ferreterías propiedad de algunos conservadores. Fueron	Leónidas Escobar, Presidente del Concejo, periodista y director del periódico La Voz del Líbano y jefe del gaitanismo local Luis Eduardo Gómez Alejandro Agudelo. Evelio Gonzales, parlamentari o gaitanista.	Empleados bancarios y públicos. 35 policías. Cerca de 200 mujeres. Estudiantes del Colegio Nacional Isidro Parra.

												saqueadas de manera planeada por comisiones designadas por la Junta Revolucionaria. Antonio Reyes Umaña. Tista Echeverry, viejo bolchevique. Guillermo Lucena. Polo Oviedo, propietario mediano urbano. Neftali Narrarte, Personero Municipal, nombrado Alcalde popular por la Junta Revolucionaria. Alejandro Agudelo, viejo bolchevique, designado jefe militar	
--	--	--	--	--	--	--	--	--	--	--	--	--	--

													por la Junta Revolucionaria.	
Honda	9, 10, 11, 12 y 13 de abril.		x	x		x	x	x	x	x	Emisora local “Ecos del Gualí” Ferrocarril de la Dorada. Planta telefónica Primitivo Cortes, propietario de la finca El Horizonte y de un establecimiento comercial, de donde fueron extraídas 17 rulas y muchos víveres.	Vicente Rojas, quien asumió la toma de la radiodifusora Ecos del Gualí. Cenon Álvarez, quien presidia la Junta Revolucionaria. J. Tobón Hernández, profesional. Luis Carlos Echandía, empleado de la Contraloría General de La Republica.	Profesionales y empleados públicos. Algunos miembros de la policía. Presos de la penitenciaría entre los cuales se encontraban: 38 hombres y 2 mujeres.	

																		Alejandro Galindo.	
																		Octavio Yepes.	
<i>Acciones de la multitud:</i> 1. Pedreas, incendios y ataques a periódicos Conservadores. 2. Toma de radiodifusoras y emisoras. 3. Toma de sedes de gobierno (Gobernaciones, Alcaldías, Inspecciones de Policía) 4. Saqueo de ferreterías. 5. Saqueo y pillaje de establecimientos comerciales. 6. Ataques a fábricas, compañías, haciendas y empresas. 7. Ataque a simpatizantes del Partido Conservador y sus propiedades. 8. Ocupación de cárceles y fuga de presos. 9. Formación de Juntas Revolucionarias.																			

(Elaboración propia. A partir de: GÓMEZ SÁNCHEZ, Gonzalo, (1984) Los días de la revolución. Gaitanismo y 9 de abril en provincia, Centro Cultural Jorge Eliecer Gaitán)

Anexo 3. El levantamiento en Barrancabermeja.

Lugar	Duración de la revuelta	Acciones de la multitud									Blanco del ataque	Dirección	Composición de las masas
		1	2	3	4	5	6	7	8	9			
Barrancabermeja						x		x	x	x	Tiendas y estancos de donde se sacó y destruyó el licor para evitar que el pueblo se emborrachara. Instalaciones de telégrafo, solo se ocupó.	Gonzalo Buenhora, médico, designado presidente de la Junta Revolucionaria. Apolinar Díaz Callejas, abogado y	En su mayoría obreros de la industria petrolera que en buena medida se encontraban sindicalizados. Miembros de la clase media como abogados, médicos,

[illegible]

Acciones de la multitud:

1. Pedreas, incendios y ataques a periódicos Conservadores.
2. Toma de radiodifusoras y emisoras.
3. Toma de sedes de gobierno (Gobernaciones, Alcaldías, Inspecciones de Policía)
4. Saqueo de ferreterías.
5. Saqueo y pillaje de establecimientos comerciales.
6. Ataques a fábricas, compañías y empresas.
7. Ataque a viviendas y a simpatizantes del Partido Conservador.
8. Ocupación de cárceles y fuga de presos.
9. Formación de Juntas Revolucionarias.

(Elaboración propia. A partir de: DIAZ CALLEJAS, Apolinar, (1988) Diez días de poder popular, el 9 de abril 1948 en Barrancabermeja. Fescol-el labrador Editores)

CONCLUSIONES

A lo largo de este trabajo se evidenció que la propuesta teórica y metodológica de George Rudé para el estudio de la multitud preindustrial, pese a ser distante en el tiempo y en las fronteras, resultó de mucha utilidad para el análisis de las revueltas del 9 de abril de 1948.

Desde el andamiaje conceptual se pudo comprobar que: 1) la sociedad bogotana de la década de 1940 era una sociedad típicamente preindustrial, es decir, que se encontraba en un periodo límite de transiciones y profundas trasformaciones que convulsionaron el orden social de grupos tradicionales heredados de la colonia como el artesanado o los oficios independientes (emboladores, voceadores, electricistas, maestros de obra, pequeños comerciantes etc.) que, aunque marginales, eran aun propietarios de sus medios de subsistencia; 2) durante los disturbios las acciones de la muchedumbre tendieron, desde su ideología inherente, a expresar marcos culturales que aspiraban a restaurar o mantener el pasado y a resistir a las innovaciones que imponía el capitalismo industrial (reformas urbanas, la Violencia, etc.); 3) la ideología derivada de la revuelta, expresada en el gaitanismo, también reveló marcos culturales que aspiraban a restaurar o mantener el pasado y a resistir a las innovaciones que imponía el capitalismo industrial.

Desde el andamiaje metodológico las preguntas para el abordaje de las fuentes primarias y secundarias permitieron comprobar la hipótesis según la cual el Bogotazo, en Bogotá, fue una revuelta típicamente preindustrial y una de las últimas manifestaciones de los fenómenos de la muchedumbre y la turba. De este modo: 1) desde el punto de vista del blanco y las víctimas de la muchedumbre: la revuelta se caracterizó sobre todo por sus ataques contra la propiedad y no contra las personas. De las víctimas mortales a manos de la turba la mayoría fueron soldados que cayeron en el inevitable combate armado; 2) desde el punto de vista del interrogante acerca de la espontaneidad o la organización de las acciones se comprobó que fueron espontaneas como era

común en las revueltas del periodo preindustrial; 3) desde la incógnita de las relaciones de la multitud con sus dirigentes se encontró que allí también predominó el dirigente típico del movimiento popular preindustrial que gozaba de una autoridad meramente temporal; 4) desde el punto de vista de quiénes componían la turba o quiénes eran sus promotores, se pudo comprobar que, como era característico en las revueltas de la sociedad preindustrial, fueron en su mayoría artesanos, pequeños comerciantes o practicantes de algún oficio independiente. Aunque hubo participación de algunos obreros y sindicatos aquella asociación fue más bien limitada; en algunos casos los obreros se distanciaron de los motines y prefirieron defender sus fábricas.

Aunque de ninguna manera, la hipótesis y las conclusiones expuestas pretenden ser definitivas, sí considero que aquellas constituyen un armazón sólido sobre el cual se puede construir, a futuro, un programa de investigación mucho más profundo con miras a superar algunas de las limitaciones y vacíos con los que cuenta el presente trabajo. Una de las más importantes es la limitada consulta de fuentes primarias relacionadas con los archivos de carácter policial, judicial u hospitalario sobre los que tanto insistió George Rudé debían ser rescatados del olvido.

Finalmente, en relación con la idea inicial que motivó este trabajo puede concluirse que así como Sánchez y Meertens lograron hacer un aporte al estudio comparado del fenómeno del bandolerismo, la investigación aquí propuesta se aproximó de manera muy limitada, eso sí, al estudio comparado de la turba y la muchedumbre preindustrial en el caso concreto del Bogotazo. Una vez más, aunque no es un colofón definitivo, el presente trabajo contribuye modestamente a marcar un derrotero sobre la necesidad de ubicar el debate sobre la Violencia en un contexto más amplio que el de los episodios locales y nacionales.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Fuentes primarias

Archivo

- Archivo Raúl Alameda Ospina (R.A.O). Fondo fonoteca R.A.O. Biblioteca Andrés Alameda Rubiano. Academia Colombiana de Ciencias Económicas.

Fuentes secundarias

- AGUILERA PEÑA, M. (1997). *Insurgencia urbana en Bogotá. Motín, conspiración y guerra civil 1893-1895*, Colombia, Colcultura.
- ALAPE, A. (1983). *El Bogotazo. Memorias del olvido*, Colombia, Editorial Planeta.
- ALAPE, A. (1989). *El 9 de abril, asesinato de una esperanza*. En: AA.VV. (1989). *Nueva Historia de Colombia, Tomo II: Historia política 1946-1986*, Colombia, Editorial Planeta.
- ALAPE, A. (1989). *El 9 de abril en provincia*, En: AA.VV. (1989). *Nueva Historia de Colombia, Tomo II: Historia política 1946-1986*, Colombia, Editorial Planeta.
- APRILE-GNISET, J. (1983). *El impacto del 9 de abril sobre el centro de Bogotá*, Colombia, Centro Cultural Jorge Eliecer Gaitán.
- ARCHILA NEIRA, M., y DELGADO GUZMAN, A. (1995). *¿Dónde está la clase obrera? Huelgas en Colombia 1946-1990*, En: Documentos Ocasiones, Núm. 72, Colombia, CINEP.
- ARCHILA NEIRA, M. (1993). *Cultura e identidad obrera. Colombia 1910-1945*, Colombia, CINEP.

- BEJARANO, J. A. (2011). *Antología Jesús Antonio Bejarano. Vol. 4. Estudios de historia e historiografía. Tomo I. Historia económica*, Colombia, Universidad Nacional de Colombia.
- BETANCOURT ECHEVERRY, D. (1987). *Historia de Colombia I: Descubrimiento, Conquista y Colonia*, Colombia, Universidad Santo Tomas – USTA editores.
- BETANCOURT ECHEVERRY, D. (1987). *El 9 Abril en Cali y en el Valle, acciones de la muchedumbre*. En: Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura, N°. 15.
- BRAUN, H. (2013). *Mataron a Gaitán. Vida pública y violencia urbana en Colombia*, Colombia, Penguin Random House Grupo Editorial.
- BRAUN, H. (1997). *Jorge Eliecer Gaitán y la modernidad*, En: Revista Credencial Historia, Núm. 96, 1998: cincuentenario del 9 de abril, Colombia, Diciembre de 1997
- CARDOSO, C., y BRIGNOLI, H. (1978). *Los métodos de la historia*, México, Editorial Grijalbo.
- CARREIRA, A. M. (2019). *La conquista del espacio público en Bogotá (1945-1955)*, Colombia, Universidad Nacional de Colombia.
- CORDELL, R. (1976). *El movimiento gaitanista en Colombia*, Colombia, Tercer Mundo Editores.
- CASANOVA, J. (1994). *Las caras de la multitud: George Rudé, marxismo e historia*, En: Revista Historia Social, Núm. 19, España.

- CUÉLLAR DE LA VEGA, P. (2018). *Todo el nueve. Crónicas completas y archivos secretos del asesinato de Jorge Eliecer Gaitán. 70 años del 9 de Abril 1948*, Colombia, Cuéllar Editores.
- DE ROUX, R. R. (1981). *Iglesia y sociedad en Colombia. 9 de abril de 1948. Funciones sociales y funcionamiento de la institución católica*, Colombia, Inédito.
- DIAZ CALLEJAS, A. (1988). *Diez días de poder popular. El 9 de abril 1948 en Barrancabermeja*, Colombia, FESCOL- El labrador.
- FRANCO MENDOZA, R. (2012). *El MOEC 7 de Enero, origen de la guerrilla revolucionaria en Colombia*, Colombia, Tesis de grado.
- Fundación Misión Colombia. (1988). *Historia de Bogotá. Siglo XX. Tomo III*, Colombia, Villegas Editores.
- GÓMEZ SÁNCHEZ, G. (1984). *Los días de la revolución. Gaitanismo y 9 de abril en provincia*, Colombia, Centro Cultural Jorge Eliecer Gaitán.
- GÓMEZ SÁNCHEZ, G. (1990). *Guerra y política en la sociedad colombiana*, En: Revista Análisis Político, Núm. 11, Septiembre-Diciembre 1990, Colombia, Universidad Nacional de Colombia.
- GÓMEZ SANCHEZ, G., y MEERTENS, D. (1992). *Bandoleros, Gamonales y Campesinos. El caso de la violencia en Colombia*, Colombia, El Ancora Editores.
- GAITÁN, G. (1997). *El 9 de abril visto por los vencidos*, En: Revista Credencial Historia, Núm. 96, 1998: cincuentenario del 9 de abril, Colombia, Diciembre de 1997.

- GREEN, J. (2013). *Gaitanismo, liberalismo de izquierda y movilización popular*, Colombia, Universidad EAFIT.
- HOBSBAWM, E. (2010). *Rebeldes primitivos. Estudio sobre las formas arcaicas de los movimientos sociales en los siglos XIX y XX*, España, Editorial crítica.
- HOBSBAWM, E. (2014). *Sobre la historia*, España, Editorial crítica.
- HOBSBAWM, E., y RUDÉ, G. (2009). *Revolución industrial y revuelta agraria. El capitán Swing*, España, Siglo XXI editores.
- LÓPEZ, R. (2011). “*Nosotros también somos parte del pueblo*”: *Gaitanismo, empleados y la formación histórica de la clase media en Bogotá, 1936-1948*, En: Revista de Estudios Sociales, No. 41, Colombia.
- MEDINA, M. (1984). *La protesta urbana en Colombia en el siglo XX*, Colombia, Ediciones Aurora.
- MEDINA, M. (1990). *La Violencia en Colombia: inercias y novedades (1945-1950) (1985-1988)*, En: Revista colombiana de Sociología, Volumen 1, Número 1, Colombia.
- MEDINA, M. (1989). *Bases urbanas de la violencia en Colombia*, En: Revista Historia Crítica, Núm. 1, Enero-Junio 1989, Colombia, Universidad de los Andes.
- MEJÍA PAVONY, G. (2016). *Bogotá 1948. De la hipérbole al mito*, En: GORELIK, A., y AREAS PEIXOTO, F., (Coomps), (2016), *Ciudades sudamericanas como arenas culturales*, Argentina, Siglo XXI Editores.
- MISAS ARANGO, G. (Editor), (2001). *Desarrollo económico y social en Colombia. Siglo XX*, Colombia, Universidad Nacional de Colombia.

- MORERA APARICIO, E. (2019). *La ciudad gaitanista. Santiago de Cali en la década de 1940*, Colombia, Universidad del Rosario.
- MORENO ORTIZ, E., y MEJÍA PAVONY, G. (2016). *Si los barrios obreros y la gente pobre. Modelos de vivienda obrera y desarrollo urbano en Bogotá 1900-1936*, Tesis de grado.
- OCAMPO, J., A. (Comp.). (1994). *Historia Económica de Colombia*, Colombia, Tercer Mundo Editores- Fedesarrollo.
- OQUIST, P. (1978). *Violencia, conflicto y política en Colombia*, Colombia, Instituto de Estudios Colombianos- Biblioteca Banco Popular.
- PECAUT, D. (1973). *Política y sindicalismo en Colombia*, Colombia, La Carreta.
- PEREA, C. (1996). *Porque la sangre es espíritu. Imaginario y discurso político en las elites capitalinas (1942-1949)*, Colombia, IEPRI-Aguilar.
- PITA PICO, R. (2016). *La expulsión de extranjeros perniciosos en Colombia durante los últimos años de la hegemonía Conservadora*. En: *Historelo*, Vol. 9, No. 17, Enero-Junio de 2017, Colombia, Academia Colombiana de Historia.
- PITA PICO, R. (2018). *Violencia, censura y medios de comunicación en Colombia: los efectos del Bogotazo y el colapso en las transmisiones radiales*, En: *Anagramas Rumbos y Sentidos de la Comunicación*, Colombia, Vol. 17, Núm. 33.
- RUDÉ, G. (1979). *La multitud en la historia. Los disturbios populares en Francia e Inglaterra 1730-1848*, España, Siglo XXI editores.

- RUDÉ, G. (2009). *La multitud en la historia. Los disturbios populares en Francia e Inglaterra 1730-1848*, España, Siglo XXI editores.
- RUDÉ, G. (2000). *El rostro de la multitud. Estudios sobre revolución, ideología y protesta popular*, España, Fundación Instituto de Historia Social UNED-ALZIRA editores.
- RUDÉ, G. (1987). *Europa en el siglo XVIII: La aristocracia y el desafío burgués*, España, Alianza Editorial.
- RUDÉ, G. (1978). *Protesta popular y revolución en el siglo XVIII*, España, Ariel S.A.
- RUDÉ, G. (1981). *Revuelta popular y conciencia de clase*, España, Editorial Grijalbo.
- RUDÉ, G. (2018). *La Europa Revolucionaria, 1783-1815*, España, Siglo XXI Editores.
- SAÉNZ ROVNER, E. (2007). *La ofensiva empresarial. Industriales, políticos y violencia en los años 40 en Colombia*, Colombia, Universidad Nacional de Colombia, Grupo Tercer Mundo Editores.
- TORRES, M. (2019). *El crimen del siglo. Trilogía del 9 de abril*, Colombia, Editorial Planeta.
- TORRES, M. (2019). *El incendio de abril. Trilogía del 9 de abril*, Colombia, Editorial Planeta.
- VEGA CANTOR, R. (2002). *Gente muy rebelde, (Vol.1), Enclaves, transportes y protestas obreras*, Colombia, Editorial Pensamiento Crítico.
- VEGA CANTOR, R. (2002). *Gente muy rebelde, (Vol.3), Mujeres, artesanos y protestas cívicas*, Colombia, Editorial Pensamiento Crítico.

- VEGA CANTOR, R. (2002). *Gente muy rebelde, (Vol.4), Socialismo, cultura y protesta popular*, Colombia, Editorial Pensamiento Crítico.
- VEGA CANTOR, R., y RODRÍGUEZ RUIZ, E. (1990). *Economía y violencia. El antidemocrático desarrollo capitalista en los años cincuenta*, Colombia, Universidad Distrital Francisco José de Caldas.
- VEGA CANTOR, R., y AGUILERA PEÑA, M. (1991). *Ideal democrático y revuelta popular*, Colombia, CEREC.
- VELÁSQUÉZ, M. T. (2012). *Vida e identidad de Raúl Alameda Ospina*, En: ZERDA, A., y BEDOYA, D. (Eds.). (2012). *Hacia la renovación de la economía. Primer Concurso Nacional de Ensayo en Ciencias Económicas Raúl Alameda Ospina*, Colombia, Universidad Nacional de Colombia.